

1910-1919 ————— 1920-1921

Luis Mario Schneider:



Gambusino
de la cultura mexicana

COORDINADOR: DANIA CHÁVEZ



Universidad Autónoma
del Estado de México

LUIS MARIO SCHNEIDER: GAMBUSINO DE LA CULTURA MEXICANA



Luis Mario Schneider:



*Gambusino
de la cultura mexicana*

COORDINADOR: DANIEL CHÁVEZ



Universidad Autónoma
del Estado de México

Este libro acreditó el proceso de revisión por pares bajo la modalidad doble ciego, recurriendo a dictaminadores externos a la institución editora y conforme a los lineamientos editoriales vigentes del Reglamento Editorial de la UAEMEX.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de los autores.

Primera edición, noviembre 2015

Segunda edición, febrero 2018

Luis Mario Schneider: Gambusino de la cultura mexicana

Daniar Chávez-Jiménez (Coord.).

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote.

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

<http://www.uaemex.mx>



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de esta licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales siempre que se cite la fuente. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

Citación:

Chávez-Jiménez, Daniar (coord.) (2018), *Luis Mario Schneider: Gambusino de la cultura mexicana*, México: Universidad Autónoma del Estado de México.

Coordinación editorial y corrección de estilo: Vianney A. González Luna y Cynthia A. Ramírez Peñaloza.

Formación y diseño de portada: Vianney A. González Luna.

ISBN: 978-607-422-916-5

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

☞ ÍNDICE

PRESENTACIÓN

9 *Daniar Chávez*

LAS MÚLTIPLES REFRACCIONES DE LUIS MARIO SCHNEIDER

13 *Cynthia Ramírez*

☞ EL COLEGA Y AMIGO

DIBUJO DE LUIS MARIO SCHNEIDER

23 *Vicente Quirarte*

SCHNEIDER, EDITOR CONSTANTE (EVOCACIÓN, COMO EL COCIDO MADRILEÑO, EN TRES VUELCOS)

27 *Fernando Curiel*

LUIS MARIO SCHNEIDER

31 *Gonzalo Celorio*

MILLÁN-SCHNEIDER-SEPSETENTA-MILLÁN

35 *Felipe Garrido*

LUIS MARIO SCHNEIDER: METÁFORA DE LA AMISTAD

43 *Guadalupe Curiel*

LUIS MARIO SCHNEIDER: GUÍA DE LA CULTURA

47 *Beatriz Espejo*

LUIS MARIO SCHNEIDER: EN EL PASO DE LA PRESENCIA AL RECUERDO

51 *María Elisa García Barragán*

- LUIS MARIO SCHNEIDER: NOVELISTA Y RESCATISTA
65 *Hernán Lara Zavala*
- CARTA A LUIS MARIO. TRES HITOS EN EL RECUERDO
73 *Rebeca Barriga Villanueva*
- ¿PARA QUÉ NOS CONOCIMOS?
79 *Guillermina Martínez Rocha*
- LUIS MARIO SCHNEIDER Y LOS CUADERNOS DE MALINALCO
83 *Félix Suárez*
- ☞ SU LEGADO**
- LA HERENCIA CULTURAL DE LUIS MARIO SCHNEIDER
91 *Francisco Javier Beltrán Cabrera*
- UN MUSEO PARA MALINALCO
101 *Jorge Carrandi*
- DE SU BIBLIOTECA Y SUS PAPELES: FUENTE PARA UNA
RADIOGRAFÍA INTELECTUAL Y PERSONAL DE SCHNEIDER
105 *Luz del Carmen Beltrán Cabrera*
- LUIS MARIO SCHNEIDER: LARGA OBRA DEDICADA
A LA INVESTIGACIÓN TEATRAL
113 *Alejandro García*
- LA BIBLIOTECA RURAL: EL LEGADO SCHNEIDER
127 *Daniar Chávez*

PRESENTACIÓN

Daniar Chávez

UAER-COHU, UNAM

Luis Mario Schneider ni es pájaro ni vuela: excava, descubre, resucita. Con tacto, inteligencia y perseverancia, frente a nuestra funesta manía de enterradores, exhuma, revela, revive.

Octavio Paz

El libro que el lector tiene en sus manos reúne una serie de impresiones y comentarios de intelectuales de las más importantes instituciones académicas de nuestro país. Investigadores de institutos de la Universidad Nacional Autónoma de México, como Filológicas, Bibliográficas o Estéticas; miembros de El Colegio Nacional o de la Academia Mexicana de la Lengua; profesores de El Colegio de México, de la Universidad Autónoma del Estado de México o de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional, se reúnen aquí para rendir homenaje a uno de los divulgadores y conocedores más dinámicos de la cultura mexicana del siglo xx: Luis Mario Schneider, a quien Adolfo Castañón llamara acertadamente *museógrafo de las letras mexicanas*.

Y digo acertadamente porque la labor de Luis Mario Schneider abarcó no sólo la investigación académica y la docencia, sino también el trabajo de edición, curaduría y rescate de textos de escritores mexicanos de la talla de Gilberto Owen, Xavier Villaurrutia, Vicente Riva Palacio, Antonieta Rivas Mercado o Jaime Torres Bodet. También le debemos a Schneider los índices de revistas literarias de los siglos xix y xx, con la cual, en palabras de Gonzalo Celorio, “fatigó la Biblioteca y sobre todo la Hemeroteca Nacional”. Obra suya también lo fue la creación de revistas como los Cuadernos de Malinalco y los Cuadernos del Fakir, donde, como explica Vicente Quirarte, “editó los trabajos iniciales de quienes hoy forman parte de nuestra historia literaria” y lo convirtieron en verdadero “embajador de nuestras letras”. Su obra y sus aportaciones fueron por supuesto vastas.

Los testimonios aquí vertidos son, además, una muestra del cariño y el afecto que sus más cercanos amigos, colaboradores y discípulos le profesaron al investigador, al editor, al maestro y compañero. Testimonios de quienes tuvieron la oportunidad de conocerlo en todas sus facetas, muy

bien descritas por Fernando Curiel: “Descubridor, Conquistador, Adelantado, Encomendero y Cronista”.

Porque como aventurero descubrió parajes desconocidos en “la Ciudad de México y, en la Capirucha, Coyoacán principalmente; Madrid y Barcelona; París; Austin; y su amado Malinalco. Claro trazo: del profundo Sur Continental al Estado de México”. Pero también conquistó “tierras simbólicas. Abrió, tesonero, parajes, rutas, temas. Y puso a trabajar a destajo a no pocos semejantes en sus encomiendas. Y, a estas alturas, reparo en la ausencia de un vocablo/temperamento más. Reparo, aclaro, en el doble sentido de caer en cuenta y enmendar [...]. Cronista de sus tiempos y aventuras. Así, pues: Descubridor, Conquistador, Adelantado, Encomendero y Cronista”⁷.

Hoy los autores aquí reunidos, rinden homenaje al investigador, al escritor y al editor, pero ante todo intentan asumir la responsabilidad de dar buen uso a esa herencia cultural donada por Schneider a las letras mexicanas; es por ello, que la presente publicación también sirve como instrumento para impulsar la Cátedra de Estudios Mexicanos homónima al investigador, con la cual buscamos peregrinar por algunos de los derroteros por los que Schneider transitó durante su vasta actividad como divulgador cultural, investigador y docente.

Esfuerzo que se une al ya instaurado Coloquio anual de Estudios Mexicanos que desde el año 2014 se lleva a cabo en su honor y gracias a la colaboración del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) y a la Facultad de Humanidades y al Museo Universitario Dr. Luis Mario Schneider de la UAEM, y cuyos resultados no sólo dieron vida a las conferencias presentadas en sus tres pasadas ediciones: *Nuevas vistas y visitas al Estridentismo* en el 2014, *Ciudades generacionales* en el 2015, *Mester de Nomadía* en el 2016 y, finalmente, *Ruptura y continuidad* en este 2018, sino también a tres publicaciones con las cuales hemos buscado hacer una revisión profunda de nuestras letras nacionales durante los siglos XIX y XX. El propósito: abordar el estudio de la literatura mexicana desde diferentes flancos: la edición crítica de textos, la historia cultural o la crítica literaria; así como la divulgación y el estudio de las artes y las tradiciones nacionales.

⁷ Ver Fernando Curiel, “Vanguardias autóctonas: Recordando a Luis Mario Schneider”, en *Nuevas vistas y visitas al Estridentismo*, Daniar Chávez y Vicente Quirarte [coords.], Secretaría de Difusión Cultural, Universidad Autónoma del Estado de México, 2014.

Por supuesto, el esfuerzo por constituir la Cátedra de Estudios Mexicanos se realiza con el propósito de reorientar la herencia que Luis Mario Schneider donó a la comunidad de Malinalco (y a la cultura mexicana y a los mexicanos) a través de su biblioteca, su archivo personal y el museo universitario que se encuentra anclado en el entrañable pueblo que ahora custodia no sólo sus libros y sus documentos de archivo, sino también sus restos mortales. En el entendido de que Schneider, como bien lo explica Vicente Quirarte, fue un claro “ejemplo de lo que es y debe ser un investigador universitario: el que cava para encontrar la luz y compartirla”.

Agradecemos, por supuesto, a todos los autores aquí reunidos por colaborar en la construcción de este volumen, así como a todos aquellos que en el pasado realizaron significativos estudios sobre nuestras letras nacionales a través de los tres tomos editados hasta el momento: *Nuevas vistas y visitas al Estridentismo*, *Ciudades generacionales* y *Mester de nomadía: viajeros hispanoamericanos (1875-2011)*. A Vicente Quirarte y a Fernando Curiel por ser infatigables promotores y creadores de la cátedra; así como tesoneros custodios del recuerdo y la labor académica de Luis Mario Schneider.

Especial agradecimiento le debemos a Vianney A. González, por encargarse durante todos estos años de la imagen y la comunicación tanto del coloquio como del programa editorial impulsado desde distintas instancias. A Jorge Guadarrama, a Guillermina Martínez, a Javier Beltrán y a Cynthia Ramírez, que tanto se han esforzado por mantener en movimiento la importante herencia que Schneider nos legó a través de su archivo y su biblioteca personal, así como del museo que hoy lleva su nombre. También especial agradecimiento merece el excelente trabajo de edición y corrección realizado por Cynthia Ramírez y, finalmente, la labor de impresión del volumen que estuvo a cargo de Rolando Morales y Art Graffiti Editorial.

La obra es una reedición corregida y aumentada de la primera edición, que sólo existió en formato electrónico y que estuvo a cargo del Programa Editorial de la Secretaría de Difusión Cultural de la Universidad Autónoma del Estado de México en el 2015, y cuyo volumen puede ser consultado a través de su repositorio institucional también bajo el título *Luis Mario Schneider: gambusino de la cultura mexicana*.

La presente edición contiene los capítulos publicados en 2015, el de Hernán Lara Zavala enriquecido, y un texto más de Felipe Garrido, cuyos

contenidos consideramos pertinente integrar a este volumen, tanto por la cercanía de ambos autores con Schneider, como por el importante trabajo académico que realizaron en diferentes etapas con él.

No nos queda, finalmente, más que agradecer a la UAEM la generosidad por permitirnos la reproducción del presente volumen en su versión física, que se realiza con la finalidad de impulsar el estudio de nuestras letras nacionales a través de la formación y la futura consolidación de la Cátedra de Estudios Mexicanos "Luis Mario Schneider".

LAS MÚLTIPLES REFRACCIONES DE LUIS MARIO SCHNEIDER

Cynthia Ramírez
Finca “El Olvido”, UAEM

Como el lector podrá apreciar en estas páginas, Luis Mario ejerció su encanto de múltiples maneras. Inteligente y carismático, siempre activo, lo mismo hablaba con campesinos que con encumbrados políticos, con trabajadores manuales o con intelectuales de su talla. No discriminaba, sabía que el conocimiento es del hombre y para el hombre, verdadero sentido del humanismo, y que el mejor legado es aquel que no está limitado a los pocos elegidos, sino que explota, como Big-Bang, repartiendo vida.

En vida, los caminos de Luis Mario Schneider y el mío se cruzaron varias veces. Era profesor de literatura en El Colegio de México cuando yo estudiaba ahí lingüística. Algunas compañeras de literatura alababan su clase e insistían en que además de culto y educado era todo un galán, comentario que después han confirmado numerosas personas también dignas de crédito. Cuando mi admirado Vicente —por supuesto que Quirarte— invitó a Javier Beltrán a participar del proyecto de edición crítica de la obra de Owen, Schneider, junto con Capistrán, era parte del equipo, al que gustosamente me sumé. Lo escuché en conferencias, lo vi varias veces en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)... pero nunca hablé con él. Lo conocí de manera póstuma, cuando dormí en su casa, tratando de ganar tiempo mientras analizaba su archivo, cuando hojeé sus libros, cuando revisé su correspondencia, cuando me empapé del material que dejó como sendero, como rastro que nos permite mirar el horizonte desde sus hombros de gigante. Por más de quince años he tenido el privilegio de trabajar en su biblioteca y archivo; Javier Beltrán hace, en este mismo volumen, un breve recuento de la riqueza que hemos encontrado en la Finca “El Olvido” y los logros académicos de ahí derivados.

De acuerdo con Alejandro García (1999), “en fría estadística” la obra de Schneider llegó a ser de: “31 libros, 49 ediciones, 5 libros de poesía, 6 cuentos,

2 novelas, 1 obra de teatro, 41 capítulos en libros, 67 artículos en revistas y 22 en periódicos, 12 reportajes, 9 prólogos, 16 reseñas bibliográficas y la traducción de un libro". Aunque no he hecho yo un listado de las publicaciones de Schneider, por los años que llevo trabajando en su archivo y biblioteca creo que es un cálculo modesto. A todo lo que publicó, a todos los que descubrió y apoyó, a todos los que formó, desde la cátedra, desde la mesa, en archivos y bibliotecas, debe sumarse un contingente cada vez más nutrido, el de sus seguidores, entre los cuales me identifiqué.

Trabajar en la biblioteca y el archivo de Schneider es un honor y una responsabilidad. La facilidad con que él identificaba lo que Vicente llama "autores miliares", las joyas por pulir, o el libro olvidado, la publicación perdida son virtudes poco comunes; de ahí que el archivo, en particular, sea un semillero a la espera de afanados cultivadores. Entre los libros póstumos de Luis Mario está *De tinta ajena*, del 2003, cuya edición fue posible porque ya estaba casi listo para irse a la imprenta cuando su autor tuvo que asistir a la cita imposterable. Pero hay mucho más material listo, impaciente por ser rescatado y cuidadosamente editado.

Cabe reconocer que Luis Mario centelleaba por el mundo editorial, lo transitaba a tal velocidad que seguirle el paso era todo un desafío. Quienes formamos parte del trabajo editorial sabemos que apresurar el tiempo cuesta caro; no olvido que, antes de firmar la salida de *De tinta ajena* a la imprenta se me ocurrió darle un vistazo. Por más que revisé diccionarios y cuanta fuente pude consultar, no encontraba sentido en "la coquera" de Borges. Así que, para horror de quienes tenían prisa por que el libro viera la luz del día, revisé completamente el material, lo leí cuidadosamente, marcando mis dudas y observaciones. Ante mis reticencias, todo el equipo, Jorge Guadarrama, Guille Martínez, Javier Beltrán, Laura Pérez Madrigal y yo nos fuimos al archivo a buscar los originales para cotejar. Desafortunadamente, no había manuscritos, sólo mecanoscritos con la bendita palabra, "coquera", reiterada en copia al carbón (sonríe al pensar en los jóvenes que no conocen las máquinas de escribir y tienen la inocencia de ignorar qué es eso de copia al carbón). Y así, por unanimidad de votos, "coquera" se cambió por "ceguera", y una a una se fueron atendiendo todas mis dudas y todas mis observaciones, trabajo del equipo que se formó gracias a la impronta de Luis Mario Schneider (¿recuerdas, Guille, cuando encontraste el artículo original del haikús que me tenía verde porque la persona de diseño no lograba presentar visualmente la mariposa tema del

poema?, imagen que sí se había logrado en la versión periodística, a diferencia de nuestra coedición, ni modo, gajes del oficio).

Todas las ediciones tienen erratas, a la mejor cocinera se le sala la sopa, y los libros de Luis Mario no son la excepción. Pero, independientemente de las críticas que podamos hacer, justo es reconocer la calidad de su mirada, la precisión de su juicio, el rescate que hizo de textos que, sin él, habrían desaparecido. Como puede apreciarse en la edición del *Diario de Burdeos* de María Antonieta Rivas Mercado preparada por mi universidad y Siglo XXI, gracias a la generosidad e invaluable apoyo del Dr. Jaime Labastida, aún hace falta una buena edición de este valioso documento. Javier Beltrán y yo, por los plazos exigidos para la entrega del libro, no tuvimos tiempo de hacer una edición de divulgación, sólo pude transcribirlo (con unas pocas lagunas) y entre ambos anotar. La magnificencia de ambas instituciones editoras nos permitió incluir en la edición un facsímil del cuaderno original resguardado por la Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), que salió del archivo personal de Schneider, el cual fue editado por Siglo XXI con base en las fotografías de alta calidad tomadas por Virgilio Valdés, quien además las manipuló para facilitar la lectura. El resultado es un facsímil que puede leerse mejor que el original, cada día más pálido y desfalleciente. Baste señalar que, para la transcripción, trabajé —principalmente— con un PDF de principios de siglo; cuando solicité el original para cotejar, resultó que se lee mejor el referido PDF. El curioso lector puede conocer toda la historia en la advertencia editorial que aparece en el segundo volumen del diario (Rivas Mercado, 2014).

Al transcribir el diario, conocí una noticia valiosísima: el 1º de enero de 1931, Antonieta terminó de escribir *Democracia en bancarrota*, texto en el que reseñó la campaña de Vasconcelos, con el propósito de ser lo más objetiva posible. El 22 de enero de 1931 anotó en el diario el bosquejo de *El que huía*, versión novelada de la *Democracia en bancarrota*, dedicada a Manuel Rodríguez Lozano, a quien envía una carta mecanografiada describiendo cómo será esta novela (Rivas Mercado, 2005), en la que sí tomará postura, en la que denunciará todo lo que en su opinión falló durante la campaña de 1929, no sólo por la corrupción en México y los intereses estadounidenses por contar con un gobierno a su conveniencia, sino por que el mismo Vasconcelos no estuvo a la altura del reto (Rivas Mercado, 2014). He aquí un punto fundamental para la historia de las letras mexicanas: dónde está el libro concluido, la *Democracia en bancarrota*, qué publicó Schneider en 1981, bajo la supuesta autoría de Antonieta Rivas Mercado

(perdóname, Luis Mario, pero la duda hace avanzar el conocimiento), con el título *La campaña de Vasconcelos*, México, Oasis; si es la *Democracia*, por qué cambió el título, y dónde está el manuscrito o mecanuscrito —no lo sé— que Antonieta concluyó en Burdeos (¿se lo habrá llevado a París, para proponer la publicación?).

Y vuelvo a la enorme responsabilidad de quienes tenemos acceso al archivo y la biblioteca de Schneider. La materia física se desgasta, la afectan los hongos, la humedad, las ratas, alacranes y demás fauna que abunda en Malinalco; peor es el efecto de los vándalos que roban o destruyen los textos ahí conservados, pese al celo con que el personal de la finca cuida del patrimonio institucional. Por ello la importancia de digitalizar, como lo están haciendo todas las bibliotecas y archivos que valoran sus acervos; proceso que en la UAEM ha sido lento y esporádico. Pero al menos se ha procurado, ha sido una preocupación del equipo Schneider, así como de otros colegas universitarios.

Pongo un alto a mi arrebatamiento por la seducción de seguir exponiendo mi amor y agradecimiento a la herencia de Schneider y vuelvo a mi tarea de enmarcar este conjunto de escritos. En el volumen que el lector tiene en sus manos se han reunido amigos, colegas y seguidores del connotado argentino nacionalizado malinalquense, aportaciones que se han estructurado en dos secciones. La primera, inaugurada por la perfecta prosa de Vicente Quirarte, es la armónica sinfonía coreada por sus amigos y colegas; en la segunda, algunos seguidores de sus pasos dan cuenta de la magnitud de su legado en Malinalco.

Vicente Quirarte —el académico, el investigador, el intelectual que no precisa presentación— dibuja a Luis Mario, de quien tuvo noticia desde su adolescencia, y a quien conoció en 1981. Las palabras de Vicente son exactas, retrata al Maestro con la envidiada facilidad con que da cuenta del verso más hermético: Luis Mario amaba la vida, la disfrutaba. El conocimiento y la vida eran inseparables, el placer de saber, de publicar, de enseñar, de amar, de vivir eran la única forma de existir para él concebible.

Fernando Curiel, ese serio y riguroso intelectual, nos muestra su lado más jovial, sin perder rigor, al escribir con todo desparpajo sobre sus aventuras con Schneider, regalándonos con licencias como *cuatería* o como referirse coloquialmente al *Diccionario de la lengua española* de la Real Academia Española, como el Drae, acrónimo ampliamente empleado en la comunidad filológica, pero rara vez registrado en un documento académico. Su texto, apretado y revelador recuento de la vida y obra de Luis Mario, arroja una maravillosa y comprometido-

ra promesa: “Con Bertha Alavez y mi hijo Adrián Curiel Rivera, tiempos de Ediciones a la Carta de Scripta, nos propusimos, en edición prologada y levemente anota, reeditar su *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. Expediente reabierto gracias a la Universidad Autónoma del Estado de México. Seguiré informando”. Doctor, sepa usted que estamos trabajando en nuestra parte de este proyecto, gracias por la confianza.

Gonzalo Celorio, desde la Academia Mexicana de la Lengua, nos regala con otro testimonio de la imposibilidad de separar el goce vital del conocimiento, en el caso de Luis Mario: “Tengo que hablar por fuerza del amigo y decir, ante todo, que no he conocido a nadie que haya sabido compaginar de manera tan vigorosa el rigor y la creatividad, la academia y la celebración, el trabajo y la vida”. No sorprenda al lector esta constante, mejor disfrute de las diversas formas de compartirla.

Compañero universitario y después amigo de Schneider, Felipe Garrido —también académico— da cuenta de las estrechas relaciones entre el grupo de intelectuales que dieron aliento a SepSetentas, entre otros muchos proyectos académicos que han enriquecido la cultura nacional, recorrido que termina con una invitación a publicar las obras completas de Luis Mario:

Aquí está el modelo que habría que seguir: una cronología de su vida, los textos de Luis Mario Schneider —cuatro, cinco volúmenes, los que hagan falta—, su bibliografía. Todos sabemos que lo merece. Todos sabremos aprovecharlo.

Guadalupe Curiel, desde el Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM nos comparte sus vivencias de primera mano ante una inteligencia preclara que comprende la dificultad de separar la memoria de la realidad. El amor, las vicisitudes, el recuerdo están marcados por la pasión, por la experiencia; trasladarlos al conocimiento es una acción metavivencial. Y, sin embargo, lo logra. Su escritura precisa, impecable y contundente aviva el recuerdo, y, más aún, vuelve a la vida al querido y añorado Luis Mario Schneider. El texto hace gala, simultáneamente, de su amor por el amigo, su conocimiento del intelectual y su obra, su dominio de las aportaciones editoriales; todo ello desde una escritura inmaculada y seductora.

Nuestra admirada Beatriz Espejo tuvo la suerte de conocerlo cuando ella era una prometedora jovencita —promesa cumplida con creces—; de acuerdo con sus propias palabras, no hay mejor forma de expresarlo, Luis

Mario impulsó a varias generaciones de estudiosos de las letras: “Sus enemigos dicen que hacía trabajar a los demás; sus amigos, que abría puertas, señalaba caminos, mostraba —como diría Julio Torri— a la manera de buen minero vetas de oro que necesitaban explotarse”. En estas breves páginas, Beatriz condensa la vida que compartió con ese genio que ha motivado este libro. Pese a que Beatriz se cuestiona qué más puede añadir a lo que ya ha dicho, sus páginas calan honda y profundamente.

Investigadora del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, María Elisa García Barragán nos reseña su participación en las publicaciones estéticas de Schneider, como el celebrado *Ramón López Velarde*. Álbum, recopilación gráfica de singulares episodios en la vida del conspicuo jerezano. Además, Elisa García Barragán reseña connotadas publicaciones que retratan la importancia y calidad de la aportación de Schneider a la difusión de la cultura mexicana, incluidos sus lazos con el conocimiento supranacional.

Hernán Lara Zavala, destacado miembro de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, repasa *Refugio*, una de las dos novelas escritas por Schneider, para después reiterar la genial aportación de Luis Mario como rescatista de textos fundamentales de la cultura mexicana:

Y la verdad es que la rebosante imaginación del crítico, del investigador, del filólogo, del bibliómano y de ese excepcional detective bibliotecario que fue Luis Mario Schneider mostraba una atracción natural y espontánea hacia las figuras y movimientos de ruptura, experimentales o marginales que habían pasado por lo vivido en este México que él tanto amaba.

Esta asociación de Schneider con la ruptura, con la rebeldía; el Schneider romántico que se atreve a cuestionar el canon, que innova, asalta, ataca, funda y reinventa, el Prometeo finisecular que estremeció al siglo xx es el contundente aporte de la mirada registrada en el texto de Lara Zavala.

Rebeca Barriga Villanueva, de El Colegio de México, presenta una emotiva epístola que da cuenta de su enriquecedora relación con Schneider, sin descuidar el aparato crítico y las normas del discurso académico que la caracterizan.

El texto de Guillermina Martínez Rocha, “¿Para qué nos conocimos?” tiene la fuerza y sello de la inteligencia y bondad de nuestra querida Guille, modesta, sensible y diplomática; quien sabe cuándo hay que hablar quedito y cuándo en voz alta. Su conciso y sensible recuento de cómo conoció a Schnei-

der y los sucesos que determinaron el incondicional respaldo de Luis Mario a Jorge y Guille para donar su legado a la UAEM son muestra no sólo de la generosidad y confianza de Schneider, sino también del compromiso de Jorge Guadarrama y Guillermina Martínez por cuidar, incrementar y difundir el patrimonio cultural de la Universidad Autónoma del Estado de México, actividad a la que se han dedicado en cuerpo y alma por décadas.

Félix Suárez, desde el Consejo Editorial de la Administración Pública del Estado de México, reseña de primera mano el excepcional trabajo editorial de Schneider en los Cuadernos de Malinalco, que pusieron a la entidad en el panorama internacional de la edición literaria.

Abre la segunda parte de este libro Francisco Javier Beltrán Cabrera, con “La herencia cultural de Luis Mario Schneider”, texto que reseña quince años de trabajo académico cobijado por el legado de Luis Mario, trabajo que ha enlazado a los investigadores de la UAEM con escritores y colegas de prestigio internacional en México y el extranjero, como Vicente Quirarte, Fernando Curiel, Belem Clark, Lourdes Franco Bagnouls, Juan Coronado, Luz María Hernández Sáenz, Susana Quintanilla, Patrick Duffey, Georgina Whittingham, América Viveros, Ana Laura Zavala, César López Cuadras, Juan José Rodríguez y Élmer Mendoza, entre muchos otros.

En “Un museo para Malinalco”, Jorge Carrandi Ríos da cuenta del proyecto soñado por Schneider y concretado por un grupo de especialistas entre los cuales destaca el propio Carrandi. Su recuento de la conformación del museo planeado por Luis Mario estremece, mas peca de modestia. Que el museo haya sido galardonado en 2002 con el “Premio Miguel Covarrubias”, por el Instituto Nacional de Antropología e Historia es un gran mérito, pero es necesario destacar por qué se obtuvo tal distinción. El texto de Carrandi explica de maravilla la estructuración del museo, una joya que no debe ser pasada por alto al visitar Malinalco. La pasión de Jorge Carrandi por el impecable trabajo museográfico es completada por la entrega y compromiso de los malinalquenses que guían al visitante en las distintas zonas del museo. No es común entrar a un recinto que resguarda patrimonio cultural atendido por orgullosos y enterados miembros de la localidad, vecinos de la comarca que saben quién fue Luis Mario y que agradecen su legado.

Luz del Carmen Beltrán Cabrera, especialista en investigación documental, nos comparte uno de sus iluminadores textos sobre la biblioteca y el archivo de Schneider. Dudo que haya alguien con mayor conocimiento de los

materiales documentales heredados por Luis Mario a la UAEM; Luz del Carmen lleva quinquenios valorando hoja por hoja, describiendo y catalogando el valioso archivo, sus publicaciones al respecto, sus índices y base de datos son faros invaluable para navegar los océanos de Schneider.

Alejandro García señala la valía de la investigación teatral realizada por Schneider, dando un amplio panorama de su trabajo a lo largo de su vida, lo que incluye la transcripción de una breve farsa escrita por Luis Mario, prácticamente desconocida.

El texto que cierra este libro, “La biblioteca rural: el legado Schneider” de Daniar Chávez, marca ambiciosos derroteros y conmina a las generaciones venideras a participar en la generación y difusión del conocimiento aprovechando el legado de Luis Mario Schneider.

Queda este libro como una invitación a continuar la labor de Luis Mario, a aprovechar su legado, a visitar Malinalco y comprender por qué eligió establecerse aquí, y dejar sus libros, sus documentos, la labor de su vida a esta comunidad que, a la fecha, lo recuerda con afecto y respeto.

BIBLIOGRAFÍA

García, Alejandro (1999), “La obra de investigación de Luis Mario Schneider: entre la virtud y la dedicación”, *Literatura Mexicana*, vol. 10, núm. 1-2, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México, <http://revistas.unam.mx/index.php/rfm/article/view/36572>.

Rivas Mercado, Antonieta (1981), *La campaña de Vasconcelos*, México, Oasis.

Rivas Mercado, Antonieta (2005), *Correspondencia, compilación, preámbulo y notas de Fabienne Bradu*, Xalapa, Universidad Veracruzana.

Rivas Mercado, Antonieta (2014), *Diario de Burdeos*, edición crítica preparada por Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza y Francisco Javier Beltrán Cabrera, México, Universidad Autónoma del Estado de México/Siglo XXI.

Schneider, Luis Mario (1987), “Antonieta Rivas Mercado: una mujer que puso condiciones al destino”, en *Obras completas de Antonieta Rivas Mercado*, México, Editorial Oasis y Secretaría de Educación Pública, colección Lecturas Mexicanas #93, segunda serie, pp. 11-31.

Schneider, Luis Mario (2003), *De tinta ajena*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México /Instituto Mexiquense de Cultura.

✿ ÉL COLEGA Y AMIGO

DIBUJO DE LUIS MARIO SCHNEIDER*

Vicente Quirarte

IIB, UNAM

Leí por primera ocasión el nombre de Luis Mario Schneider asociado a la literatura mexicana en un libro de José Joaquín Fernández de Lizardi publicado por la Nueva Biblioteca Mexicana de la Universidad Nacional Autónoma de México. Cursaba la Preparatoria, y el nombre sonoro del investigador me evocaba al del descubridor de las ruinas de Troya. Mi adolescencia imaginaba al doctor Schneider como un venerable sabio de barba blanca, exigente e inaccesible. Vi por primera vez a Luis Mario Schneider —por intermedio de su amigo y discípulo Sandro Cohen— la tarde de un domingo de 1981. Un hombre con la frescura de Peter Sellers y la galanura de Cary Grant nos invitó a entrar, con una sonrisa a la que no afectaba trabajar el séptimo día de la semana. Recuerdo sus muebles rústicos, sus cuadros, su colección de armadillos, su generosidad para compartir el pan y las cebollas —literalmente— que esa noche tenía.

Vinculo ambos recuerdos porque resulta imposible pensar en el académico Luis Mario Schneider sin evocar su alegría de vivir. Su capacidad de trabajo era igual a su capacidad de gozo, y en esa afortunada conjunción se encuentra la lección del maestro. La historia de la literatura y de quienes la estudian es la historia del hombre melancólico, según el grabado emblemático de Durero. Luis Mario nunca supo del dominio del sol negro y prefirió vivir y enseñar a vivir bajo el signo del astro luminoso que nutría sus viglias de estudio y hedonismo en Malinalco. Fiel a la parte germana que corría por sus venas, nunca ponía primeras piedras: concluida una investigación, había iniciado,

* Nota aclaratoria: cabe mencionar que el presente texto fue publicado originalmente hace siete años en un libro de mi autoría titulado *Los días del maestro* (2008), se reproduce íntegramente el capítulo respetando el título original del fragmento, con la intención de complementar las opiniones que los diversos autores de este libro han aportado sobre la vida y obra de Luis Mario Schneider.

imaginado y a veces terminado, nuevos proyectos. Fiel a su temperamento latino, sabía que la vida es demasiado seria para tomarla en serio. Por esa convicción, no ofrecía publicar un folleto ostentadamente dedicado a la Historia general de los elefantes. En cambio, entregaba gruesos volúmenes que contenían, humildemente, una introducción a la historia de los elefantes. Luis Mario es el ejemplo de lo que es y debe ser un investigador universitario: el que cava para encontrar la luz y compartirla.

Luis Mario era una fiesta. A su lado, la comida se volvía un torbellino de ideas y una exploración del alma. Pedirle un consejo era no encontrar la solución, pero siempre saber que transitáramos por una vía más alegre y menos ingrata que la que nos imponemos como penitencia. En reuniones de cuerpos colegiados, en sesiones de trabajo académico, en consejos editoriales, su punto de vista siempre era optimista y sano, preciso y relajado. Sugería y aceptaba opiniones con una generosidad poco común entre colegas. Tenía la cortesía para pedir prestada una idea, y a partir de ella construía una obra generativa. Recuerdo un hermoso ensayo suyo sobre la electricidad en la literatura mexicana escrito a partir de una imagen de *La rumba* que comentamos incidentalmente. Con su seriedad de investigador y su espíritu creativo, escribió una verdadera monografía de las maneras en que la electricidad modificó los hábitos de la sociedad mexicana finisecular.

A México llegó, de México se enamoró, y a su estudio dedicó sus mejores afanes. José Luis Martínez, decano de nuestros investigadores literarios, ha enlistado las numerosas obras en las que Schneider tuvo parte. La lista de Schneider asombra por su fecundidad y versatilidad: de Maiakovski y Artaud a la cocina mexicana, de Valle Inclán a los espacios sagrados, de la poesía amorosa a la novela, Luis Mario fue un hombre de letras en el más amplio sentido del término. Sus ediciones de autores mexicanos son herramientas de las que difícilmente un estudioso de la literatura puede prescindir. No solamente nos enseñó una nueva forma de leer a Xavier Villaurrutia, a Jorge Cuesta, a Gilberto Owen. Preocupado por el fenómeno humano, convencido de que los escritores no son nombres sino seres de pasiones, se convirtió en verdadero embajador de nuestras letras, como la ocasión en que logró que los estridentistas, enemistados entre sí, se reunieran para evocar y celebrar su generosa aventura juvenil.

No menos importante que su labor de rescate y sistematización de las obras completas de autores miliares, fue su trabajo como editor, particular-

mente de jóvenes autores. Fundador de los Cuadernos del Fakir y de los Cuadernos de Malinalco, en sus dos series, editó los trabajos iniciales de quienes hoy forman parte de nuestra historia literaria. Aventurero generoso, apostaba por quien estaba en el camino, animaba y exigía, apoyaba y cuestionaba. Nadie como él para sugerir un título, para eliminar el adjetivo que lastra o el artículo que empobrece. Galante para aprender, pedía la opinión de sus verdaderos pares, los jóvenes que siempre saben más —porque sienten más— que la voz de la experiencia.

Cuando un investigador y un creador de la altura de Luis Mario Schneider deja de estar físicamente con nosotros, el consuelo más frecuente es repetir que nos queda la inagotable herencia de sus páginas. Por el vasto abanico de sus miras, vuelvo a los libros de Luis Mario Schneider con más frecuencia de la que pudiera pensar. Al leerlo escucho su voz, pero me hace falta su necesaria muletilla del “¿Me entiendes?”. No, doctor Schneider, no perdono a *la vida desatenta*, no comprendo a *la muerte enamorada*. Sé que en cualquier instante levantaré los ojos de sus páginas y usted llegará a esta Biblioteca Nacional, ataviado con su sonrisa por bandera, siempre dadivosa para todos.

SCHNEIDER, EDITOR CONSTANTE
(EVOCACIÓN, COMO EL COCIDO MADRILEÑO, EN TRES VUELCO)

Fernando Curiel

IIFL, UNAM

Para Ricardo, para Helena

1^{ER} VUELCO

He recorrido Malinalco en diversas épocas, del lugar y mías. Una diferencia que es un tajo: durante y después de Luis Mario Schneider. Pero si desapareció la *cuatería* y munificencia, el relajo o el franco *despapaye*, el itinerario etílico, contrapuntos de una laboriosidad intelectual tan rigurosa como *avant-garde*; se alzan, perdurables, no sometidos al tiempo biológico, la casa propia —Capilla Mariosina—, mudada espacio de investigación; y el Museo Luis Mario Schneider, siempre flamante y aduana de la subida a una pirámide tan tropical como las de la Ruta Maya, medio país (y más) distantes.

Y, claro está, su tumba; para cuando la amistad, que extraña su compañía, se adensa y ensimisma. Y la insistencia de los taxistas locales de llamarlo, como si sólo se hubiera alejado unos días, “el Alemán. “El Alemán”, pese a las evidencias de una argentinidad que no logró borrar la nueva patria. Ni la urbana —toda ella Coyoacán, Ciudad Universitaria, el Primer Cuadro—, ni la rural, campesina, ancestral, con Chalma, santuario milagroso, a tiro de flecha...

En mi última visita a Malinalco, para explorar en bola sus aportaciones a la Vanguardia Mexicana, me “rafaguearon” los recuerdos. Y una mañana, hasta los gallos dormidos —ni modo, de escuela villista, me levantaron antes del alba, lo que me valió que el velador de Casa Limón me consiguiera, apenas horneado, el mejor pan de la región—, me dio por jugar si no con cartas sí con palabras; las que a veces consigna a tontas y a locas, el Drae.

Bien. Palabras alrededor de *EDITOR*, que lo fue constante y de raza, aplicables a *LMSC. Edificio*, *cia*; en lo que alude a obra pública municipal: el Museo. *Edípico* —quizá, pensándolo bien, alguna de sus relaciones sentimentales—. *Edredón* —que lo fue para muchos debutantes, el *Crac by example* (empleo el

inglés para aludir a la vocación internacional de la pandilla)—. *Edrisí*: por Edris ben Abdera, emperador africano (decídalo el lector). Y como Vicente Quirarte, que pasaría por mí, se demoraba, me puse a pasar somera lista de los quehaceres editoriales de Schneider más allá de sus tareas de investigador de alto calibre. Oasis, cuya dirección pasó a manos encantadoras, inolvidables. Cuadernos del Fakir, Cuadernos de Malinalco, Trabuco y Clavel; la invención colectiva de *1da y regreso al siglo XIX*.

2° VUELCO

Conmigo corrió el riesgo de dos libros contra el canon: el de la comunicación y el de la novela política. *La telaraña magnética o el lenguaje de la radio*, que hizo ¡bingo!; y *Manuscrito hallado en un portafolios*, que, aunque reeditada por Fernando Tola, sigue, dirían los del Crac, en *stand by* en lo que a recepción o acuse de recibo se refiere (¿exagero al decir que su lectura está esperando a los marchistas y bloqueadores de este 2014 en sus últimas y cuyo bajel navega al corazón de las tinieblas? Crisis total del sistema político. Guerrilla surgida del Ejército. Estado de Emergencia maquinado, en secreto, durante la campaña electoral, por el candidato del partido en Los Pinos. Divisa: Justicia Social sin Garantías Individuales. Secesión de los Estados del Norte. Juicio político, en cadena nacional, al expresidente. Nacionalización de la teve comercial. Y así por el morrocotudo estilo).

Celebró las ediciones facsimilares de *Revista Azul* y *Revista Moderna*, que me tocara empujar.

Por mi parte, yo animé a Luis Mario a confeccionar uno de los que resultaría *best-long-sellers* de la Biblioteca del Estudiante Universitario: *El Estridentismo*. Y me brindó, ahorrándome el trabajo, el índice de la segunda *Revista Azul*, cuya edición facsimilar incluí en *Tarda necrofilia*.

Frustrante resultó, en cambio, y asumo retroactivamente mi culpa, su designación al frente de *Revista de Literatura Mexicana*. Cuando a lo que él, con sobrados títulos aspiraba, era a la Coordinación del Centro de Estudios Literarios.

Le dedicaré, apenas esté fabricada, la nueva edición de *Paseando por Plateros*.

3^{ER} VUELCO

Con Bertha Alavez y mi hijo Adrián Curiel Rivera, tiempos de Ediciones a la Carta de Scripta, nos propusimos, en edición prologada y levemente anotada, reeditar su *Ruptura y continuidad. La literatura mexicana en polémica*. Expediente reabierto gracias a la Universidad Autónoma del Estado de México. Seguiré informando.

Sólo anticipo que se trata de una aportación señera al conocimiento y ordenación de la literatura patria: colonial, neoclásica, romántica, moderna, vanguardista. Muy en el estilo brioso y provocador de Luis Mario, francamente visionario; muestra contundente de su pasión por la cultura mexicana.

Aunque yo me empeño —junto con otros colegas— en el estudio de la configuración del México Moderno y Contemporáneo, el que nace de una subversión política y jurídica, la Independencia: México no más Colonia de una Metrópoli Europea, la de menos luces por añadidura; reconozco que en la reinterpretación que hace Schneider de la figura y obra de Juan José de Eguiara y Eguren, se fija un momento fundacional. *Prime Scream*. Nacimiento de una República de las Letras que tendrá, en los retobados y polemistas y polémicos Eguiara y Eguren y Luis Mario Schneider, a dos de sus más preclaros hijos.

Repito que seguiré informando.

LUIS MARIO SCHNEIDER

Gonzalo Celorio

AML

Me es imposible constreñir estas notas, dedicadas a Luis Mario Schneider, a la valoración de su trabajo académico, ciertamente notable, imaginativo y esclarecedor de muchas páginas de la literatura mexicana, que, sin su curiosidad, seguramente permanecerían en el silencio. Tengo que hablar por fuerza del amigo y decir, ante todo, que no he conocido a nadie que haya sabido compaginar de manera tan vigorosa el rigor y la creatividad, la academia y la celebración, el trabajo y la vida.

En efecto, Luis Mario Schneider llevó a cabo, con admirable disciplina, una labor de investigación continua, sistemática, que nos permite conocer y valorar una importante etapa de la literatura y de las artes plásticas mexicanas. A él se debe, en altísima medida, la edición de las obras de muchos de los poetas de la generación de Contemporáneos —Xavier Villaurrutia, Carlos Pellicer, Jorge Cuesta, que nunca publicó un libro en vida hasta que Schneider reunió sus poemas y sus ensayos—; a él se debe también el mejor estudio que yo conozca sobre el movimiento alternativo de Contemporáneos, el Estridentismo, y el texto fundamental sobre el surrealismo en México, lamentablemente poco conocido. Sería prolijo enumerar sus trabajos, porque su fertilidad era realmente humillante. Baste con decir que no conoceríamos, como la podemos conocer ahora, la literatura mexicana de la primera mitad del siglo xx sin el trabajo de Luis Mario Schneider, un trabajo infatigable, abocado a la consulta de las fuentes primarias y tocado siempre por una imaginación fecunda que lo llevaba a investigar temas cuya sola elección ya era, de suyo, una aportación al conocimiento de la literatura mexicana y sus múltiples contextos, como aquel ensayo, leído en un congreso de mexicanistas celebrado en Austin, Texas, en el que señalaba las alteraciones que la energía eléctrica había causado en la ciudad y en las letras de la capital de la república en la época porfiriana, o el

relato pormenorizado, que le hizo un nudo en la garganta a la hora de leerlo en Zacatecas, en el que daba cuenta, hora por hora, minuto a minuto, del día de la muerte de Ramón López Velarde.

Sus trabajos de investigación, para los cuales fatigó la Biblioteca y sobre todo la Hemeroteca Nacional, adscritas al Instituto de Investigaciones Bibliográficas del cual fue uno de sus más conspicuos investigadores, apuntaron siempre a lo secreto, al poema inédito, a la carta insospechada, a la noticia aparentemente frívola. Fue un investigador de telas y de entretelas, de escenarios y de bambalinas, de vida pública y de vida privada: un rastreador de intimidades. A mí me ofreció, para que los publicara facsimilarmente como regalo navideño en la Coordinación de Difusión Cultural de nuestra Universidad, el manuscrito de *El canto del Usumacinta* de Carlos Pellicer, la primera edición del *Discurso por las flores* del poeta tabasqueño con ilustraciones de Roberto Montenegro y una compilación de las cartas que José Gorostiza le dirigió, cuando desempeñaba alguna función subalterna en la embajada de México en Londres, al entonces canciller mexicano Genaro Estrada, en una de las cuales el que sería más adelante autor de uno de los mayores poemas filosóficos de la literatura mexicana, junto a el *Primero sueño* de Sor Juana y el *Canto a un dios mineral* de Jorge Cuesta, le confesaba a su amigo que él, que había escrito ya las *Canciones para cantar en las barcas*, para eso de la poesía francamente no servía.

Así como le gustaba descubrir textos insospechados, le encantaba publicar también textos secretos. Como director de la colección los Cuadernos del Fakir primero y luego de Cuadernos de Malinalco, editó textos breves de escritores mexicanos que no hubieran podido tener mejor destino, a pesar de la secrecía, que esas publicaciones de tiraje mínimo, amorosamente compuestas, en cuyo colofón apenas aparecía el nombre de Luis Mario, bajo el rubro de *vigilancia*, apocopado en sus siglas ciertamente complejas, porque su apellido tiene como inicial tres letras: *Sch*. Publiqué, bajo esa *vigilancia*, uno de mis primeros libros, *Modus perendi*, y uno de mis últimos libros, *El alumno*, con la certidumbre de que su mejor valor era, quién lo diría, su escaso tiraje y su nula distribución. Era como si Luis Mario se regocijara, anticipadamente, del descubrimiento que *a posteriori* realizaría un investigador del futuro que se topara con alguno de los poquísimos ejemplares de estas ediciones, en concordancia con los trabajos que el propio Luis Mario realizaba en sus afanosas búsquedas de textos desconocidos.

Pero tengo que hablar del amigo, como lo anuncié al comienzo de estas páginas, aunque sea por la precaria vía de la enumeración de sus virtudes a la que me conmina la brevedad de este homenaje —palabra, por cierto, que él detestaría—.

Luis Mario fue, ante todo, un hombre generoso, que le otorgaba al verbo *dar* el mismo sentido que al verbo *ser*. Daba, siempre daba. Daba textos insólitos, daba cariño, daba alegría, daba humor, daba confianza, daba amistad. Fue un hombre pródigo, siempre dispuesto a compartir las horas que le dejaban sus pesquisas literarias para hacer de la vida una fiesta, más que una fiesta, una celebración. No en vano fue padrino de la mitad de la población de Malinalco. Y fue, hasta su muerte, amigo de sus amigos, conminados a la confesión por la propia confesión del interrogador, que remataba cada frase con un *¿me entiendes?* salido de una boca sin labios, que atrapaba a quien lo escuchaba y propiciaba una cercanía irrenunciable.

Quise a Luis Mario de veras. Recibí de él, puesto que su esencia era dar, muchas cosas: la confianza en mis escritos, una tarde de plática profunda en su terraza de Malinalco, bajo la cúpula borracha de su capilla mariana; la edición de mis libros secretos; la reivindicación de la maestra Millán, mi maestra y la suya; la lectura de la poesía de Villaurrutia; la valoración de mis amigos, que eran los suyos.

Éstos amigos, tan suyos como míos, y yo estuvimos con su cuerpo el último día, en Malinalco, en su basílica bibliotecaria de cúpula ebria. No cargamos el ataúd. Cargamos unas coronas de flores y caminamos mucho, con nuestras corbatas negras y un rictus en las comisuras de los labios que vacilaba entre el dolor y la gratitud casi plácida. Ni una lágrima, claro. Sólo la amistad viril que trasciende la muerte.

Ya he contado otras veces que en febrero de 1961 inicié en la UNAM el primer año de Letras Españolas, y tuve como maestra de Introducción a las Investigaciones Literarias a una mujer compacta y chaparrita, de mirada poderosa; gigantesca docente, investigadora, creadora e impulsora de empresas educativas y culturales: María del Carmen Millán. En alguna de las primeras clases, la maestra Millán —pronto sería la *doctora* Millán— nos pidió que, para la semana siguiente, leyéramos “Talpa”. Y me parece que todos lo hicimos. Éramos buenos estudiantes; cumplidos.

Cubierto de llagas que le supuran “una cosa amarilla como goma de copal” Tanilo Santos le pide a Natalia, su mujer, y a su propio hermano —quien cuenta estos sucesos y de quien nunca sabremos cómo se llama—, que lo lleven con Nuestra Señora de Talpa. Está convencido de que sólo la Virgen del Rosario de Talpa podrá aliviarlo. Y ellos le cumplen el deseo. Lo llevan hasta los pies de la Virgen, caminando durante días y noches; a empellones cuando hace falta, porque llega el momento en que Tanilo ya no puede seguir adelante y quiere regresar a Zenzontla, de donde salieron, pero ellos lo obligan a seguir caminando. No lo hacen porque busquen su alivio; lo hacen para que el esfuerzo lo mate, porque Natalia y el hermano de Tanilo son amantes:

Yo ya sabía desde antes lo que había dentro de Natalia. Sabía, por ejemplo, que sus piernas redondas, duras y calientes como piedras al sol del mediodía estaban solas desde hacía tiempo. Ya conocía yo eso. Habíamos estado juntos muchas veces; pero siempre la sombra de Tanilo nos separaba: sentíamos que sus manos ampolladas se metían entre nosotros y se llevaban a Natalia para que lo siguiera cuidando. Y así sería siempre mientras él estuviera vivo.⁷

⁷ Juan Rulfo, (1980), “Talpa”, en *El Llano en llamas*, edición especial (Tezontle) revisada por el autor, México, Fondo de Cultura Económica, p. 69.

Como acabo de decirlo, nosotros, los alumnos, cumplimos. O quisimos cumplir, cumplimos a medias. Porque nuestra lectura fue incompleta; ingenua. Nadie estaba preparado para lo que en la clase siguiente preguntó la maestra: “¿Por qué, después de asesinar a Tanilo forzándolo a caminar hasta Talpa, la pareja tiene que separarse? ¿Por qué Natalia y su amante, el hermano de Tanilo, ya no pueden seguir juntos?” Nadie tuvo ninguna respuesta. Nadie se lo había preguntado. Nadie había interrogado el texto ni había indagado sobre el carácter ni los motivos ni los cambios de los personajes; nadie había meditado en las palabras ni en los silencios de Rulfo. “Niños —nos dijo la maestra, fue su único comentario—, hay que leer con los ojos abiertos”. Esto nos cambió la vida. Un buen lector aprende a abrir los ojos e interrogar el texto. Un buen maestro ayuda a sus alumnos a descubrirlo.

I

Siempre que recuerdo a María del Carmen Millán me viene también la memoria de Luis Mario Schneider: pulcro, elegante, cordial, con una manera de llevarse el cigarro a la boca que hacía sospechar un corazón dividido y esa oscura convicción de que estamos en el infierno y cada uno de nosotros es un demonio encargado de torturar a los demás: una idea del mundo que tiñe su narrativa. Así sucede en sus novelas —*La resurrección de Clotilde Goñi* y *Refugio*— y en sus *Cuentos del amor infinito*, aparecidos poco después de su muerte, en 1999, en cuyo prólogo escribí que hay en ellos una misma “profesión de fe en el poder incontestable del mal”.

II

Con la doctora fuimos armando un rompecabezas; el país de nuestras letras. Había zonas vacías. Con el tiempo, Luis Mario las iría llenando con textos que lo habían esperado, dispersos en archivos, periódicos, suplementos y revistas. Eso sería después. En 1961, cuando lo conocí, Luis Mario tenía treinta años y a México acababa de llegar.

Venía de Argentina. Había nacido en Santo Tomé, provincia de Corrientes, y había hecho a un lado la Odontología para estudiar Humanidades, en la Universidad de Córdoba. Había sido profesor de literatura infantil, literatura española, educación democrática, idioma nacional. En enero de 1960, con una

beca, llegó a la UNAM para estudiar la novela mexicana y la argentina en el siglo XIX. Ese mismo año, en octubre, obtuvo otra beca.

Para entonces ya estaba inscrito en la Facultad de Filosofía y Letras — Monterde, Martínez, Yáñez, Rojas Garcidueñas, la propia doctora Millán fueron sus maestros— y ya había ingresado al Centro de Estudios Literarios de la UNAM, como becario. La secretaria del Centro, María del Carmen Millán, se convirtió en su directora a mediados de ese año, cuando falleció su fundador, Julio Jiménez Rueda. La tesis de Schneider para doctorarse fue *El Estridentismo, o una literatura de la estrategia*; la dirigió la doctora Millán. Las relaciones académicas y personales entre estos dos personajes fueron cada vez más estrechas.

A la sombra de la doctora y de los amigos que fue haciendo, y naturalmente a partir de sus méritos, Schneider se incorporó al medio intelectual, dirigió una editorial y varias revistas, y colaboró con muchas más, dentro y fuera del país; fue catedrático en la UNAM, la Universidad Veracruzana, la Iberoamericana, El Colegio de México; también en Rutgers, en Estados Unidos.

¿Por qué se quedó en México? ¿Por el estado de turbulencia en que vivía la Argentina de Frondizi? ¿Porque había conseguido un lugar ampliamente respetado y reconocido entre nosotros? ¿Porque, a partir de su estudio de los estridentistas, descubrió archivos, diarios, correspondencias, bibliotecas, hemerotecas... que lo lanzaron al rescate de escritores cuya obra apenas se conocía, a veces por meras referencias?

III

Todo esto puede contar. Yo creo que hubo también algo más profundo. Eso mismo que lo llevó a Malinalco, donde reinó Malinalxóchitl, la hermosa y temida hechicera, la hermana de Huitzilopochtli, la madre de Copilli: después de que el joven guerrero fue sacrificado, su corazón se transformó en el islote donde el nopal, el águila y la serpiente señalaron a los mexicas que allí debían establecer su ciudad.

Ocho años después de haber llegado a México, Schneider se construyó una casa en Malinalco, donde vivió y trabajó durante sus últimos treinta años. No solamente vivió en ese lugar; se incorporó activamente a su vida. En 1997, dos años antes de su muerte, fue nombrado su cronista oficial. Pidió que fuera ahí, en el lugar de Malinalli, donde reposaran sus restos. Y legó a Malinalco su biblioteca, su archivo, un museo con sus cosas y con las cosas que hacen falta

para entender el sentido de la vida en ese mundo que mantiene viva su antigua raíz. Esa que lo arraigó en México y a la que volveré después.

Luis Mario nos dejó libros de investigación, ediciones de las obras que rescató, índices de revistas literarias, capítulos para libros colectivos, prólogos, reportajes, dos novelas, poemas, cuentos, una obra de teatro, reseñas, conferencias...

IV

Su lugar como *resucitador*, el adjetivo es de Adolfo Castañón, muchas veces codo a codo con Miguel Capistrán, de escritores como Villaurrutia, Cuesta, Rivas Mercado, Pellicer, Celestino y José Gorostiza, Maples Arce, Owen, Liszt Arzubide, Novo, Barreda, Efrén Hernández, Torres Bodet, Rojas González, es indiscutible. También dedicó artículos, ponencias y conferencias a Lizardi, Cuéllar, Castera, Riva Palacio, Gutiérrez Nájera, López Velarde, Vallejo, Monterroso, Onetti, Gabriela Mistral, Valle Inclán, Lorca, Darío, Borges, Cortázar, entre otros. Al estridentismo y al surrealismo. A pintores como Velasco, Rivera, Agustín Lazo, María Izquierdo, Julio Castellanos, Rodríguez Lozano... Recordaba, con su sonrisa más pulida, que en México los primeros en ocuparse de los pintores habían sido los poetas.

Promovió a nuevos autores, sobre todo en los Cuadernos del Fakir —donde incluyó un cuento mío, “La urna”— y en los Cuadernos de Malinalco, donde dio voz a escritores entonces primerizos y ahora maestros, como Lara Zavala, Quirarte, Celorio, Margo Glantz, Ruy Sánchez, Aguirre, Espejo, Curiel, Pereira, Rosenzweig, Marco Antonio Campos, León Guillermo Gutiérrez, Juan Domingo Argüelles, Efraín Bartolomé, Fernández, Óscar Wong, Moshes, muchos más.

Pero lo que hoy me interesa no es esto que he dicho y que todos más o menos sabemos, sino recordar un viaje y dos libros en los que veo huellas de los motivos que lo llevaron a vivir aquí. El viaje lo hicimos en 1972. Los libros vinieron después.

A principios de 1971, la doctora Millán recibió el apoyo del subsecretario de Cultura Popular y Educación Extraescolar, Gonzalo Aguirre Beltrán, para publicar una colección de libros dedicados a la cultura del país, en el sentido más amplio, SepSetentas, que aparecerían cada semana en tirajes de por lo menos diez mil ejemplares y se venderían a diez pesos. La doctora armó un consejo para elegir los títulos, y un pequeño equipo para editarlos.

Alí Chumacero diseñó la mecánica de la colección. El primer título, *Benito Juárez*, de Rafael de Zayas Enríquez, apareció en noviembre de 1971; el último, el 315, en diciembre de 1976: un volumen sobre la enseñanza del español a los indígenas mexicanos, de Gloria Bravo Ahuja. Yo me incorporé a SepSetentas en febrero de 1972; cinco o seis meses después ocupé el lugar de Alí Chumacero como gerente de producción; Alí regresó al Fondo de Cultura Económica.

El viaje fue en noviembre. La doctora Millán fue invitada al estreno de *Un vals sin fin*, una película sobre la vida de Ramón López Velarde, en Zacatecas, y nos invitó a acompañarla, a Roberto Suárez Argüello, a Luis Mario Schneider y a mí. Roberto era el segundo de a bordo en SepSetentas, donde nos conocimos y trabamos amistad. A Luis Mario lo conocía yo de la Facultad y de las muchas veces en que fue a ver a la doctora en SepSetentas. Nuestro trato había sido superficial. A partir de esos cuatro o cinco días de convivencia empezamos a ser amigos.

La película nos pareció cursi y pretenciosa, pero en el estreno hubo un momento culminante: la entrada al Teatro Calderón, lleno a reventar, con un entallado vestido que le dejaba al descubierto toda la espalda, de Ana Luisa Peluffo.

Al día siguiente nos fuimos a Aguascalientes, a conocer la Casa de la Cultura, la primera en el país, inaugurada cinco años atrás por Víctor Sandoval. En la tarde Luis Mario propuso que nos metiéramos al cine a ver *El Padrino*, que acababa de estrenarse; tres Óscares: mejor película, mejor actor —Marlon Brando— y mejor guion adaptado, de Francis Ford Coppola, quien la dirigió, y Mario Puzo, autor de la novela que le dio origen. Salimos amedrentados. Nos sentíamos amenazados.

Por esos días Schneider ya había hablado con la doctora de dos libros que le interesaba proponer para SepSetentas y de los cuales nos adelantó noticias durante el viaje: *Dos poetas rusos en México: Balmont y Maiakovsky*, y *Viaje al país de los tarahumaras. Textos de Antonin Artaud*. El primero apareció en 1973, con el número 66; el segundo dos años después, con el número 184.

Constantin Balmont viajó por el país de enero a junio de 1905. Lo movía, dice Schneider, “su sentido misionero dentro del orden teosófico, que lo hace renunciar a las cosas activas de su mundo y a emprender una misión esotérica”.

Vladimir Maiakovsky llegó a México el 8 de julio de 1925 y dejó la ciudad ese mismo mes; su apresurada salida seguramente fue provocada porque

su actividad fue pronto considerada subversiva. Su interés en México, y el único punto de contacto con los intelectuales que lo trataron, era el socialismo y la revolución. Escribe Schneider: "Por lo que toca a su poesía futurista no hay comunicación posible. El grupo de vanguardia en México que hubiese podido entenderlo, el de los estridentistas, no pudo relacionarse con él porque estaba concentrado en Jalapa".

Antonin Artaud viajó a México en 1936. Venía en busca de una vivencia entre gente que poseyera valores únicos y eternos que la civilización tecnológica europea no reconocía. Venía en busca de los tarahumaras y del peyote; su viaje y la vivencia tarahumara "van a marcar determinadamente su vida y su creación".

Estos tres viajeros nos ayudan a entender la fascinación de Schneider por México. Dice Luis Mario:

Balmont es el viajero de lo cosmogónico, solitario en su propia vivencia, exaltado en el goce solar, anónimo en su propio espejismo, aislado en su contacto con un mundo astral, contradictorio y atávico. Maiakovski es el caminante social, fusionado a lo concreto y a lo colectivo y destacando con despotismo crítico su contemporaneidad agresiva y obsesionante, a la vez que su cínico humor.

Artaud [...] se había formado dentro de la cultura tecnológica de la que sólo podía huir por la imaginación o por una supervivencia física temporal dentro del mundo primitivo, en este caso con los tarahumaras [...].

Artaud llegó a México, se preparó antes de venir a México, en la idea de una misión que implicaba un concepto de revolución en el medio, bien fuera para aplicar sus ideas sobre el teatro, para estudiar las formas dramáticas indígenas o para conseguir prosélitos entre los políticos o intelectuales mexicanos acerca de una revolución afirmada en los valores indígenas. Su mayor equivocación consistió en desconocer el terreno que pisaba, en no tener conocimiento de que la Revolución Mexicana perseguía la fusión de México con la idea de contemporaneidad que él tanto odiaba.

En el terreno de las afinidades y las diferencias con Artaud, Maiakovsky y Balmont hay que buscar las razones del trasplante de Luis Mario Schneider a México.

Para buscarlas hace falta antes publicar las obras completas de Luis Mario Schneider: sus conferencias, ponencias, prólogos, introducciones, artícu-

los, ensayos, novelas, cuentos, poemas y teatro; su correspondencia y sus papeles personales.

Mientras Luis Mario Schneider seguía trabajando y publicaba sus dos SepSetentas, María del Carmen Millán prosiguió con sus quehaceres como funcionaria y como investigadora. Antes, en 1952, había publicado *El paisaje en la poesía mexicana*, y diez años después una *Literatura mexicana*; en 1967 apareció un *Diccionario de escritores mexicanos* promovido y organizado por ella, en 1976 publicó en SepSetentas una *Antología de cuentos mexicanos* y preparó en ese tiempo las ediciones de obras de Ángel de Campo e Ignacio Manuel Altamirano. En 1975 la Academia Mexicana de la Lengua la eligió académica de número; fue la primera mujer que ingresó en esta institución. Siete años después, cuando era ya secretaria de la Academia, murió la doctora y, como dijo José Luis Martínez, “al decirle adiós a su gran corazón sabemos que nos quedamos un poco más solos”.

Auspiciado por el gobierno de Puebla, al cumplirse diez años de la muerte de María del Carmen, Luis Mario publicó en dos tomos sus obras completas. Ahí está el modelo que habría que seguir: una cronología de su vida, los textos de Luis Mario Schneider —cuatro, cinco volúmenes, los que hagan falta—, su bibliografía. Todos sabemos que lo merece. Todos sabremos aprovecharlo.

LUIS MARIO SCHNEIDER: METÁFORA DE LA AMISTAD

Guadalupe Curiel

IIB, UNAM

El recuerdo de un amigo casi nunca escapa a las trampas de la memoria. Cuando está se le recuerda con el debido cuidado de guardar el decoro. Y cuando no, elevamos a su máxima expresión el eco que la distancia marca entre el pasado y el presente para que nunca deje de estar. Recordar es probablemente el único acto real del ser humano y su práctica, la historia así lo ha demostrado, es un ejercicio de confesión involuntaria. En la evocación del amigo que ya no es, que no está, ocurre un extraño proceso. De pronto, todo tiene importancia. Cada instante, cada palabra. Cada imagen, cada sonido. Sólo al final, a pesar de todo este cúmulo de sensaciones, resulta ser una ausencia que no deja de serlo. Es todo ello el silencio que no termina de vibrar.

Esa trémula tensión, poco armónica al principio, es la memoria. Actúa de un modo extraño. Traer a Luis Mario de la profundidad de los años implica crear un personaje que probablemente no fue, pero la memoria, lo mismo en la historia como en la literatura, va creando al personaje. Resucita instantes privilegiados de la experiencia vital de cada uno de nosotros y, Luis Mario, tan vivo, es recuerdo centelleante. Cada reminiscencia lo atavía de una cualidad distinta y perfila en diferentes tonos y volúmenes. Por eso nunca es una reproducción fiel a causa de la dinámica destructora de la memoria que, paradójicamente, crea esos fantasmas moradores del tiempo.

Evocarlo es atraer a la razón, al sentido común, a la amistad, a la libertad. Cada uno de sus trabajos, unos mayores, otros menores, son guiados por una razón peculiar, pero no una afanada por la verdad a través de sistema y método, sino otra más ligera que de método y sistema no tiene nada. Él, sin duda, era enemigo de toda aquella pretensión que deseara petrificar la vivacidad de las letras. ¿Por qué encerrarlas en categorías perecederas? Como inventor de mundos que era, no conocía final alguno para su capacidad creativa y los límites sólo

existían para él cuando, atraído por el aroma de un buen café, se sentaba a la mesa a charlar de sus proyectos con sus amigos o con quien estuviera dispuesto a escucharlo.

El mundo de las letras, el mundo de Luis Mario Schneider que nunca dejaba de explorar, develar y compartir, tenía en cada uno de sus continentes siempre algo nuevo para todos. Su inagotable fascinación por el descubrimiento formaba parte de su esencia espiritual. Toda consulta en los repositorios de la Biblioteca Nacional, o donde él buscara, eran viajes por las suaves olas de la memoria. Octavio Paz ya había intuido su proclividad a la exhumación de los autores, sepultados por increíbles monumentos de elogios vacuos o carretadas de vituperios. Bajó, como Orfeo, a los infiernos del olvido. Su rescate documental se convirtió en aventura porque devolvió la vida a muchos autores de todos los tiempos que ya se creían perdidos, olvidados en los desiertos de la indiferencia.

De sus constantes viajes por los libros y los diarios, no sólo volvía siempre con un texto viejo al que insuflaba un hálito vital. Más que ello, era su fuente de inspiración. Las incontables hojas que pasaron por sus ojos eran como el fluir eterno del río sobre el que nadie se lava dos veces. Encontraba *Refugio* bajo los viejos bosques de palabras decimononas. Sus paseos ahí eran verdaderos *Días de feria*, encontrándose en el camino a los pretéritos maestros de sus enseñanzas nuevas. Todos los autores y todas las ideas le habían dejado algo en su propia obra. Su nobleza, al ser tan grande, no dejaba de reconocer lo que *De tinta ajena* se hallaba en sus escritos. El fluir de las ideas. El armónico canto de las letras. Las palabras y la música. Todo al final fue pura poesía, porque un poema fue su vida decantada por las décadas que fueron de Santo Tomé hasta Malinalco.

Fue un hombre, quizá, universal. Todo le venía bien. Era muy ligero, tanto que hasta en su modesto vestir se revelaba. Quizá por ello voló tanto y tan rápido entre las líneas de Lizardi, Cuéllar, Sarmiento y López Velarde; entre la delicadeza de Villaurrutia, la potencia de Mistral y la mortal locura de Antonieta Rivas Mercado. Quizá por eso sintió como pocos la fascinación de Domingo Faustino Sarmiento y la sensualidad de Efrén Rebolledo. Quizá por eso oyó tan bien el lirismo de García Lorca y la elegancia de Toussaint. Quizá por todo comprendió e hizo suya la pasión que impulsaba a Antonin Artaud en su viaje por la sierra tarahumara donde conoció el misterio de los siglos, asimilando en vida el *Páramo* de sueños que alguna vez le contó el mismo Alí Chumacero *En la orilla del silencio*.

Luis Mario fue siempre pragmático, profundo, pero también lúdico, irrisorio y despreocupado. Como Augusto, confiaba en el tiempo, se apresuraba lentamente. Él mismo no se concebía como un intelectual, más bien como un raro artífice. Parecía que decir cosas complejas no era lo suyo. Decía todo lo complicado en forma simple, porque así proceden los artistas y no los duros pensadores. Evitaba pensar en la perfección. Le gustaba vivir tranquilo con el producto de su arte y pensando en la siguiente obra, cuya realización a veces dudaba. Y así como inventaba, también abandonó o cedió con generosidad para que alguien más continuara sus ideas. En ello, perdía cuidado debido a que en el transcurso la idea cobraba tantas formas que podía decirse que engendraba Proteos mentales.

Todo ello lo reflejaba en su personalidad poliédrica. Sus escritos ofrecen sobrada prueba. Muy amable, condescendiente. No sufría, y cuando por ventura lo hacía, con indefinible actitud ponía, de la felicidad, la *Semilla en la herida*. De ese surco no podía brotar otra cosa que pasión. Por eso procuró algún esmero a ese *México peregrino*, piadoso, místico, pasionario, con todos sus *Cristos, santos y vírgenes de la antigua Nueva España*. En la prosa de sus libros, confluyen los caminos de una tierra bendita poblada de milagros, de verdaderas devociones y perpetuos santuarios. Es probable que Schneider creyera, como Blake, que la eternidad es una fiel enamorada de las obras del tiempo; él mismo era enamorado de los vestigios de una patria de la cual se sabía hijo, acaso más mexicano que cualquiera porque eligió serlo, siempre orgulloso de esta afinidad electiva.

A lo mejor por eso congeniaba en todos lados. Le gustaba tener siempre despejada la mente, sin enemigos, ni siquiera tratándose de los descritos por Gracián que le codiciaran algún bien o talento. Su sensibilidad desplegaba una empatía distintiva, similar a la bien ponderada por Lichtenberg en un famoso aforismo, pero siempre honesta, cabal. Amaba la amistad como Beethoven e hizo del alimento y las palabras cotidianas verdaderos rituales del buen comer y del mejor conversar. Los temas eran ilimitados. Todavía hoy cierto restaurante de San Ángel puede dar fe de ello. El anís, su amigo inseparable, presidía sus ceremonias, haciendo del placer la felicidad y de la felicidad el placer. Goethe lo hubiera coronado por loco y sabio.

Luis Mario Schneider, por lo que fue, sólo puede definirse como una interminable metáfora de la amistad. Para él no hay palabras, sólo sensaciones. Vibrante silencio, también.

LUIS MARIO SCHNEIDER: GUÍA DE LA CULTURA

Beatriz Espejo

IIFL, UNAM

¿Qué puedo decir de Luis Mario Schneider que no haya dicho ya? El primer chispazo, vuelvo a repetirlo, fue el día en que lo conocí dejando la oficina de María del Carmen Millán en una tarde declinante y después de arreglar su permanencia como investigador en el Centro de Estudios Literarios. Venía contento. Creo que no reparó en mí sentada en una banca esperando ser recibida por la maestra. Yo entonces gozaba una juventud venturosa. Tenía la vista puesta en el porvenir como muchos otros compañeros. Luego empezamos a tropezarnos a las seis de la tarde por los pasillos siempre plétóricos de la Facultad de Filosofía y Letras o asistiendo a cocteles y presentaciones de libros. Poco a poco fuimos amigos. Sus llamadas llegaban desde los diferentes institutos donde formó parte y, al final, desde la Hemeroteca Universitaria que debió preferir gracias a las valiosas publicaciones y documentos que atesora. Me pedía colaboraciones para las muchas antologías que hizo, para Cuadernos de Malinalco en sus dos series. Sus enemigos dicen que hacía trabajar a los demás; sus amigos que abría puertas, señalaba caminos, mostraba —como diría Julio Torri— a la manera de buen minero vetas de oro que necesitaban explotarse. No sólo se había recibido pronto de doctor con *El estridentismo o una literatura de la estrategia*, sino que intervino o asesoró varias revistas como *La Palabra* y *el Hombre*, de la Universidad Veracruzana. Rememoremos su trabajo de diez años en la Universidad de Rutgers, los premios importantes que obtuvo: el Xavier Villaurrutia por su novela *La resurrección de Clotilde Goñi*, el de ensayo Luis Cardoza y Aragón por *Malinalco. Imágenes de un destino*, el Sor Juana Inés de la Cruz y el Universidad Nacional; nada de ello fue gratuito, se dio tiempo para rescatar la bibliografía de Fernández de Lizardi, y editar obras de Antonieta Rivas Mercado, Efrén Hernández, Genaro Estrada, Efrén Rebolledo,

Xavier Villaurrutia, una serie de prólogos sobre escritores mexicanos e hispanoamericanos. Su bibliografía resulta extensa, hasta dirigió una obra de teatro, *La verdad*, de Luigi Pirandello en la Escuela para Extranjeros. Construyó así su reputación y sedujo a cuanto ser viviente estaba cerca, hombres, mujeres, niños, gatos y perros, grandes y chicos caían rendidos ante el encanto de sus maneras, de su cariñosa disposición de ánimo, de su entusiasmo aparente, de su capacidad para organizar eventos y diversiones, de su apostura física en la cual confió a lo largo de sus muchas relaciones amorosas; sin embargo, fue mejor amigo que pareja. Algunas de sus amantes lo odiaron; otras lo quisieron hasta la muerte y a través de los años lo recuerdan o recordaron con ternura o despecho, según el caso y carácter de cada quien. Quedó claro a la hora de su entierro en que se organizó un camión de pasajeros hacia Malinalco para acompañarlo hasta su tumba en el cementerio modesto de una pequeña ciudad-pueblo sugestiva, que cada día crece más y en la que quiso morir y ser enterrado y a la que donó un museo al pie de la pirámide —colegio para caballeros águila de épocas precortesianas—. No asistí. Lo había visto días antes desmejorado, con la cara de la muerte sobre su hermosa cara. Nunca he llorado tanto a un amigo. Pasé el día en casa metida en mi propio duelo recibiendo llamadas de Huberto Batis y Miguel Capistrán, bañados en lágrimas, del pobre de Miguel que después murió comido por la diabetes antes de recibir el único golpe de suerte que tuvo en la vida al ser nombrado académico de la lengua y sin poder pronunciar su discurso de entrada; pero entonces no lo sabía. Ninguno de los tres pensábamos en nuestra propia muerte y estábamos convencidos de que sufrir por los que se adelantaban era natural. Hoy las cosas han cambiado; pero yo soy como el nombre del famoso jabón, un perro agradecido. Y le agradecía a Luis Mario una serie de cosas cariñosas como aquella vez en que me pidió la dedicatoria de un texto por lo que había hecho por mí. Yo tenía en el telar “Una mujer altruista” y puse su nombre abajo, aunque es una de mis narraciones que ha recibido menos comentarios. Después, antes de un certamen de Campeche, me llamó con su inconfundible voz entre gaucho mexicana diciéndome que había estado en España y que conociéndome confiaba en mi buen juicio y pedía los títulos de los cuentos que iba a proponer para la elección final. Le di dos; uno seguramente era de un muchacho veracruzano y otro de un escritor argentino que conocía su oficio —se notaba por los recursos y la terminología empleados—. Estaba dudosa. Él se inclinó por el

primero hablando de su frescura y de que presentaba un canto nuevo. Resultó ser Fidencio González Montes, que escribió bastante y fue colaborador de *Punto*. Durante la premiación, al recibir el cheque y el galardón se acercó a mí diciéndome que le había salvado la vida. Pensaba suicidarse y el pequeño triunfo le dio fuerzas para seguir adelante. Me quedé sin palabras. Desde la otra orilla del estrado Luis Mario me miraba malicioso.

En ese viaje nos acompañaban Emmanuel Carballo, Elisa García Barragán y mi hijo Francisco, pasando inadvertido por sus cinco o seis años. Mientras desayunábamos Luis Mario revisaba el periódico lugareño absorto en los anuncios. De pronto bajó la página y propuso ir al circo. —¿Te gustaría, Francisco?, hoy dan la función de despedida—, sabiendo que al niño se le iluminarían los ojos. Y al circo fuimos, dispuestos a conmovernos con un león desmeledado, unos payasos tristes de narices rojas, unas acróbatas gordinflonas que se jugaban la vida sin red de ninguna especie y que, si lo pensábamos seriamente, eran la encarnación de la miseria humana bajo una tienda que dejaba filtrar el calor y los rayos solares cayendo a plomo sobre el auditorio intentando evitarlos. Parecían hablar de la catástrofe del uso, pero el niño abría la boca arrobado y los adultos nos reíamos de la ingenuidad reinante. Regresamos dichosos en tanto el calor mermaba y el mar calmado nos daba un concierto, como invitando una siesta. Al regresar encontramos baratijas que ofrecían un San José. Aún lo conservo para acompañar a una virgen. Eran tiempos gloriosos y felices en que la soledad y la tristeza resultaban sólo palabras, en que lo más chiquito divertía. Desde entonces Francisco adoró los circos recorriendo la República, con sus camellos cansados y sus domadores tan aburridos como las bestias que pretendían domar.

Sin embargo, lo que más agradezco a Luis Mario, aparte de estos ratos afortunados, es que hubiera propuesto mi nombre para una preprimaria de Malinalco, sabiendo cuánto he sostenido que los primeros años de formación escolar son fundamentales en el desarrollo posterior. Le pregunté por qué no había propuesto el nombre de otra escritora. ¿Por ejemplo, Amparo Dávila, que sabe estructurar tan bien sus cuentos y maneja los silencios tanto como los discursos? Contestó que conmigo perduraría la nominación porque, dadas mis obsesiones, iría al menos los primeros años cargada de regalitos y libros para esas deliciosas criaturas que perderían el miedo de abandonar a sus mamás para llegar a la escolita bien pintada en que se ganarían pequeñas recompensas, porque

el orden y la sabiduría son progreso tal y como lo proclamaron a los cuatro vientos algunos filósofos del XIX. Al terminar uno o dos años entraron al quite padrinos y padres, y el fin de cursos se ha convertido en una fiesta que impide el tránsito por la estrecha calle. Me vienen a la memoria un par de niños que recibieron coches eléctricos. Los tripulaban como potentados.

¿Cómo olvidar a Luis Mario y sus amigos que estudiaron a fondo la generación de los Estridentistas e iniciaron los estudios serios sobre Contemporáneos? ¿Y ese libro extraordinario, tanto por su presentación como por su contenido, en que dilucida los menús que en el siglo pasado grandes restaurantes ofrecían comidas de ocho servicios cada uno mejor que el siguiente? No en balde fue miembro fundador de la Sociedad Gastronómica. ¿Cómo dejar de lamentar la muerte de un amigo aún joven y no poderlo abrazar otra vez, no obstante que, sin comentarlo, sabedores de su muerte próxima lloramos juntos? Ya sé que lo he contado, pero es difícil borrar de la mente el portón de la casa abierto de par en par esperándome y su silueta mermada por la enfermedad y el firme propósito de poner fin a sus excesos, dispuesto a empezar una nueva vida sin aceptar que la vieja se le acababa por segundos. Yo no volvería a verlo salvo cuando viene y va su sonrisa en mi imaginación, junto con el deseo de repetir ese último abrazo fuerte y prolongado que decía mucho y decía tan poco.

LUIS MARIO SCHNEIDER:
EN EL PASO DE LA PRESENCIA AL RECUERDO

María Elisa García Barragán

IIE, UNAM

En las plurales y variadas temáticas dentro de las cuales Luis Mario Schneider realizó su trabajo, críticos e historiadores han mencionado ese quehacer excepcional que él llevara a cabo y yo añado lo que he dicho en alguna ocasión: “su titánica tarea es ejemplo de un ejercicio erudito, inteligente, selectivo y refinado”. Si bien, mis aproximaciones a su productividad se inscribieron primeramente en el ámbito de las artes plásticas, sin abandonar ese interés, sí quisiera reiterar que lo realizó siempre en el culto a los valores estéticos.

Esta rememoración bibliográfica y de vida, me lleva a hablar de la investigación en la cual puso su máxima voluntad, por fortuna involucrándome en ella, se trató de Ramón López Velarde. Álbum, tarea a la que nos encaminó nuestro querido y admirado José Luis Martínez, entonces Director de la Academia Mexicana de la Lengua y Presidente de los comités organizadores de las celebraciones del centenario de Ramón López Velarde, quien indicó la atinencia de reunir en un atractivo corpus imágenes relacionadas con el poeta a la manera de aquellos álbumes fotográficos editados por Gallimard.

El motivo, el centenario del nacimiento del jerezano. El camino planteado por Schneider se inició en la propia ciudad de Jerez, Zacatecas, el álbum acogió primeramente las fotografías de la boda de los padres, la pila donde Ramón fue bautizado, la fe de bautismo, él a los dos años de edad, los presbíteros de la capilla, en fin, no quedó fuera ningún familiar, ni amigos. La búsqueda nos hizo transitar por archivos, bibliotecas, hemerotecas, juzgados, etcétera, y a seguidas por las ciudades en las cuales vivió, ahí escudriñamos sus primeros escritos; que permitieron que junto a estos poemas iniciales conociéramos los nombres de las muchas novias y amigas que él persiguió, pero que más aún lo persiguieron; figuras proyectadas a la vida de las imágenes en relámpagos de luz y de admiración. Encabeza la lista Josefa de los Ríos, la siempre amada “Fuensanta”, también

de Jerez Susanita Jiménez, María Puente, Teresa Toranzo, María Jaime, Elisa Villamil, no falta María Magdalena Nevares, de lindes lejanas y de nutrido epistolario, la que le inspirara el conocido poema: “yo tuve en tierra adentro una novia muy pobre, ojos inusitados de sulfato de cobre” y por supuesto la definitiva, la importante, Margarita Quijano, cuya belleza e inteligencia le hicieron merecedora de admirada dedicatoria en la espléndida edición de *Zozobra*. Paradójicas atmósferas, entre eróticas y recatadas, en las cuales la amplia cultura del poeta y las aportaciones de sus amigos Pedro de Alba, Enrique Fernández Ledesma, Rafael López, etcétera, remiten a la memoria de los “poetas malditos” Baudelaire, y por qué no, Mallarmé.

El anhelante deambular nos movió de las cotidianidades a profundizar nuestra impresión sobre la arquitectura en esos terrenos, así visitamos iglesias, retablos, edificios, y ante ellos tratamos de definir sus afinidades estilísticas.

Necesario recordar la entrañable amistad de López Velarde con el gran pintor de Aguascalientes Saturnino Herrán, y su preciada obra pictórica, que le motivara profundos versos sobre el cuadro “El cofrade de san Miguel”. Letras y arte nos exigieron la revisión y cotejo de sus libros con las varias ediciones; en fin, encuentros y aprendizaje. En 2000, al despuntar el siglo XXI, y ya fallecido Schneider, gracias a la amistad y reconocimiento del magnífico poeta y escritor Marco Antonio Campos, el álbum se reeditó, en otro formato y de igual manera con bello diseño. La nueva edición comienza con una breve lista de agradecimientos para quienes de un modo u otro autorizaran el escarbar en cuanto repositorio, sacristía y otros tantos sitios para rescatar la vera imagen, no sólo de López Velarde, sino de tan entrañable parte de la República Mexicana, principalmente de Zacatecas, “bizarra capital” del Estado. Sin querer dejar de lado a María del Carmen Ruiz Castañeda y al doctor Jorge Carpizo, quienes nunca pusieron trabas a nuestro quehacer.

En ese orden que se podría llamar razonable, entre el mundo de las formas poéticas y el mundo de las formas plásticas, casi nada dejó Luis Mario Schneider fuera de su interés. Móvil, ágil, ávido, había algo superior a la curiosidad, algo más que una afición en sus penetrantes trabajos, en muchos de los cuales se manifiesta el afán por resaltar lo que para él era México, su país de adopción, que por ello mismo le era más propio; geografía que recorrió en todas direcciones como esclarecido y amoroso espectador. Tal riqueza de matices en su producción permite abordarla, aun transgrediendo cronologías y paisajes.

Su mente lúcida, atenazada por múltiples curiosidades le provee del perfecto acuerdo entre la intuición y la razón, entre el mundo mágico y el mundo lógico, llevándole a disfrutar el día a día de lo mexicano. Indispensable volver los ojos a dos de sus libros esenciales *México Peregrino* y *Días de Feria*; acceder mediante ellos a su pasión hacia el mexicano y lo mexicano, a esas fisonomías psicológicas, ricas en integraciones, y por qué no, muchas veces contradictorias:

El hombre venturosamente ha sabido, en su lucha perenne con la vida enmascararse de dios Jano. Su imaginación, su instinto, su necesidad y su fe, inventaron la fiesta, la algarabía, el transparente júbilo. Con innegable dialéctica, desde su interior, desde su alma, y para que sus celebraciones no tuvieran un solo rostro festivo, unió religión y comercio; dedicación y holganza; gratitud y frivolidad; vanidad, misticismo y competencia en sensible e inteligente equilibrio y sin remordimientos. Encontró la fórmula exacta: la feria.

Su imaginación y vena verbal figurativa, en perfecta concordancia entre análisis y esencia, le permitieron dibujar ante el lector el arte popular con las flores, la madera, el barro, el pan, el azúcar, devolviendo ese universo de frescura, de humorismo vital, al lado de las banderas de papel picado, toda clase de papeles: de china, de amate, de celofán, de estaño, figuritas rituales, Judas, diablos, animales fantásticos, calaveras de azúcar y bateas.

“Hoy es día de fiesta, día de prodigios”, frase que le permite desmenuzar el ritual con el que se inicia el disfrute:

Casi con el último canto de los gallos, comienza el trajín, por la mañana el enfloramamiento, el aderezo de la iglesia y los santos, el anuncio de los cohetes, las campanas estridentes apabullan rezos y sermones. La ropa nueva lucidora y perfumada... todo es válido porque la feria es un lujo, una exigencia, un esplendor.

El movimiento va por diversos lados, desde la preparación de los moles, de los dulces y el chocolate, los carros alegóricos de los que asevera patrocina alegorías bíblicas, episodios prehispánicos con el repicar de tambores y teponaztles. Todo ese alborozo que no ausenta las demás actividades como la serenata al santo, el quiosco placero, etcétera.

Recuerda que la vendimia se va incrementando para todas las edades: cántaros, cazuelas, cobres laqueados, vidrios de todos los colores, trajes de chinas

poblanas, cueros, monturas, arneses labrados. Retablos, crucifijos de popote, santos, ángeles, arcángeles, serafines, milagros. El hablar de milagros lo lleva a recordar, del libro de Francisco Rojas González, *El diosero*, el terrible episodio, “La parábola del joven tuerto”, en la que el muchacho, víctima de las burlas de sus compañeros de escuela, trataba de ocultar su desventura; por lo cual, en la Iglesia de la Virgen de San Juan, la madre pide con mucha fe que la Virgen lo libre del acoso de la muchachada; al salir del templo, la varilla de un cohete lo deja ciego. Ante ello la madre exclama:

Ése es el prodigio por el que debemos bendecir a la Virgen [...] cuando te vean en el pueblo [...] no van a tener más remedio que buscarse otro tuerto de quien burlarse [...] ¡es verdad, madre, yo ya no soy tuerto! Volveremos el año que entra para agradecer las mercedes a Nuestra Señora. Volveremos, hijo, con un par de ojos de plata.

Aparte de la impresión personal, está la búsqueda bibliográfica, la lectura de la narrativa que le permite captar esos episodios fiesteros: los cuentos de Francisco Rojas González, de Juan Rulfo; la novelística de Agustín Yáñez, *La feria* de Juan José Arreola. Lecturas que le van a proveer para otros trabajos, por ejemplo, la reunión de la obra completa de Francisco Rojas González, de donde él toma información complementaria: “el bullicio, mariachis y bandas musicales se adhieren a las consabidas carreras de caballos y peleas de gallos [...]. El charro regional, heredero del chinaco en vestimenta y cualidades, cortés, orgulloso, de denodada valentía, de honradez cabal”. Luis Mario Schneider estaba cierto de la importancia que, al lado de las fuentes primarias, tiene la historia oral, pues con su mediación es dable conseguir el mejor entendimiento del pasado y el presente de los pueblos.

Igual y minucioso detalle le mereció el Santuario de Chalma, apelando al mito y a la historia, en su indagación acerca del origen del Santo Cristo, Schneider desvela su diferente iconografía, a la cual le pone fechas. La riqueza de obras de arte pertenecientes al Santuario, según consta en algunos documentos, y la ausencia hoy de las mismas, le hace dolerse del expolio hecho a tales tesoros; descripción que le permite poner en claro la incongruencia de lo todavía existente en el museo pictórico frente a la realidad del pueblo:

El Santo Cristo Moreno de Chalma aglutina en su comarca el pueblo más humilde de México: grupos de indígenas que siguen hablando sus lenguas, campesinos, sindicatos de obreros, pequeños comerciantes y proletarios, gente del servicio doméstico, que recurren más que en búsqueda de milagros, a recibir una sensación de conformidad y paz [...] devoción abnegada para preparar el alma; un refugio, un espléndido oasis, quizás porque la figura de Cristo muerto inspira en la penitencia definitiva, la necesidad de estar purificado para lo inevitable.

Más allá del detalle ocioso, y volviendo al conglomerado de objetos de variada índole que se aprecia en todas las ferias, igualmente en *Malinalco. Imágenes de un destino*, describe el porqué de la seducción del poblado que tan fuertemente lo imantó; estoy cierta que en la selección de ejemplos que ilustran la crónica, contó con la total empatía de la espléndida y laureada fotógrafa Graciela Iturbide.

En la enumeración de peregrinaciones que revisa Schneider, su investigación se remonta hasta aquellos santuarios, cuyas devociones parten inclusive desde épocas prehispánicas, retomando aquellas que ahora continúan dentro del mayor aprecio de los peregrinos:

La Villa de Guadalupe. La historia de San Juan Diego y el milagro del Tepeyac. La multitud que la celebra: indios emplumados, de caminatas de días, con tambores y danzas, con cascabeles y chirimías; charros a caballo, asarapados, sombrero y catrines célebres y no tan célebres; artistas de la farándula; gremios y corporaciones de costureras y choferes, de deportistas y profesionales; colegios, marineros y globeros, panaderos y demás comerciantes, todos van a rendirle pleitesía...

Madre de Dios, pero finalmente poetizada, habita con y entre nosotros y hasta su himno prendido al sentimiento de patria se corea con la métrica decasílabo idéntica a la del himno nacional.

Mexicanos volad presurosos
del pendón de la Virgen en pos,
y en la lucha saldréis victoriosos
defendiendo a la Patria y a Dios.
[...]

Es patrona del indio; su manto
del Anáhuac protege y da gloria;
elevad, mexicanos, el canto
de alabanza y eterna victoria.

En el ensayo “La fe de los caminos”, los subtítulos van marcando al lector, válgaseme la expresión, el ritmo de las visitas, de las procesiones y en las cuales, no dudo nada, Schneider de alguna manera vuelca su experiencia personal:

Peregrinar puede ser un acto trascendente, pero es en definitiva una fatalidad de la vida misma. Se camina como promesa, se camina por sólo existir, idea de Dios, estar del hombre. Una forma del movimiento que en definitiva aún, comparte lo divino con lo humano, celestrialidad y cambio, detenimiento y variación.

La indagación en torno a los santos y sus festejos no se detiene, pero una vez que está cierto de que posee una ininterrumpida serie de conceptos, emociones y formación de orden plástica, publica con el Grupo Editorial Planeta en 1995: *Cristos, Santos y Vírgenes. Santuarios y devociones de México*. Una sutil dialéctica concede un hondo significado al libro, lo cual se advierte en el subtítulo: *Milagros y devociones que abren las puertas del cielo desde los santuarios mexicanos*. En sucinta aproximación a devociones y sus recintos asevera: “México es pueblo de devoción, privilegiado de apariciones, pueblo de santuarios, [...] pero en ellos la milagrería determina su popularidad, su demanda, su fe”.

Aunque son muchísimos los Cristos, las Vírgenes y los Santos con sus respectivos lugares de recogimiento, Schneider especifica:

Oratorios católicos, pero también otros templos donde se reza el milagro de personajes que fueron reales, tocados de gracia como el Niño Fidencio en el páramo de Espinazo en Nuevo León, donde el revolucionario presidente Plutarco Elías Calles recurría a su mágico arte. O ese otro en Culiacán Sinaloa que deifica a Malverde un ladrón bondadoso, ratero de ricos y dispensador de bienes a los desamparados. O también la calumnia judicial a Juan Soldado que ayudó a su santificación de hombre santo; la Santa de Cabora, curandera y provocadora, revolucionaria, cuyo poder de convocatoria le valió la expulsión del país. Rarezas que condensan otros espejos.

No faltan en la larga relación ni el Padre Pro, “mártir de la política”, ni otros “difíciles territorios entre lo autorizado y lo profano”. En lo escrito por Schneider están “El Niño Doctorcito”, o aquel otro infante “El Niño de los Milagros”, que se venera en el Barrio de Toluca y al cual “las ansias vistieron, y aún visten, de futbolista como apoyo para la selección mexicana”, concluye con el calendario propiciador de “devociones y festejos de rezanderías y ferias, testimonio trascendente y humano de oscuridades y luz, de una cultura única enraizada y esplendente”.

No deja de lado otra forma durable y permanente que desafía el tiempo, los exvotos o retablos, que en su lenguaje de formas precisas los bautizara como “La oración plástica”:

El peregrino pinta o hace pintar la más breve e intensa de todas sus oraciones: el retablo. Sí porque en el espacio en miniatura de la lámina, de la madera, del cartón o del simple papelito de estraza o de la hoja que arranca del cuaderno escolar o de la libreta de crédito del tendejón, se dibuja el más ardiente rezo... la más sincera súplica...

Añade el consabido ordenamiento de los retablos:

Tres partes, en la superior la imagen de la Virgen, el Cristo o el Santo propiciador representación esquemática del acontecimiento y la tercera parte es la narración del milagro y la fecha del agradecimiento.

Pero no termina ahí, ejemplifica con una serie de exvotos como aquel: “La señora Concepción Alatrieste se encomendó al Santo Niño de Atocha que estuvo enferma de una inyección mal puesta por un insulto médico, donde hago público este milagro por mi salud, 1953”.

Toda la investigación anterior nutrió la ponencia que presentara en el Coloquio Internacional “La Violence en Espagne et en Amérique (xve-xixe siècles). Les Raisons des plus forts” en la que narra “el caso de Luis de Carvajal, el Mozo, o el espejo de una doble violencia” es decir lo sucedido al personaje que Schneider considera “el más fascinante de la Inquisición en México” y advierte que para su estudio su única fuente fue el proceso que se encuentra en el Archivo General de la Nación. De todo el dramático relato, rescato aquella parte en la que expresa cómo le conmovieron y maravillaron las argucias, el in-

genio de ese hombre que utilizó “a manera de oración pintada o exvoto el hueso del aguacate y una aguja para escribir tiernos y dolidos textos de petición, así como fervientes exclamaciones hacia el Señor Poderoso”.

El Congreso Internacional “Federico García Lorca Clásico Moderno (1898-1998)” en la Universidad de Granada, España, le demandaría un vuelco total en sus pesquisas. El título de su ponencia “García Lorca en México” requirió una aclaración “el poeta granadino jamás pisó el espacio mexicano”, cito:

No obstante esa ausencia, muchos mexicanos [lo] conocieron y cayeron siempre subyugados por su personalidad y por la mágica rítmica de su obra [añade los siguientes nombres] Alfonso Reyes, Jaime Torres Bodet, Genaro Estrada, Eduardo Luquín, Luis Cardoza y Aragón, Salvador Novo y Antonieta Rivas Mercado.

De todos ellos Schneider asevera que tuvieron la fortuna de tratarlo y dejar testimonio de sus encuentros. La figura del andaluz fue para Bernardo Ortíz de Montellano profunda motivación poética, mientras que para Octavio Paz “representó la forjadura de una palabra alucinante y a la vez referencia obligada para el análisis de un lenguaje moderno”.

Antonieta Rivas Mercado, dice Schneider, se encontraba en Nueva York junto con Manuel Rodríguez Lozano y enterada de la presencia de García Lorca, la mecenas de Contemporáneos, persigue a sus amigos para que la introduzcan con el granadino, al lograrlo, siguiendo su costumbre, inicia una estrecha amistad con él. “Afecta a las misivas” lo describe a sus amigos:

Angélico [...] es una criatura de Dios con estupenda, fina, aguda sensibilidad inquietante, de trato fácil [...] claridoso como chiquillo malcriado va sólo a lo que le gusta, directo, pero no primitivo [...] de una vieja familia andaluza, el padre es ganadero rico —descendiente de una de las familias moras que fue de las primeras— con agudo buen humor irónico.

La nómina de los escritores que en México se ocuparon, y le siguieron atendiendo es larga, por lo mismo Luis Mario decide recoger en el libro *García Lorca y México* toda la información recabada; Antonieta continúa siendo protagonista en muchos de los capítulos, no sólo narrando sus propias impresiones, sino también trastocada en vocera de la opinión de los amigos acerca del poeta.

De *García Lorca y México* recuerdo una cuarteta poco conocida de Alfonso Reyes:

Pasa el jinete del aire
montado en su yegua fresca,
y no pasa: está en la sombra
repicando sus espuelas.

Luis Cardoza y Aragón, quien fuera amigo fraterno de García Lorca, tiene varias menciones y Luis Mario Schneider incluye el “puntual análisis”, en el cual el guatemalteco, aclara que la mudanza en la poesía lorquiana fue debida al impacto de aquel mundo, que “lo sobrecogía y lo colmaba de horror y lo cautivaba al mismo tiempo”. Igualmente Schneider incorpora algunos de los noventa y dos versos de Cardoza ante la figura juvenil “risueña, histórica... alma de una personalidad única”:

Vegetal y marítimo, tu imagen es la espiga,
oro fecundo y voz que no tiene el caballo.
Tu niñez de campana, de misterio y de fuente,
la ternura del lirio desmayado en la sangre.
[...]
¿Qué no fue en ti milagro vivo en tu muerte muerta?
¿La huella de un tránsito y su lento reposo?
¿Incendio de lo eterno, sin fin muerte pequeña?
¿Su cruel llama mojada, inacabable y yerta?

No podía faltar en estos escritos un texto de Salvador Novo sobre el viaje que realizara para encontrarse en Buenos Aires con García Lorca. Luis Mario registra el desayuno donde ambos escritores se reunieron:

En un restaurante de la Costanera, nos sentamos Federico y yo, solos, como dos amigos que no se han visto en muchos años, como dos personas que van a cotejar sus biografías... yo llevaba el recuerdo de su Oda a Walt Whitman, valiente, preciosa, que en limitada edición acababan de imprimir en México los muchachos de Alcantía, que Federico no había visto...

De tal manera que autores, publicaciones, referencias periodísticas van marcando el interés y luego el pleno reconocimiento en el ámbito intelectual. En toda esta relación, para mí fue muy grato enterarme, al decir de Luis Mario, que:

Efectivamente, Justino Fernández y Edmundo O’Gorman dieron a conocer esa publicación en México el 15 de agosto de 1933, de la que salieron 50 ejemplares numerados con una ilustración de Manuel Rodríguez Lozano. Imposible fue hallar la pista de cómo llegó a esos dos jóvenes, más tarde célebres intelectuales, el manuscrito que fuera una primicia internacional. ¿Sería Gabriel García Maroto quien había llegado a México a finales de 1932?

De nueva cuenta la compilación realizada por el mexiquense, es libro de consulta obligada, no únicamente en la aproximación a la figura del granadino, sino para conocer la larga lista de “libros de Lorca editados en México”, y la enorme cantidad de revistas y periódicos publicados sobre el tema.

La admiración, el reconocimiento anudaron ciertos trabajos de Luis Mario Schneider a aquellas mujeres que, por su inteligencia, valentía y obra extraordinaria, le llamaron la atención, la primera Antonieta Rivas Mercado, cuyos diarios y escritos revisó constantemente, mismos que confirman la intervención de la inquieta dama en tantas actividades culturales. Cito entre otras a María del Carmen Millán, escritora admirable, su protectora y gran amiga. Gabriela Mistral, paradigmática docente, laureada con el Premio Nobel en Literatura en 1945, de quien recuerda su estancia en México y destaca la calidad de su obra global. Poetizas olvidadas como Rosa Carreto y por supuesto Frida Kahlo, cuya existencia y actitudes siempre le atrajeron.

Poco se ha hablado del romance que Frida sostuviera con el muralista Ignacio Aguirre, ayudante de Diego Rivera; este breve episodio dio pie para que, en uno de tantos homenajes hacia la pintora, Luis Mario Schneider recibiera de María Esther Velázquez Piña Aguirre, esposa del muralista, un atadito con varias cartas de amor de Frida, que él guardara amorosamente en una caja de Olinalá. La creatividad y sensibilidad de Luis Mario le llevó a pensar en la publicación de todo ese material. Asociado con el fino diseñador Ricardo Noriega en la editorial que ambos crearon, Trabuco y Clavel, editaron el singular libro objeto, *Frida Kahlo. Ignacio Aguirre. Cartas de una pasión*, de 1994, a manera de caja de sorpresas, el lector al abrirla se topa con textos de Ignacio Aguirre y de Schneider,

información complementaria que nos sitúa en el conocimiento de tal affaire, además está la reproducción de la cajita de Olinalá, cubriendo no sólo las misivas de Frida, sino también otros documentos relacionados con la vida de Ignacio Aguirre y un retrato de él, ni más ni menos que del gran Cartier-Bresson.

A partir de un significativo paseo por momentos relevantes en el actuar de la pintora, Schneider expresa:

Lo que hoy voy a dar a conocer y lo que llegó a mis manos [...] se parece mucho no sólo a la indiscreción, sino a la profanación de un alma, una violación a la intimidad, aunque podría justificarse porque con una personalidad ya pública como la de Frida Kahlo, toda posibilidad de acercamiento a su mundo contribuye no a justificarla, sino a redundar en su transparencia. Hago historia, a fines de 1933 la relación Frida Kahlo y Diego Rivera entra en una feroz crisis amorosa.

La crisis, es bien sabido, se debió a la enfermedad de Frida, a uno de sus abortos, varias hospitalizaciones, y la cirugía en un pie que le llevó algunos meses de recuperación, ante tanto dolor Luis Mario Schneider, un poco para justificar a Diego, continúa: “En 1934 Diego Rivera comete quizá la más grande fechoría a su esposa —se vuelve amante de su cuñada Cristina Kahlo [...] Frida no soporta la traición, pero en julio de 1935 lo perdona”.

Los flashazos sobre la vida de Ignacio Aguirre nos enteran que: nace el 23 de diciembre de 1900 y siendo aún un adolescente participa en el levantamiento popular bajo las órdenes de Álvaro Obregón; a ello siguen otras ocupaciones de menor interés, pero sobre todo recalca que el pintor nunca dejó de lado su afecto primordial que era el dibujo.

Para Schneider, fue al regreso de Frida y Diego del viaje neoyorquino cuando se inició el romance de los dos artistas y puntualiza:

Los encuentros se realizaban en el domicilio del jalisciense ubicado en Puente de Alvarado número 45 datos que aportan los sobres de la correspondencia, siempre rotulados con la desesperación de “Entrega inmediata”. Eso no impedía otras citas como en la Biblioteca de la Aviación Militar o en casa de amigos íntimos. Resulta increíble pero su propia hermana Cristina, con quien se había reconciliado, [...] ahora encubría, prestaba auxilio y alentaba la relación [...]. Llama también la atención, pero esto parece formar parte del carácter de Frida

Kahlo, dejar testimonio de cartas amorosas a sus amantes, sin ningún recato, sin conciencia de una posteridad descubridora [...]. Misivas poseedoras de un lenguaje reiterativo y pormenorizado de lo amoroso.

Acerca del epistolario de Frida, Schneider poetiza:

Un lenguaje de flores, de hojas de naranjo, de margaritas de piel olorosa, de ojos extasiados, de manos arrobadoras que transitan por una poesía de nerviosa quinceañera, exigidora de instantes exclusivos, de un afebramiento insaciable, donde también la ausencia del ser amado con el pensamiento enardecido, da como resultado homenajes líricos, los consuetudinarios acrósticos [...]. No podían faltar los diminutivos cariñosos, las florecillas ofrendadoras, el consabido beso con lápiz de labios y también aclaraciones de conducta, esos pequeños malentendidos clásicos de los enamoramientos adolescentes.

“Si bien para Frida la relación fue sólo una aventura”, Schneider asevera “para Aguirre implicó una profunda presencia que le costó tiempo olvidar”.

Debo subrayar que, si bien lo anterior pareciera una reseña continua de algunos textos de Luis Mario Schneider, en realidad pretendí recoger, reitero, su ya dicha fuerte vocación de filósofo coloquial y mostrar cómo mediante esa potencia de trabajo formidable se nutre de aquel revisar documentos para, mediante su análisis y reflejo, dar la lección orientadora que permita a otros investigadores continuar por tantos disparaderos culturales.

Para finalizar, como es bien sabido, fueron muchos los reconocimientos y presea que Luis Mario Schneider recibió, entre ellos el merecidísimo premio Universidad Nacional en el Área de la Creación Artística y Extensión de la Cultura, ahora traigo a colación una de las que intensamente le conmovió, así lo confesaba, fue la presea Sor Juana Inés de la Cruz, otorgada por el Estado de México; asimismo, se explayaba conmovido frente al nombramiento de Cronista de Malinalco, y yo agrego: prerrogativa no gratuita que le ataba aún más, si es posible, al terruño, ya que con ella se le reconocía la infinidad de intereses anudados a su cotidiano existir en su pródigo territorio de adopción.

La anterior andadura por la creatividad y aprecio de Luis Mario Schneider pareciera ser subjetiva y parca reseña de un solo ámbito de su producción, sin embargo, no se trata de ello, sino de recordar cómo del “espejar de los archivos”, así graciosamente lo decía, surgieron investigaciones llenas de vocación de

humanismo, concretadas en una prosa cargada de finas sensaciones, y vale la pena reiterar que buena parte de su obra es una lección orientadora, plena en su mayoría de agilidad lúdica.

LUIS MARIO SCHNEIDER: NOVELISTA Y RESCATISTA

Hernán Lara Zavala

FFYL, UNAM

I. EL ESCRITOR

Luis Mario Schneider escribió dos novelas: *La resurrección de Clotilde Goñi*, que le valió el premio Villaurrutia (1977), y *Refugio*, publicada en 1995, obras que, de algún modo, lo proyectaron más allá de su variado y muchas veces desconocido legado de investigador intelectual de la cultura mexicana —sin duda el más genuino de todos sus múltiples y extravagantes amores.

En efecto, Schneider contribuyó con interesantísimas, sesudas, curiosas y originales investigaciones: rescató documentos, recuperó poemas perdidos, recopiló antologías, hurgó en obras recónditas, reivindicó grupos semi-olvidados, personajes anónimos, descubrió historias secretas, autores desconocidos y elaboró especulaciones literarias de todo orden. Logró descubrir lo inimaginable y meterse hasta la cocina de todo lo que inquietaba su abundante imaginación.

Acaso Luis Mario Schneider no haya sido nuestro gran crítico, pero, a cambio de ello, fue nuestro gran detective literario. Quiso y supo adentrarse en los más olvidados e ignotos campos de la cultura mexicana: el movimiento estridentista, el Surrealismo en México, la revaloración de Contemporáneos —sobre todo Cuesta y Villaurrutia— así como el estudio de otros escritores de la generación menos estudiados; la vida y la poesía de Carlos Pellicer, de Efrén Rebolledo, Gabriela Mistral, los poetas del exilio español, Valle Inclán y el teatro experimental en México, algunos aspectos desconocidos de la vida de Frida Kahlo, como su correspondencia con Ignacio Aguirre, recopiladas, comentadas y convertidas en libro de arte-objeto, así como el descubrimiento de pintores como José María y Petronilo Monroy, la obra de Marius de Zayas, el reconocimiento y agradecimiento que le brindó a la obra de María del Carmen Millán —una de sus precep-

toras— la revaloración de los cuentos de Amparo Dávila, así como sus incursiones críticas sobre la novela del petróleo, la homosexualidad y la política en México, entre tantísimas otras investigaciones y descubrimientos. Nada le era ajeno a Luis Mario siempre y cuando lograra despertar su curiosidad, que no era poca, para ejercer sus múltiples poderes creativos (siempre buscando, siempre encontrando: el que busca encuentra).

Su narrativa pertenece a otro ámbito de su carrera y forma otra parte de su legado, el artístico —la poesía y la ficción—, más que de sus aportaciones como crítico e investigador. Esta faceta la ejerció también Luis Mario con plena consciencia pues desde siempre estuvo interesado en la creación literaria. Además de varios libros de poesía escribió una plaquette, *Cuentos del amor infinito* (Cuadernos de Malinalco, 1999), la novela *La resurrección de Clotilde Goñi* (1997) en la que aparece por primera vez el protagonista Leobardo Márquez Solana, como niño que sostiene una relación un tanto perversa con una monja con la que juega indistintamente el papel de ángel y demonio y *Refugio*, en donde Leobardo vuelve a aparecer ahora ya mayor —tiene ya treinta y tres años— no tanto como protagonista, que lo es en la distancia, sino como recipiendario de una relación epistolar con quien será la auténtica protagonista de la novela y que lleva el nombre de Refugio. Es en esta obra, publicada en 1995, unos cuantos años antes de su muerte, en la que quisiera concentrar mi atención pues de algún modo fue su obra de despedida de la ficción, al tiempo que le permitió a Luis Mario expresar varios aspectos que llamaron siempre su atención y le atrajeron.

La novela se centra fundamentalmente en la ambigüedad pues todo en ella resulta un tanto ambiguo, iniciando por el epígrafe que Luis Mario elige y que reza: “Las almas enamoradas y enfermas son tal vez las que tejen los sueños más perversos de la ilusión”. La cita no es literal, pero Luis Mario la firma como “A modo de Valle Inclán”. Con este epígrafe se resaltan los cuatro elementos que permearán la novela: el amor, la enfermedad, las ilusiones y la perversión, a la cual yo le agregaría, acaso como denominador común por ser el que domina mayoritariamente la totalidad de la obra, la ambigüedad.

Por principio, *Refugio*, título de la novela, posee varias implicaciones: un “refugio” es un lugar de protección, un espacio donde sobrevivir, guarecerse, ocultarse, defenderse y al mismo tiempo puede interpretarse también como una suerte de último reducto o consolación: “la muerte era mi último

refugio". A esto hay que agregarle que el nombre que utiliza Luis Mario para identificar a su protagonista y titular así su novela, funciona indistintamente como masculino o femenino.

Refugio es una novela epistolar en la que escuchamos exclusivamente una voz, la de la protagonista, quien responde a un anuncio firmado por Leobardo Márquez en el "Correo de la amistad" y al que ella responde: "...lleno las condiciones que usted marca. Mi nombre es Refugio Montalvo Gutiérrez, pero me gusta mi nombre sólo con mi primer apelativo... tengo 22 años y no soy mal parecida, bueno eso dicen mis padres... Creo que soy una muchacha honesta como usted solicita...".

Así inicia la relación que se establecerá entre Refugio y Leobardo la cual se desarrollará exclusivamente a través de las cartas que Refugio le envía y a partir de las cuales inferiremos las respuestas. El hecho de que la comunicación entre ambos se dé mediante cartas contribuirá de manera definitiva para crear el ambiente de ambigüedad, ingenuidad, humorismo involuntario, misterio, suspenso y melodrama que priva en la historia.

La relación se inicia en mayo de 1990 y culmina en marzo de 1993. Por los datos del destinatario se colige que Leobardo se cambia dos veces de casa en el transcurso de la relación. Inicia su correspondencia viviendo en un departamento en Patriotismo y luego se muda a doctor Vértiz. Durante ese tiempo conoceremos sobre todo la vida cotidiana de Refugio que vive con su padre y su madre en un pueblo de provincia llamado La Trinidad, nombre simbólico pues sugiere, además de a la Santísima Trinidad, la participación de tres personas en la historia. De acuerdo con las cartas de Refugio en el pueblo ocurren las situaciones típicas de las pequeñas localidades de provincia: bodas, nacimientos, festividades religiosas, reuniones sociales, chismes, escándalos, envidias, fiestas, desfalcos, fraudes, asesinatos y muertes. Previsiblemente la historia se orientará hacia la intimidad cada vez mayor que se establece entre Refugio y Leobardo para culminar con una petición de matrimonio.

Refugio avanza con cautela, pudor y astucia. Empieza dirigiéndose al "Estimado señor Leobardo", luego a "Estimado amigo Leobardo", "Distinguido amigo Leobardo", "Apreciado y estimado amigo Leobardo", "Distinguido y pensante amigo", "Mi estimado amigo", "Recordado amigo", "Apreciado y necesitado amigo", "Estimado Leobardo", "Querido Leobardo", "Querido y admirado Leobardo".

Pero acaso lo más interesante sea que en el tránsito de apelativos Refugio está totalmente consiente del peso de sus palabras expresadas en un lenguaje tan ingenuo como chusco: “Leí con hartito detenimiento su párrafo escrito en donde me hace la oferta de que nos vayamos sacudiendo un tanto el trato que usted cualifica de convencional y que se nos dé el tutearnos, dice usted, y más en la familiaridad de todos los días. Le agradezco grandemente su intención, y a partir de ahorita mismo Leobardo, le hago suspensión del señor como ya ve. Lo que sí en cambio me va a costar un tiempo todavía será no decirle de usted porque por el estilo se me va a hacer cuesta arriba que no sé tanto por la cosa del respeto mal entendido, sino le asiento de nuevo que es por el estilo que yo sufriría”.

El tono de la correspondencia, a media que transcurre el tiempo, se va haciendo cada vez más íntimo hasta llegar el momento en el que Refugio se atreve a tratarlo de “querido”: “Bueno querido Leobardo, no sabe el regocijo de tantito placer que me da decirle ‘querido’, aunque sea en tinta como dice mi mamá”.

Previsiblemente cerca del final de la novela Leobardo le declara a Refugio su amor sin conocerla físicamente ya que ella se las ha ingeniado para no mandar su fotografía. No obstante, en su crónica de la vida familiar que describen sus cartas ella siempre aparece como una chica muy femenina, educada y atractiva.

Cuando Leobardo le dice, después de tres años de correspondencia, que la ama y quiere casarse con ella, Refugio responde: “ahora sí Leobardo siento por usted la colmación de este amor que tenía guardado y a veces me pregunto si sucede sin su presencia corporal del físico. Ya ve Leobardo, que el destino fue justiciero con los dos ambos al enfrentarnos a la maravilla sorpresiva de este nuestro amor de los dos y que ojalá siga en el alumbramiento de nuestros pensamientos purificados”.

Pero resulta que todas estas frases tienen también un tono tan ambiguo que a veces nos pone a dudar si fueron escritas por Luis Mario o fueron tomadas de algún personaje de la vida real ya que la novela está fincada en un rarísimo uso del lenguaje coloquial por parte de Refugio muy difícil de identificar y que, como ya comenté, es simultáneamente ingenuo, de humor involuntario, melodramático, humorístico y que frecuentemente raya con lo chusco y lo cursi.

Pero Luis Mario no tenía un pelo de ingenuo. Si se atrevió a usar esa voz, esa historia melodramática y esos comentarios convencionales y cursilo-

nes a lo largo de la novela es porque sabía que a su final le esperaba una radical “vuelta de tuerca”. Y así lo hizo. Cuando después de tres años de correspondencia Leobardo llega a *La Trinidad* para conocer finalmente a Refugio y casarse con ella y pregunta dónde encontrarla. La respuesta de una anciana frente a un féretro es: “Ahí está. Mírelo: el pobre anoche quiso dejar de existir para siempre. Treinta años tullido en la cama y aparte con su defecto”.

Resulta que Refugio era un hombre que se hacía pasar por mujer y que se suicida antes de conocer a Leobardo. Era un discapacitado capaz de seducir a alguien como Leobardo Márquez gracias a su imaginación, a sus palabras y a su poder de seducción logrado mediante descripciones en apariencia ingenuas.

Otro elemento de ambigüedad en la novela al que deseo aludir lo ofrece el propio Luis Mario cuando en el final dice: “Conocí a Leobardo Márquez Solana el 12 de abril de 1993... Hacía tres días que había regresado de La Trinidad... Sólo necesitaba a alguien enfrente, la sola presencia de una forma humana para descargar su pena. Antes de dejar en mis manos las cartas y de narrarme minuciosamente las horas vividas en La Trinidad...”.

El último toque de ambigüedad de la novela lo ofrece el propio Luis Mario cuando afirma en su calidad de autor: “Mi participación en esta historia es como editor, quizá amanuense, no más allá...”. La pregunta que surge es: ¿realidad o creación? ¿Investigación o escritura? La respuesta es; qué más da, nos encontramos frente a un juego, un juego de especulaciones y perversiones, un juego imaginario en el que el amor y la enfermedad alimentan ilusiones que se sabe de antemano no llegarán a ninguna parte pero que finalmente conforman parte de todas nuestras vidas.

II. EL RESCATISTA

Nadie mejor que Luis Mario Schneider para rescatar y abordar un capítulo de nuestra historia literaria tan importante como el del Estridentismo. Luis Mario vino a dar a México siguiendo las huellas del movimiento surrealista, otra de sus grandes pasiones, cuyos postulados principales iban muy de acuerdo con su carácter rebelde, iconoclasta y juguetón. Venía siguiendo no sólo las huellas de André Breton, Artaud o Benjamin Peret, que habían pasado por México, sino de todo un grupo de artistas que en algún momento se vieron relacionados con la propuesta surrealista como puede ser el caso de Max Ernst, Tristan

Tzara, Paul Eluard, Picasso, Magritte o Miró y como bien lo testifica el Surrealista Checkboard o Tablero Surrealista del fotógrafo Man Ray. Y no es de extrañar que al final del primer manifiesto estridentista, Actual Número 1, firmado por Manuel Maples Arce, aparezca un directorio de vanguardia en la que, además de los nombres aludidos previamente, se mencionara a Ramón Gómez de la Serna, Borges, Huidobro, Juan Ramón Jiménez, Ramón del Valle Inclán, Alfonso Reyes, José Juan Tablada, Mario de Zayas y Diego Rivera, artistas todos que, de una u otra manera llamaron la atención de Luis Mario, totalmente al margen del Estridentismo, y que lo llevaron a elaborar estudios específicos, recopilaciones o ediciones de sus obras. Y la verdad es que la rebosante imaginación del crítico, del investigador, del filólogo, del bibliómano y de ese excepcional detective bibliotecario que fue Luis Mario Schneider mostraba una atracción natural y espontánea hacia las figuras y movimientos de ruptura, experimentales o marginales que habían pasado por o vivido en este México que él tanto amaba.

Este es el caso de los rusos Balmont y Maiakowsky, de César Moro, de Antonin Artaud, de Valle Inclán, de García Lorca, Gabriela Mistral y Marius de Zayas.

Qué mejor para él que descubrir de repente que en México había existido un “movimiento”, según su propia acepción, que no escuela, como el estridentista cuyas características resultaban idóneas para un investigador de su catadura: se trataba de estudiar el intento, promovido por un puñado de poetas, escritores y pintores, de implantar una vanguardia artística y cultural en nuestro país cuyas propuestas, derivadas del ultraísmo y de los manifiestos del surrealismo y del futurismo, hacían mofa del establishment literario y con voz estridente y subversiva se atrevían a desmitificar al país entero con una violencia y humor que se resume en su grito de guerra: “Muera el cura Hidalgo”.

Como lo señala el propio Luis Mario, *El Estridentismo. La vanguardia literaria en México*, es una “apretada síntesis” de otros dos libros suyos de carácter más amplio, *El Estridentismo o una literatura de la estrategia* y *El estridentismo: México (1921-1927)*, que sin duda son indispensables para cualquier estudioso del periodo. No obstante, para el público en general este pequeño volumen da cuenta de uno de los movimientos más interesantes y más auténticamente de vanguardia que ha producido el país. De acuerdo con Schneider este movimiento buscaba la destrucción simbólica “de los patriarcas de la literatura nacional”. En realidad, de lo que se trataba, como también lo

señala el propio Schneider, era de “renovar y actualizar, mostrar la falta de vitalidad y modernidad a la que llegó la poesía por su estancamiento y abuso descriptivo”. Se trataba sobre todo de un movimiento eminentemente provocador que, sin embargo, logró introducir algunos cambios en la sensibilidad poética del país, sobre todo por integrar a la poesía lo que se ha dado por denominar como un lenguaje vanguardista, con una lógica más cercana al movimiento “dadísta” y a la “escritura automática” del surrealismo, pero en donde la ciudad rugiente, vertiginosa y eléctrica empieza a desempeñar un nuevo papel poético. “No es la ciudad que se describe”, anota Luis Mario, “sino la otra, la sensorial... El vocabulario se reduce, principalmente a fijar elementos de significaciones con la vida moderna y el ritmo de la ciudad: semáforos, trenes, automóviles, telégrafos, jazz, rascacielos, asfalto, etcétera”.

Pero al leer la presentación del libro de Luis Mario también resulta muy interesante observar cómo juzgaban los estridentistas a los poetas anteriores a ellos. Cito de uno de los fragmentos incluidos en el libro en donde hablan los estridentistas: “Los estridentistas tuvieron un precursor en la poesía mexicana, que sin la desarticulación extremista actual lanzó flamarazos muy nuevos y escribió exquisitos poemas; nos referimos a Ramón López Velarde. *Zozobra* es el primer exponente de renovación lanzado a la vida literaria de México, y acaso el más meritorio”. Schneider cita también un artículo de Maples Arce que, a propósito del fallecimiento de Díaz Mirón en 1928, dice: “La muerte de Díaz Mirón no plantea a la juventud el problema de la transmisión plebiscitaria del cetro que arbitrariamente colocan en sus manos y por consiguiente no hay necesidad de buscarle un sucesor”.

El hecho real es que la estética estridentista, con sus neologismos, sus juegos de palabras, sus sinestesias, sus antítesis, sus abstracciones, sus alusiones a la belleza de la industria y la velocidad, de su humor y desparpajo de alguna manera crearon un movimiento único en nuestro país. Y sólo gracias al talento y al esfuerzo de un amante de la literatura como Luis Mario Schneider podemos disfrutar todavía de estos textos, extraordinarios, imaginativos, irreverentes que nos divierten al tiempo que nos brindan un gran placer.

CARTA A LUIS MARIO. TRES HITOS EN EL RECUERDO

Rebeca Barriga Villanueva

COLMEX

Luis Mario querido, inolvidable y entrañable amigo:

La muerte, por anunciada que esté, es siempre una experiencia sorpresiva, dolorosa, extenuante. Hace años cuando supe de la tuya, me quedé impávida, con la impotente conciencia de saber que ya no habría más diálogos ni complicidades creativas y prolíferas. Ya no podría hablar contigo, compartirte las pequeñeces o grandezas de nuestra compleja cotidianidad. Venían a mí, a borbotones, una y mil cosas que me hubiera gustado decirte, preguntarte, llorarte ante mi pertinaz incomprensión de este entorno tan paradójicamente cercano y lejano a mis sentires. Quise entonces escribirte una carta, de esas tan preciadas por ti, porque pueden esconder pequeños tesoros de información para los que, como tú, tienen esa suerte de don divino, que desvelan en ellas lo enmascaradamente intrascendente. Pero el dolor me paralizó, la carta se fue desvaneciendo, resguardada en no sé qué intersticios de mi sentimiento. Hoy la rescato; el recuerdo ya no lastima; ahora, revitaliza y motiva. Qué placer recordar tu seductora y amplia sonrisa cuando te desbordabas hablando de tus temas, fascinantes todos y todos emanados de tus eternas rondas por viejos archivos, revistas olvidadas, lúdicas hemerotecas, recónditas parroquias, interesantes apostillas, dibujos reveladores de otras dimensiones semióticas, donde, a decir de Paz, “excavabas, descubrías, resucitabas”. Qué privilegio revivir en esta carta, aquellos momentos e ideas que compartí contigo y que brillaron y brillan en el mundo intelectual y académico, gracias a tu generosa genialidad. Pues bien, Luis Mario, evoquemos lo que quedó parapetado en un aparente olvido de dieciséis años, y que, por artilugios de la memoria, haremos que vuelvan a cobrar fuerza.

¿Te acuerdas?

Todo comenzó en aquel “italiano” de moda de Xalapa. Te confieso que asistí a la cena por mera cortesía con mis generosos anfitriones, no imaginaba que de ahí surgiría una entrañable amistad tejida con los hilos de un emblemático congreso. En dos escasas horas habíamos sentido una franca empatía que nos hacía coincidir en más de un tema, y teníamos pergeñado un programa espectacular para el Congreso de los Contemporáneos, en homenaje a Jaime Torres Bodet. Un repertorio de ricas temáticas y un elenco de personajes inimaginable ¡Cuánto aprendí de la literatura mexicana del siglo xx en dos escasas horas! ¡Hasta comprendí un poco sobre el Estridentismo! Fue un vertiginoso recorrer, nombres, posturas, instituciones. Desde ahí, descubrí tu ingenio y tu peculiar hidalguía para abrir puertas; no faltó ni un tema ni un solo especialista, ni el más grande consagrado, ni un pequeño desconocido, en vías de transformarse en gigante. Capistrán, Castañón, Curiel, Escalante, García Barragán, González, Labastida, Olea, Pacheco, Paz, Quirarte, Sheridan, Stanton y otra veintena de nombres que conformaron un armónico programa con once provocativas temáticas situadas entre la poesía, la prosa y las artes plásticas. ¡Qué títulos provocadores y evocadores de los apartados! Mis favoritos eran cuatro: “El grupo sin grupo”, “Los Contemporáneos a oscuras”, “Contemporáneos y los otros”, “Espejos y confidencias”. Y se llegó el día, mi nerviosismo se solapaba en tu entusiasmo y confianza: “todo va a salir bien me decías una y otra vez”; y así fue; el grupo sin grupo, el de los contemporáneos fue revistado con gran calidad y originalidad: Villaurrutia, Owen, Pellicer Gorostiza, Torres Bodet, Ortiz de Montellano, Novo.

¿Recuerdas la sobrecogedora lectura de Octavio Paz en la conferencia inaugural?, su monótona voz se imbricaba con la emoción que emanaba de Dédalo. Qué manera de rescatar la prístina esencia del ser poeta secreto y el hombre público, ese Torres Bodet, escindido entre la creación y la política. Paz leía pausadamente:

Enterrado vivo
en un infinito dédalo de espejos,
me oigo, me sigo,
me busco en el liso muro del silencio.
Pero no me encuentro.

Luego de esta ponencia reivindicadora, siguió la tuya sobre “Los Contemporáneos: la vanguardia desmentida”, me impresionaron tu elegancia y tus frases inolvidables: “La historia es también, quizás sobre todo, un contraste contra los enigmas, una guerra hacia la transparencia, una ascensión al orden, un abrazarse a los sortilegios. Los Contemporáneos nos convocan hoy a esa intención de regular la historia, de revolver el arcano universo de una generación...” ¡y vaya que se revolvieron los arcanos en el Congreso y en el libro que los consolidó! En efecto, el congreso trascendió la oralidad y se plasmó en la escritura; qué peripecias para armar *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, qué libro importante que recorre como en un caleidoscopio este grupo polémico de la literatura del siglo xx mexicano. Como editores, junto con Olea, Stanton, Sheridan, tú y yo, nos convertimos en colaboradores de la hechura de una importante obra que, hoy por hoy, es citada como un referente obligado del grupo y de la época: ¡cumplimos, Luis Mario, la plática entre espaguetis se transformó en pensamiento poético, crítico, creador!

Te han llamado con tino y justicia “Museógrafo de las letras”, “Inquisidor de las letras”, ¡claro!, doy fe de ello con “El Juglar y la domadora” y otros relatos desconocidos, donde reuniste nueve relatos desconocidos de Torres Bodet —“Avenida”, “Retrato de un estudiante”, “Comprobando Toledo”, “Invitación al viaje”, “El juglar y la domadora”, “La visita”, “Galería nocturna”, “Interior” e “Insomnio”—, que inexplicablemente quedaron fuera de la compilación que hizo Rafael Solana de la *Narrativa completa* de Jaime Torres Bodet. Por fortuna, tú nunca dejabas de merodear, la curiosidad —obsesión, quizá— te hacía itinerante perpetuo; espigando aquí y allá en *Revista de Revistas*, *El Ilustrado*, *Contemporáneos*, *Imán*, *Revista de Occidente*, *Letras de México*, encontrabas no sólo lo que otros no habían podido encontrar, sino que ibas reuniendo y salvando, atesorando, para formar parte de la espléndida biblioteca de Malinalco, tu refugio; puerto seguro, remanso evocador, según algunos, de San Tomé, estancia argentina donde transcurrió tu infancia. El mágico Malinalco donde tu espíritu deambulará siempre vivo entre los anaqueles de la fabulosa biblioteca de diecisiete mil volúmenes y siete mil expedientes con originales de Cuesta, Villaurrutia, Rivas Mercado y otros muchos más, que esperan ser rescatados por otros enamorados de la literatura como tú. Por cierto, no puedo dejar de decirte que tu perfil no era congruente con la realidad. No, tu elegancia y galanura no correspondían a la figura del ensimismado bibliófilo, encerrado

horas y horas, rastreando la huella de obras ignotas. En fin, gracias a tu pasión y a tu conocimiento se creó, con *“El Juglar y la domadora”* y otros relatos desconocidos, en el Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El Colegio de México una nueva Serie, Literatura Mexicana de la Cátedra Jaime Torres Bodet, que ya cuenta con un buen número de trabajos que enaltecen la literatura mexicana y el humanismo. Ojalá que alguno de ellos se dedique al estudio crítico de estos relatos que lo conforman, pues, como tú decías: “Contribuye a elucidar la obra de un escritor puntual y puntal de la literatura contemporánea y experimental de México. Congénito poeta cuyo lirismo se traslapa y se enlaza a la prosa creativa hasta fecundar en un estilo de hondura estética, de introspección humana en la vigilia, el sueño y la memoria”.

¡Imposible olvidarte con estos recuerdos con sus tres hitos memorables para la vida personal y académica! Gracias por ellos.

Mi buen amigo, mi carta no quiere ni puede tener fin; es absurdo que un legado pueda terminarse, el tuyo sigue y seguirá dando frutos. Quisiera que esta carta, como las que tú descubrías, fuera punto de partida, reflexión de lo que la generosidad supone en el mundo intelectual. Luis Mario, extraño tu presencia. Hay pocos personajes que, como tú, hacen el mundo académico habitable y gozoso.

BIBLIOGRAFÍA ⁷

Barriga Villanueva, Rebeca (1999), “Hablando de Luis Mario Schneider. Ecos y recuerdos”, *Literatura Mexicana*, vol. 10, núm. 1-2, México, Instituto de Investigaciones Filológicas-Universidad Nacional Autónoma de México. Pp. 436-439.

Beltrán Cabrera, Luz del Carmen (2011), *El archivo personal “Luis Mario Schneider” del Departamento de Filología de la Universidad Autónoma del Estado de México: génesis y actualidad*, Archivo General de la Nación, http://www.agn.gob.mx/menuprincipal/archivística/reuniones/2011/rna/pdf/m5b_02.pdf.

Castañón, Adolfo (1999), “Luis Mario Schneider (1931-1999): museógrafo de las letras”, *Letras Libres*, núm. 3.

⁷ Una carta, por fortuna, no puede ni debe llevar notas a pie de página, ni bibliografía. El más rico de los aparatos críticos, entorpecería el fluir del sentimiento. Sin embargo, la mía a Luis Mario, se construye con recuerdos claros y patentes cristalizados en la lengua escrita que merecen ser reconocidos.

- Olea Franco, Rafael y Anthony Michael Stanton Maher (eds.) (1994), *Los Contemporáneos en el laberinto de la crítica*, México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios-El Colegio de México.
- Pérez Albarrán, Hugo Armando (2002), "¿Quién fue Luis Mario Schneider (1931-1999)?", en *Sucesivas Aproximaciones de Nuestra Historia. Crónicas de la Universidad Autónoma del Estado de México*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, vol. III.
- Bodet, Jaime, "El juglar y la domadora" y otros relatos desconocidos, compilación y notas de Luis Mario Schneider, presentación de Rebeca Barriga Villanueva, México, Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios-El Colegio de México.
- Schneider, Luis Mario (1999), *Malinalco. Monografía Municipal*, México, Asociación Mexiquense de Cronistas Municipales, A.C.

¿PARA QUÉ NOS CONOCIMOS?

Guillermina Martínez

UAEM

Querido amigo, sabiendo de tu gusto por recibir correspondencia —hoy en desuso— y de tu curiosidad por abundar hasta el menor de los detalles sobre un tema que te interesa, haré el recuento.

Jorge Guadarrama López y yo trabajábamos en el Instituto Mexiquense de Cultura (IMC), en donde se diseñaron los grandes trazos que habrían de definir las tareas más importantes para constituir un homenaje a Juana de Asbaje Ramírez de Santillana, en coincidencia con los trescientos años de su fallecimiento en el año de 1995. La inobjetable trascendencia de la obra del personaje habría de convocar a connotados literatos, intelectuales y expertos sorjuanistas radicados en el país y en el extranjero, quienes con su visión y conocimiento legitimaron la validez de las propuestas culturales ante el comité organizador, consistentes, entre otras, en establecer el Centro Cultural Sor Juana Inés de la Cruz en Nepantla, una colección editorial de aproximadamente 40 títulos y el Coloquio Internacional. Por indicación expresa del licenciado Emilio Chuayffet Chemor, en ese momento gobernador del Estado de México, la lista de los intelectuales registraba el nombre de Luis Mario Schneider, vecino de Malinalco.

Así fue el principio, con una llamada telefónica concerté la cita contigo y aceptaste recibirnos en tu casa, la finca “El Olvido”, para platicar sobre el ambicioso programa del homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz. A nuestro arribo, en punto de la una de la tarde, desde una ventana de tu biblioteca asomaste la cara con media sonrisa y bajaste para conducirnos con la solemnidad de un primer encuentro que tuvo lugar en la sala de la casa, solemnidad que por fortuna se desvaneció rápidamente, al iniciar la conversación diciendo que teníamos referencia de ti a través de tu entrevista del libro *Casas-biblioteca de mexicanos*, donde refieres la riqueza de acervo bibliográfico y destacas el

valor documental de tus tesoros, especialmente el Diario de Antonieta Rivas Mercado, el que mostraste ese mismo día con singular entusiasmo, emoción que atropellabas con galopantes ideas que saltaban entre las anécdotas de personajes y documentos relacionados con la obra de Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Javier Villaurrutia, Concha Urquiza, Carmen Millán, Amparo Dávila, Rosario Castellanos, Gilberto Owen, algunos de ellos con los que tuviste amistad y te dedicaron sus libros y otros por el dominio del contenido de su obra que está en tu biblioteca conformada en cada momento de tu vida docente en universidades en Veracruz, San Luis Potosí, El Colegio de México, Barcelona y Rutgers, en Nueva Jersey.

Cada uno de tus comentarios afianzaba el perfil de un hombre culto y apasionado por lo que hace, con una rica visión, a quien no se podía conocer en una sola visita. La recíproca empatía dejó abierta la puerta para regresar a la semana siguiente a “El Olvido”; para entonces ya habíamos avanzado simbólicamente en la confianza para la conversación en torno al trabajo, transitamos de la sala, al Mirador del Sapo en donde revisaste el programa e incorporaste una lista de reconocidos escritores e investigadores que habrían de enterarse y participar de la intención.

Una de tus anécdotas favoritas de “rompe hielo” fue compartir que “El Olvido” es el nombre que elegiste para honrar la sensación que produce la estancia en Malinalco: olvidarte de la vida en la ciudad donde todo es prisa, aquí se sustituye por un ambiente natural y social, muy sutil para desarrollar tu trabajo académico, además tiene similitud con Santo Tomé, en la Provincia de Corrientes, Argentina, el lugar donde naciste. Y es también el sitio en donde encuentras en el silencio, tus libros, algunos de ellos con dedicatoria y el tiempo necesario para consolidar tu trabajo de “desenterrador”, como te llamó Octavio Paz.

Los múltiples encuentros contigo, siempre amenos, con interminables pláticas en torno a diversos temas que te inquietaban; por ejemplo, recuerdo lo incisivo que fuiste para convencer de la necesidad de contar con un museo para mostrar la riqueza cultural y natural de Malinalco, al grado de que negociaste la compra del inmueble de tu amiga Laura López Morales, motivo por el que asistió Jorge Carrandi Ríos y el personal que tenía a su cargo en la coordinación de museos del IMC. La intención era contar con un primer levantamiento del terreno y de la construcción para desarrollar una propuesta de diseño de museo regional, sin que en ese momento se pudiera concretar, mientras que no ratificaras o cambiaras tu decisión respecto al destino que

tendría tu patrimonio cultural, tal y como lo mencionaste en la entrevista del libro *Casas-biblioteca de mexicanos*. Tu labor como profesor e investigador con nivel III del Sistema Nacional de Investigadores está vinculada a la relación laboral con la UNAM, sin embargo, es evidente el lazo de pertenencia y compromiso con la comunidad de Malinalco, como beneficiarios directos de tu patrimonio cultural.

Tu incesante creatividad e inteligencia encauzó iniciativas culturales que compartimos, tu experiencia en la dirección de la editorial Oasis daba congruencia a propuestas como la segunda época de los Cuadernos de Malinalco, entre otras publicaciones, tu participación como miembro del jurado del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes, tu labor como cronista para elaborar la monografía municipal de Malinalco, e investigaciones respecto a personajes mexiquenses que acentuaron tu interés por continuar activo en la vida cultural de la entidad, mérito que influyó para tu reconocimiento con la Presea en Letras y Artes "Sor Juana Inés de la Cruz". Laura Pérez Madrigal, tu asistente en Malinalco, es testigo de la diversidad de temas de la fila de espera, a pesar de tu férrea disciplina por la escritura, la lectura y la investigación.

La incertidumbre respecto al destino de tu patrimonio se empezó a desvanecer para abril de 1998: en un restaurante en Toluca celebramos tu cumpleaños y el motivo del festejo te sensibilizó para escuchar nuestra idea de pensar que la Universidad Autónoma del Estado de México fuera la beneficiaria idónea de tu patrimonio, constituido por tu biblioteca de más de 17 mil libros, la colección plástica y escultórica, el acervo documental, los derechos de autor y tus ahorros; en reciprocidad nuestra Universidad habría de responsabilizarse y respetar que los libros no se dispersaran ni salieran de Malinalco y que, con el efectivo, se iniciara el museo de Malinalco, que por cierto lleva tu nombre y que fue también la evidencia para que el maestro Leopoldo Flores aceptara la invitación para donar posteriormente su colección plástica a la Universidad Autónoma del Estado de México.

Tu incansable labor académica y de promotor cultural te mantuvo ocupado, de modo que el tema se volvió a tocar hasta los últimos días de junio de 1998, cuando manifestaste que aceptabas la invitación que te hicimos para que la UAEM, institución en la que laboramos, fuera la depositaria de tus bienes, por lo que pediste que buscara a un notario que hiciera ágil y expedito el trámite de la carta testamentaria y que Jorge y yo habríamos de aceptar el papel de albaceas de tu patrimonio.

A la mañana siguiente, el 30 de junio de 1998, estuvimos en la oficina del notario Gabriel Ezeta Moll, para revocar tu voluntad anterior y donde quedó integrado el testamento que precisa que “diversos bienes inmuebles, un acervo pictográfico y bibliográfico (biblioteca), derechos autorales y recursos financieros en depósitos en instituciones bancarias, que en forma determinada desea se integren a un patrimonio que será destinado a incorporarse al de la Universidad Autónoma del Estado de México a través del mecanismo institucional que corresponda y según instrucciones que por separado dará a sus albaceas en la forma, términos y precisiones que el propio testador hará constar por escrito”, precisiones que consideramos innecesarias y hasta grosero preguntar qué o cuánto encerraba el significado del contenido del sobre que nos hizo responsables de lo que entregamos a nuestra Universidad, era más que suficiente tu convicción de depositar la confianza.

La urgencia del trámite fue determinada por la invitación de alguna universidad del norte del país y, posteriormente, otro viaje a España y Francia, en donde cumpliste el compromiso y tu cuerpo reclamó atención y descanso. El día de mi cumpleaños, en “El Olvido” recibí un arreglo floral con una tarjeta que aún conservo, con tu nombre y al reverso dice: “Ante irreparable pérdida, tus familiares íntimos Schneider, Ortiz Pereyra, Mousquet, Durand, Dous Moratorio, hermanos, sobrinos y demás deudos. 18 de enero 1999. Corrientes-Argentina”.

Con el cariño de tu interlocutora en esta y otras vidas, Guillermina Martínez Rocha.

I

Conocí a Luis Mario Schneider aun antes de tratarlo personalmente. Algunos amigos míos eran también muy cercanos amigos suyos, y ellos, por distintas razones, me habían hablado del argentino de Malinalco. Yo, por mi parte, me había topado por casualidad, algunos años atrás, con dos o tres ejemplares de poesía de una modesta colección editada muy correctamente en papel craft, llamada Cuadernos de Malinalco, que Luis Mario había publicado con gran éxito desde los años ochenta. Tenía también en él al referente, caro para mí, del estudioso de la obra de gran parte del grupo de Contemporáneos.

Así que cuando nos encontramos aquella mañana de 1995, en un desaparecido café de chinos del centro de esta ciudad, me costó trabajo conciliar en una sola persona al editor y estudioso de la literatura mexicana, con el hombre de más de una anécdota incendiaria que referían nuestros amigos comunes.

Aquella mañana había ido al café de chinos por un asunto de trabajo: Luis Mario le había propuesto al entonces director del Instituto Mexiquense de Cultura, Jorge Guadarrama López, la publicación de una nueva época de los Cuadernos de Malinalco, y yo, entonces editor del IMC, debería acordar con él detalles de lo que sería la nueva colección, así como una primera relación de autores.

A más de 15 años de ese primer encuentro, no tengo muy clara nuestra conversación de aquella mañana, pero, en cambio, recuerdo con toda nitidez a un hombre de sonrisa franca enfundado en una camisa colorida como del Tíbiri Tábara, y un punto inolvidable en nuestra conversación: cuando en mi ingenuidad toluqueña quise darle un trato reverencial de “maestro”, él me atajó cortésmente con algo así como: “No soy maestro, me costó un huevo ser

doctor. Pero ahora nada más soy un indito de Malinalco, ¿me entiendes?”. Y soltó la carcajada.

Estoy seguro que eso último se lo volví a escuchar en más de una ocasión, no sin cierta ironía, y en distintas situaciones; así como cuando aparecía por las oficinas del IMC y quería hacernos sentir como burócratas con corbata.

Luis Mario era así: un poco arrogante contra su voluntad, aunque había agregado a su favor, como un estrato más de su personalidad, un carácter afable, lleno de sorpresas y ocurrencias risueñas, además de una fina ironía que de pronto se volvía letal, combinada con la aguda inteligencia que poseía.

A partir de aquella mañana solíamos encontrarnos de manera regular porque habíamos trazado un acuerdo “democrático” muy al estilo de Schneider: el Consejo Editorial de los Cuadernos de Malinalco lo conformaría el propio Luis Mario, yo y los que más adelante se convertirían en sus albaceas, Jorge Guadarrama López y Guillermina Martínez Rocha. Él, avezado conocedor de los cenáculos y ambientes literarios del país, y en particular los de la Ciudad de México, incorporaría a la colección autores como Vicente Quirarte, Marco Antonio Campos, Hernán Lara Zavala, Gonzalo Celorio, Margo Glantz, Beatriz Espejo, Juan Domingo Argüelles, Alberto Ruy Sánchez, Fernando Curiel, Efraín Bartolomé, y otras figuras indiscutibles de la literatura mexicana contemporánea. Nosotros propondríamos, por nuestra parte, con toda honestidad, a algunos de los mejores autores que escribían en ese momento en el estado: Carmen Rosenzweig, Enrique Villada, Alfonso Sánchez García, Alejandro Ariceaga, Augusto Isla, Guillermo Fernández, Flor Cecilia Reyes, José Blanco Requeira, Benjamín Araujo, Raúl Cáceres, José Luis Herrera Arciniega, entre otros muchos con los que se creó una singular combinación de jóvenes y autores con gran trayectoria.

Creo que ese fue el eje fundamental de nuestro afecto y la razón de su acercamiento más decidido a la cultura que promovía y proponía el estado, porque a partir de ahí Luis Mario enriqueció con su experiencia y contactos no sólo las publicaciones, sino en general el ambiente cultural que se vivía en la ciudad.

No creo equivocarme si digo que ésa es nuestra deuda más importante con él: el ambiente cultural y editorial de Toluca, tan provinciano y pacato entonces como la ciudad misma, empezó a latir con otro ritmo, y los Cuadernos de Malinalco se convirtieron, sin duda, en punta de lanza de la presencia editorial y la cultura mexiquense en otras partes de México. Aún hoy, casi

veinte años después, las ediciones del Gobierno del Estado son reconocidas en otras ciudades del país gracias, en gran medida, a esa labor que encabezó e hizo posible Luis Mario Schneider.

Hasta Malinalco lo seguimos en más de una ocasión Guillermina, Jorge y yo. Los que conocieron su casa, saben que el Mirador del Sapo es un porche-cito sombreado y fresco desde donde se ve morir con melancolía la tarde. Ahí nos bebimos con él varios litros de tequila y cerveza, mientras creíamos componer el mundo, o más precisamente la cultura del mundo. Digo esto porque, en efecto, Luis Mario Schneider vivía siempre arreglando la cultura del mundo desde un poblado lejano sumido entre el sopor y las montañas.

II

De alguno de sus amigos más cercanos creo haber oído decir alguna vez, no sin razón, que Luis Mario era un estudioso durante el día y un libertino de noche. Y en efecto, muchos de nosotros sabíamos que durante sus estancias en Malinalco (es decir, mientras no estaba de viaje) era menos que imposible buscarlo por teléfono durante el día, porque, según su secretaria, Luis Mario trabajaba en su vastísima biblioteca desde las cinco de la mañana. Esto es perfectamente real. Luis Mario dedicaba gran parte del día a su trabajo de investigación y creación. Y al igual que Goethe, antes que otra cosa, él descremaba el día dedicado a su trabajo hasta entrada la tarde. Luego se convertía sin duda en eso que le gustaba ser y pregonar, un hombre de Malinalco, compadre de la mitad de la gente del pueblo, dedicado a la política lugareña y al reposo sin más. Y ahí entrábamos nosotros, la legión de sus amigos, a los que dedicaba jornadas enteras de buen humor, litros de alcohol y una dosis de sabrosa conversación en la cual, debo confesar, yo no era sino un asombrado espectador de los prodigios del mago. Alguna ocasión, cansado tal vez de mi actitud lacónica, me reprochó abiertamente ser tan silencioso. Me dijo —generoso como él era con todos—: “Si yo tuviera ahora tu edad y tu talento, conquistaría el mundo”. Y él no dejó de hacer nunca otra cosa: conquistaba a diario el mundo en todos los sentidos, porque el mundo, tan incomprensible para mí, era para él su casa.

III

La última vez que lo vi fue justamente en su casa, el día de su muerte. Sabíamos que había recaído por esos días, luego de sobrevivir a un infarto. Así que ese domingo, Celina García, mi mujer y mis hijas, salimos muy temprano a visitarlo, con la intención de comer con él y caminar un poco por el pueblo. Alrededor de la una de la tarde llegamos a “El Olvido”. Tenía de visita a un poeta con apellido de caudillo cuyo nombre no he podido recordar; él nos dijo que Luis Mario había pasado muy mala noche y ahora estaba en cama, descansando. Creo recordar que le preguntamos por los médicos, las medicinas y esas cosas, sin que él pudiera darnos demasiada razón. Más tarde, por turnos, subimos a su habitación Celina y yo. Cuando me paré frente a él no vi a otro Luis Mario distinto del que yo conocía, tal vez sólo un poco más delgado que de costumbre y con el pelo muy corto. Tenía al lado de su cama un tanque de oxígeno y respiraba con cierta dificultad. Nos saludamos y me dijo sonriendo: “Creo que ahora sí me voy a morir, mano”. Tal vez por ello no lo tomé en serio. Era común oírlo bromear con eso. Le dije que todo estaría bien y me di cuenta que tampoco tenía mucho ánimo de seguir hablando. Le comenté, entonces, que iríamos a comer al pueblo y que volveríamos para despedirnos.

Ya no lo volví a ver. Cuando regresamos pardeaba la tarde, o más bien, había empezado a oscurecer. La casa estaba en completo silencio, a oscuras, con una oscuridad que no recuerdo haber visto nunca en “El Olvido”. Alguien que le ayudaba nos dijo que estaba ya dormido y que no convenía despertarlo. Así que decidimos volver a Toluca, con el corazón zozobante. No recuerdo ni antes ni después una tarde así en Malinalco. Con ese instinto animal que aún guardamos los humanos, supe esa tarde-noche de la presencia de la oscuridad, y me llené de temor en silencio.

Durante el camino de regreso a la ciudad, hablamos y acordamos lo que haríamos al otro día: iríamos por Luis Mario para traerlo a un hospital de Toluca. Pero, como siempre, esas intenciones resultan invariablemente tardías. A la mañana siguiente, muy temprano, la propia Celina me llamó por teléfono para decirme llorando: “Se ha ido...”.

Curiosamente, por entonces, Luis Mario, al fin, había accedido a publicar algo suyo en la colección Cuadernos de Malinalco; se trataba de una reunión de textos narrativos titulada *Cuentos del amor infinito*, porque infinito era

el deseo de uno de sus personajes por su amada, tanto que éste, un poeta, había decidido matarla para seguirle escribiendo poemas de amor.

Unos meses más tarde apareció el libro, Guillermina y Jorge se habían ya ido del Instituto. Así que me pareció que un justo homenaje al animador de la colección a la que ésta debía su nombre y su razón, debería ser concluir la en su honor con ese libro suyo, publicado póstumamente. De ese modo, decidí que sólo había que esperar la aparición de ese número cincuenta, con el que concluiría la serie.

El cincuenta: más de la mitad de la vida del hombre, la mitad acaso de sus sueños. A los cincuenta los hombres iniciamos el inevitable periplo de retorno. Se mira entonces de otra forma el camino andado, y lo que resta del futuro es cada vez más incierto, más modesto en todo caso. Y las velas de un barco, dice Yehuda Amijái, nos parecen la imagen tremolante y dolorosa de nuestro pelo ceniciento.

Luis Mario vivió 68 años, más de la mitad de la vida de un hombre, menos, sin embargo, de lo que hubiéramos deseado ver triunfante y combativa su alegría entre nosotros.

☞ SU LEGADO

LA HERENCIA CULTURAL DE LUIS MARIO SCHNEIDER

Francisco Javier Beltrán Cabrera

UAEM

Luis Mario Schneider hereda a la Universidad Autónoma del Estado de México la posibilidad de llevar a cabo investigaciones en el terreno de la cultura y, en especial, de la literatura local a la universal. La biblioteca y el archivo que fueron sus fuentes de información y su espacio de trabajo guardan en su haber el interés y esfuerzo que su creador concentró durante su importante trayectoria como estudioso de las letras mexicanas y latinoamericanas. Pero, además, ambas fuentes se caracterizan por la selección de libros y documentos de un hábil fanático de la persecución de valores documentales y artísticos relacionados con el lenguaje, la pintura y las tradiciones y costumbres del lugar donde decidió vivir y, como parte de ello, participar desde su peculiar actividad académica.

La biblioteca personal de Luis Mario Schneider y el archivo son el corazón de un espacio que aglutina no sólo saber, sino también calor, luz, arquitectura y ambiente que le fueron propicios para el trabajo y para la convivencia con la comunidad, y que son elementos indisolubles de esa colección de libros y documentos que hoy parecen inertes, extrañando la presencia de su antiguo propietario. Eligió Malinalco tal vez por la imagen que el paisaje de la zona recrea, los vestigios de lo que fue en sus inicios el universo cuando lo cubría el mar. La visión de fondo del mar que ahora es paisaje cerril, hondonadas y declives emulan la idea del lugar mítico del origen del universo donde la vida no fue sencilla, sino ruda y profunda; un lugar que al desaparecer dio origen a otra vida, ahora es el espacio abierto llenándose con el tiempo de una historia de cultura propia y de placeres, entre ellos la lectura, las artes, las tradiciones y costumbres. La querencia que le tuvo al lugar, imagino, era parte de una idea de sí mismo: un lugar que le permitiera trabajar, vivir y difundir los valores que en su afán de búsqueda fuera el origen de sí mismo y de su razón de ser.

Amó Malinalco, pero también su biblioteca: “A veces hasta he llegado a dudar si quiero más a mi biblioteca que a mi mujer”, declara en el libro *Casas-bibliotecas de mexicanos (Bibliotecas privadas)* (Moreno de Alba, 1992: 133), libro donde describe su biblioteca, sus tesoros documentales y bibliográficos, y su pasión por ella. Además de la descripción de la biblioteca, las palabras que Schneider plasma en esas páginas son el testamento que después sellará ante notario, con algunas variantes:

No me gusta que los libros salgan... mi proyecto es donar a la UNAM y a la Presidencia Municipal de Malinalco, por medio de un fideicomiso que garantice el funcionamiento y financiamiento de este acervo, para que se pueda seguir incrementando con nuevas adquisiciones. Espero que la usen investigadores y estudiantes de la región. Está acondicionada con una sala de lectura, una área para el procesamiento de los libros y la administración (Moreno de Alba, 1992: 133).

Físicamente, se conserva mejor que como estaba, además de que su acervo fue clasificado e incorporado no a la UNAM, sino a la UAEM, cuyo patrimonio bibliográfico se vio incrementado con 17 mil volúmenes, en su mayoría libros de literatura mexicana y latinoamericana, temas no sólo de interés para Schneider, sino también de trabajo y reflexión. Asimismo, se ha cumplido su voluntad de que esta biblioteca especializada sea consultada por investigadores y sirva a los miembros del municipio de Malinalco.

De su archivo, hoy organizado cronológicamente en 258 cajas, el propio Schneider nos da detalles que dejan entrever su contenido, valor, y el olfato para rastrear y obtener documentos, uno de sus sentidos convertido en habilidad personal:

Además de libros, tengo un archivo de cosas curiosas, como el diario de Antonieta Rivas Mercado, que me regaló Herminio Ahumada; algunas cartas de Los Contemporáneos a quienes he trabajado, como Cuesta, Torres Bodet, Villaurrutia; un manuscrito de López Velarde dedicado a Alejandro Quijano, que me obsequió su hija. La viuda de Genaro Estrada me dio la correspondencia de él con Tablada y José Gorostiza, publicada ésta por la UNAM. Trabajo mucho con fotocopias y a veces hasta las encuaderno. Gusto de leer los periódicos y saber

qué pasa en el mundo y también, claro, para averiguar los temas que me interesan (Moreno de Alba, 1992: 132).

Una vez recibida la herencia que voluntariamente cedió a la UAEM, durante estos años la universidad hizo gestiones para consolidar ideas que en vida Schneider había proyectado, tal es el caso del actual Museo Universitario “Dr. Luis Mario Schneider”, ubicado en Malinalco, de gran éxito en la localidad, pues semanalmente es visitado por quienes gustan de pasear y conocer algunos aspectos relevantes de la historia y la cultura de esta región, concentrados e ilustrados en este recinto.

El espacio que comprende la biblioteca, archivo y casa donde vivió sus últimos años fue denominado Centro Cultural Universitario “Dr. Luis Mario Schneider” (CCUDLMS) y su utilidad mayor se ha dado en atender las necesidades de información que los jóvenes del lugar pueden encontrar en la biblioteca, aunque también ha recibido a especialistas estudiosos de la literatura, quienes conocieron a su propietario y su empeño por desentrañar aspectos de nuestra literatura concentrados en el archivo y la biblioteca. Al margen de su actividad como centro de documentación bibliográfica, el espacio también ha dado cabida a quienes requieren de un lugar como centro de reunión o discusión sobre temas de su interés.

Los años de trabajo, interés e inversión bibliohemerográfica se concentran en estos dos espacios, ahora patrimonio de la UAEM. En correspondencia a tan digna herencia, y hurgando los trabajos últimos que preparaba Luis Mario Schneider para publicar, la Dirección de Medios Editoriales de la universidad estatal concluyó el trabajo de edición y la publicación del libro *De tinta ajena*, en 2003, libro que a su vez inició la Colección Luis Mario Schneider, así nominada en honor a tan connotado intelectual. Dicha colección considera aquellos trabajos relevantes que se ubican en la temática que el propio Schneider trabajaba, o bien sobre alguno de los méritos que algún autor descubre sobre la población de Malinalco. Actualmente, la colección sigue en aumento, aglutinando títulos con el mismo criterio.

Sobre el libro *De tinta ajena*, vale la pena invitar al lector a conocerlo no sólo porque el libro inicia la colección con el nombre de su autor, sino como muestra reveladora del ojo avizor y crítico, ameno e importante de los intereses que como estudioso de nuestras letras tenía y del gusto por acercarse a las

personalidades literarias de la época. Es además una muestra de su método de trabajo como investigador y descubridor de valores literarios; pero, sobre todo, es un libro placentero. Está escrito por su autor a manera de charla de café, que lleva a los amigos los tesoros o reliquias que va encontrando en su labor de gambusino literario. Tiene también el aspecto informativo, particularmente la intención de apreciar y degustar los documentos que presenta. Es una especie de autorretrato de su labor como investigador.

Para la pretensión de este trabajo de presentar lo que ha sido de la casa-biblioteca de Schneider, se debe agregar que ha servido de marco para eventos académicos internacionales bastante atractivos y productivos; el primero de ellos celebrado en 2004, con motivo del centenario del nacimiento de Gilberto Owen, poeta caro a los ojos de Schneider y de quien preparó —en colaboración con Josefina Procopio, Inés Arredondo, Alí Chumacero y Miguel Capistrán— la edición de 1979 (reimpresión en 1990, sin camisa) que hoy circula con el sello editorial del Fondo de Cultura Económica. Los tres días que duró el evento se discurrió sobre la variedad y calidad de la obra poética de este autor sinaloense. El resultado de este encuentro se materializa, con creces, en la publicación del libro colectivo *Gilberto Owen Estrada: cien años de poesía*, libro que también se integra a la Colección Luis Mario Schneider. Además, el evento sirvió para canalizar a dos autores que han trabajado la poesía de Gilberto Owen y que entonces dieron como resultado la publicación de los libros *Gilberto Owen y la crisis del lenguaje poético*, de Georgina Wittingham, y *El sensual mordisco del demonio. La presencia del bien y del mal en la poesía de Gilberto Owen*, de Alfredo Rosas Martínez, bajo el sello de la UAEM y en la colección Luis Mario Schneider en el año 2005. Ambos estudios con una visión amplia y apasionada de la enigmática obra del sinaloense.

Con estos antecedentes, el 29 de noviembre de 2006 la Facultad de Humanidades acepta la propuesta de convertir el Centro Cultural Universitario “Dr. Luis Mario Schneider” en el Departamento de Filología “Luis Mario Schneider” (DFLMS), dependiente de la misma. Los fines quedaron establecidos en el acta de la sesión de los Consejos de Gobierno y Académico de la propia Facultad:

Generar conocimiento especializado sobre historia y crítica de la literatura hispanoamericana.

Optimizar los recursos con que cuenta el actual CCUDLMS.

Vincular el trabajo del DFLMS con la investigación y los programas de licencia-

tura y posgrado de la Facultad de Humanidades, así como otras instituciones con intereses afines, como el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM... el Colegio de México, la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Morelos, entre las más próximas". (Acta de acuerdos de la sesión extraordinaria conjunta de los HH Consejos Académico y de Gobierno de la Facultad de Humanidades, celebrada el día 29 de noviembre de 2006).

Un año después fueron vendidos los bienes inmuebles que también recibiera la UAEM como parte de la herencia. Con ello se pretendió crear un fideicomiso que permitiera fundar la cátedra extraordinaria "Luis Mario Schneider" con la finalidad de contratar profesores invitados, realizar eventos académicos y publicaciones especializadas. El 17 de septiembre de 2007, en la Finca "El Olvido", se llevó a cabo la ceremonia de inauguración, con himno institucional universitario, bomba y platillo.

Creado el DFLMS, la tarea consistió en precisar la línea de trabajo principal ya delineada por los Consejos de la Facultad, que diera cabida a diversos proyectos de investigación. Las discusiones se orientaron finalmente por situarnos en la literatura mexicana de principios del siglo XX, concretamente las dos primeras décadas de poesía. Hubo productos, se publicaron sendos ensayos sobre la obra poética de Alfonso Reyes y Julio Torri. Pero las voluntades humanas no suelen admitir encajonamientos y el estudio monográfico de otros poetas mexicanos que estaban en la lista quedó pendiente.

En este marco y pretendiendo dinamizarlo, el DFLMS organizó un nuevo coloquio en 2009; el bicentenario del nacimiento de Edgar Allan Poe sirvió de motivo para reactualizar la obra y figura del norteamericano en la literatura y otras artes contemporáneas. Además de los especialistas en la obra de Poe, estuvieron presente tres narradores sinaloenses para hablar de la impronta de Poe en la escritura de narradores vivos; participaron César López Cuadras, Juan José Rodríguez y Élmer Mendoza, autores cuya obra forma parte de la biblioteca de Schneider; además de que éste impulsó al autor de *Un asesino solitario* al editar algunos de sus primeros cuentos en la colección Cuadernos de Malinalco, impresos con el sello del Patronato Cultural Iberoamericano y que el propio Schneider coordinaba con Sofía Urrutia. También se editó el libro colectivo *Edgar Allan Poe en Malinalco*, que da cuenta de los trabajos y los participantes en el coloquio. Por cambios en la administración central institucional, el libro fue dictaminado en la Secretaría de Investigación

de la Universidad, por lo cual no se integró a la Colección Schneider, dependiente de la Secretaría de Difusión Cultural. No obstante, el libro se publicó, con el mérito primordial de los libros colectivos: mostrar la diversidad de aspectos y puntos de vista que existe sobre un tema o autor, alegrar la lectura de tópicos a veces insospechados o desarrollar aquellos que imaginamos. Proporcionar variedad a costa de amplitud.

Durante esos años hasta 2014, el DFLMS se mantuvo con actividades diversas, entre ellas la de catalogar el archivo y la posterior digitalización de 30% del mismo. Pero el gusto por la organización de coloquios no decayó. Los dos últimos han sido coorganizados con el Seminario de Edición Crítica de Textos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM. Así, se organizó en octubre de 2012 el coloquio internacional “A un siglo del Ateneo de la Juventud”, donde también participó la State University of New York en Oswego. Fueron ponentes magistrales Susana Quintanilla y Fernando Curiel, en la apertura y clausura, respectivamente, con la participación de especialistas en el tema venidos de la Universidad de Santo Tomás, Bogotá, Colombia; del Austin College, Texas; de la UNAM, la Universidad Autónoma Metropolitana, campus Azcapotzalco e Iztapalapa, la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, y la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.

El otro coloquio se celebró en octubre de 2014, con el título de “Repensar el Segundo Imperio”. Fueron conferencistas magistrales Luz María Hernández Sáenz y Vicente Quirarte, en ese orden. Y los numerosos ponentes se aglutinaron en torno a los títulos de las mesas de trabajo: “En busca del Imperio perdido”, “Galería de arte”, “Políticas administrativas del Imperio”, “El Imperio ficcionalizado”, “El repique de los dogmas”, “Gastronomía y vida cotidiana”, “Expresiones satíricas”, “El Imperio en las tablas”, “Pugnas entre lo público y lo privado”, “Discurso científico” y “Miradas desde el extranjero”. La amplia temática da cuenta del interés y la diversidad de estudios que hay sobre el tema.

La reseña de estas actividades lleva el propósito de mostrar el interés por aprovechar el espacio académico que la UAEM creó, y dar vida a la idea que cobijó el propio Schneider de convertir el lugar en un centro de reunión de especialistas a propósito de la coincidencia de intereses por la cultura de nuestro país. El lugar, espacio amplio y agradable, alejado de las tentaciones de la ciudad, ha permitido y favorecido la visita de intelectuales estudiosos

de temas a los cuales se ha convocado en la lejanía del centro cultural más importante del país, como es la Ciudad de México. Muchas aventuras, eso sí, para llegar. Pero una vez que se llega a Malinalco, la memoria deja en el olvido las vicisitudes previas y se da paso al placer de la inteligencia y el disfrute del lugar.

La atención a las actividades de la vida académica no desmerece la apuesta a la comunidad. El lugar sigue siendo centro de reunión de estudiantes que se acercan buscando resolver las tareas escolares, o de grupos sociales que realizan sus reuniones para resolver sus preocupaciones gremiales en un lugar que ha mantenido y permitido el ambiente propio del saber y de la creación artística. Lo mismo fotógrafos que electricistas y público en general o niños con interés por la pintura asisten con frecuencia. De vez en cuando las luces que iluminan los actos culturales también alumbran la casa que generalmente está oscura. Actualmente, la Universidad ha puesto su empeño en que el lugar se convierta en centro generador de cultura, de investigación y de cercanía entre la propia Universidad y la comunidad de Malinalco. De vez en cuando, y últimamente con más frecuencia, se contribuye a promover el interés por la cultura, coincidiendo así con las personas que también se han preocupado porque el dinamismo que se tiene sea equitativo con los otros aspectos que coinciden en Malinalco, lugar de descanso, de interés por sus tradiciones, la comida del lugar, su historia particular, y también, sin ánimo de desvirtuar el paraíso, por sus problemas sociales.

El Departamento forma parte de lo que en el actual proyecto del Rector se ha denominado Corredor Cultural, pretendiendo con ello generar una dinámica entre la Universidad y su entorno, aprovechando los recursos y valía de la cultura para acercarse a las comunidades cercanas a los lugares que forman parte de este corredor. Se han generado actividades donde participa, además de la Universidad, el Ayuntamiento local y los grupos interesados en el rescate y proyección de los valores de la comunidad. Hay un nuevo acercamiento, ahora formalizado en los programas de la Secretaría de Difusión Cultural de la Universidad.

Los amigos del doctor Luis Mario Schneider reconocen los aportes que como investigador realizó y han puesto el interés coincidente con otras investigaciones actuales sobre los mismos temas que trabajó Schneider; se han organizado eventos donde se reúnen los viejos amigos con otros que han conti-

nado revisando los temas literarios de la primera mitad del siglo pasado, con nuevos resultados que han permitido revalorar viejos temas que parecían agotados. Así ha revivido el interés por el movimiento estridentista en México, con nuevas publicaciones y a las cuales la UAEM se integra con uno más, entre otra serie de libros que pretenden seguir fomentando la colección Schneider.

El interés de estas líneas ha sido mostrar que la herencia de Schneider no se agota con la posesión de sus bienes materiales, que ahí se inicia un nuevo camino donde la Universidad Autónoma del Estado de México ha puesto su compromiso por hacer de la investigación en el campo de la literatura un centro de interés y con ello mantener esa posibilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Beltrán Cabrera, Francisco Javier y Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza (coordinadores) (2005), *Gilberto Owen Estrada: cien años de poesía*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Beltrán Cabrera, Francisco Javier y Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza (coordinadores) (2012), *Edgar Allan Poe en Malinalco*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Colín, Araceli (2005), *Antropología y psicoanálisis. Un diálogo posible a propósito del duelo por un hijo en Malinalco*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Ledesma Ibarra, Carlos Alfonso (2008), *Las capillas de barrio en Malinalco*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Mier, Raymundo (2005), *Malinalco: la congregación de los tiempos*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- Moreno de Alba, José G. (coordinador general) (1992), *Casa-bibliotecas de mexicanos (bibliotecas privadas)*, investigación y textos: Francisco Márquez Páez, fotografías: Pedro Cuevas. México, Universidad Nacional Autónoma de México / Gobierno del Estado de Guerrero, pp. 130-133.
- Owen, Gilberto (1996), *Obras*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rivas Mercado, Antonieta (2014), *Diario de Burdeos*, edición crítica preparada por Cynthia Araceli Ramírez Peñaloza y Francisco Javier Beltrán Cabrera, México, Universidad Autónoma del Estado de México / Siglo XXI.
- Rosas Martínez, Alfredo (2005), *El sensual mordisco del demonio. La presencia del bien y del mal en la poesía de Gilberto Owen*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.

Schneider, Luis Mario (2003), *De tinta ajena*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México / Instituto Mexiquense de Cultura.

White, Laura y Carmen Zepeda (2005), *El paraíso botánico del convento de Malinalco Estado de México*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.

Wittingham, Georgina (2005), *Gilberto Owen y la crisis del lenguaje poético*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.

UN MUSEO PARA MALINALCO

Jorge Carrandi Ríos

UAEM

Fue un gran reto el que impuso Luis Mario Schneider cuando expresó cómo tendría que ser el museo que él deseaba para Malinalco. Acorde con su pensamiento universal, consideró que el museo no debería circunscribirse a la arqueología o a la historia o a la etnografía, sino ofrecer una visión más amplia de lo que Malinalco es y fue en su contexto regional y medioambiental, atendiendo por lo tanto a sus dimensiones cultural, natural y temporal. Desgraciadamente Luis Mario falleció en enero de 1999 y no fue posible puntualizar con él algunas de las ideas para el museo.

La UAEM, receptora del legado de Schneider, recogió su voluntad y se dio a la tarea de realizar el proyecto de creación del museo...pero ¿cómo hacer un museo para Malinalco con la amplitud temática propuesta por Luis Mario?

Existen diferentes puntos de vista acerca de lo que un museo es, en función de los objetivos que busca cumplir. Desde cierta óptica, un museo es un medio de comunicación, cuya particularidad se encuentra, frente a otros medios, en usar como principal recurso expresivo la exposición museográfica. En términos muy escuetos, una exposición museográfica se trata de la elección de ciertos objetos, distribuirlos en un espacio determinado bajo ciertos criterios (distancias, alturas, circulación, texturas, colores, luces, temperatura, etc.), buscando favorecer con ello la difusión de contenidos en torno a un tema o temas específicos, y establecer así comunicación entre quienes postulan los mensajes y quienes los reciben (Turrent, 2001). Una manera común de formular una exposición (permanente o temporal) es que los “discursos” que se han de manifestar surjan del trabajo curatorial que se desarrolla en torno a una colección de objetos. Otro camino es partir de una “idea”, de un “concepto rector” y, de acuerdo con los postulados que se enuncien a partir de ello, reunir los objetos necesarios para su presentación en el contexto de la exposición.

Para un museo como el que planteó Luis Mario estaba claro que la primera opción no era viable, ya que, aunque él heredó a la UAEM, entre otros bienes, su rica colección artística, bibliográfica y documental, no contaba con acervo suficiente y adecuado a las pretensiones del museo. No teníamos una colección, solamente teníamos un tema: Malinalco. Por lo tanto, tuvimos que seguir el segundo camino; pero ¿qué concepto nos permitiría ajustarnos a una línea temática que permitiera tal amplitud de tópicos? La respuesta la encontramos en el propio nombre de Malinalco.

Efectivamente, en opinión del doctor Alfredo López Austin (Schroeder Cordero, 1985), autoridad en el estudio de la cosmovisión mesoamericana, Malinalco es un ejemplo de “lugar arquetípico” que servía de unión entre los tres niveles que constituyen el universo indígena: la región celeste, la superficie y el inframundo. La importancia de Malinalco en ese sentido se encuentra reflejada en la raíz náhuatl principal del topónimo, es decir, malinalli, término que puede traducirse como “hierba” y que se consideraba justamente como ese medio de comunicación entre los niveles de las regiones universales. La malinalli, en una de sus representaciones iconográficas, consta de dos bandas retorcidas sobre sí, una ascendente que es fría y acuática, y otra descendente, caliente, de fuego. Este símbolo aparece en diferentes documentos y en la decoración de varios objetos prehispánicos, entre los que destaca, por su significancia para Malinalco, el famoso tambor vertical o tlapanhúehuētl, originario del barrio de Santa Mónica.

El doctor López Austin (1994) señala también que en la cosmovisión indígena el universo está sostenido por cinco árboles: cuatro de ellos ubicados en los extremos de los rumbos del universo y uno en el centro, que constituye el quinto rumbo y que se proyecta de manera vertical. El árbol central es el gran comunicador entre los tres planos de ese universo: el inframundo con nueve niveles, el terrenal y el mundo celeste, compuesto por trece capas. En el interior de este árbol se encuentra una malinalli, concebida, como ya se mencionó, a manera de dos bandas entrelazadas que lo recorren a lo largo de su tronco, mismas que, por efecto del roce entre ellas, se genera el tiempo al que sujeta la vida de los hombres.

Por lo tanto, malinalli representa la totalidad de los espacios y del tiempo en que cualquier evento ha sucedido, tanto en el mundo tangible como en el intangible. Para el proyecto del museo, este concepto permitió la

inclusión de diversos temas y atender así los contenidos generales que previó Luis Mario. De la misma manera, fue empleado para diseñar cada uno de los elementos museográficos.

De malinalli, como concepto rector, se desprendieron dos nociones generales que estructuraron el guion museográfico. La primera se refiere al tiempo, aunque no en el sentido estrictamente cronológico, ya que el museo, salvo en la última sala, no sigue una secuencia temporal; se trata más bien al tiempo como un proceso cíclico, se refiere al ciclo anual. El año y los cambios estacionales en Malinalco son el hilo conductor del discurso temático, básicamente atendiendo a las peculiaridades culturales y naturales que definen la región durante las temporadas que dividen el año en dos grandes épocas: secas y lluvias (fuego y agua, como las esencias de las corrientes de malinalli).

Una vez formulado el concepto temático y el guion correspondiente, se iniciaron los trabajos de construcción del local que albergaría el museo, en el predio que para tal propósito compró Luis Mario en la esquina de las calles de Amajac y Agustín Melgar, en el Barrio de Santa Mónica, muy cerca del acceso a la zona arqueológica. Se trata de un terreno de 1000 m² que incluía una construcción modesta con fachada exterior al poniente, que fue integrada al proyecto del nuevo edificio. En forma excepcional y por demás afortunada, se trabajó el diseño arquitectónico junto con el equipo de arquitectos, adecuando los espacios a los requerimientos del guion, y logrando de esa manera que cada sala, además de resultar funcional, fuera también significativa para el diseño museográfico.

Es así que las regiones celestes están representadas en el segundo piso de la sala permanente, nivel en el que se alude también al tiempo de lluvias. Por su parte, el primer piso representa la superficie y la temporada de secas. El inframundo está sugerido en el foso que se aprecia a través del piso de vidrio y el nivel de desplante de la reproducción del templo monolítico conocido como Cuauhcalli, al que se llega precisamente después de descender los nueve escalones que representan cada uno de esos nueve niveles del mundo subterráneo.

Paralelamente a la construcción del edificio, se buscó incorporar los objetos con los cuales cumplimentar el guion museográfico. Éstos pertenecían a dos grandes grupos: los objetos de valor patrimonial y los de importancia didáctica. El primer grupo comprendía las piezas arqueológicas, etnográficas, históricas, zoológicas y botánicas, obtenidas mediante la donación de colec-

ciones particulares, en su mayoría provenientes de vecinos de Malinalco, y de los préstamos otorgados por el Museo Nacional de Antropología y por los museos de Antropología e Historia del Estado de México y Arqueológico del Estado de México “Dr. Román Piña Chan”, ambos del Instituto Mexiquense de Cultura. El segundo grupo de objetos estaba constituido por maquetas, reproducciones, ambientaciones, quioscos interactivos y mobiliario integral, cuya calidad resultaba crucial para alcanzar los objetivos del proyecto; por eso su producción fue encargada a especialistas, tal es el caso destacado de las maquetas y las reproducciones, elaboradas por profesionales con una amplia experiencia y prestigio en la museística nacional.

La creación de un museo es una labor colectiva por necesidad. Intervienen tantos especialistas y profesionales en tal diversidad de áreas que, ante la imposibilidad de dar créditos a todos los involucrados, el reconocimiento del trabajo suele quedar anónimo. Afortunadamente el Museo Universitario “Dr. Luis Mario Schneider”, inaugurado en 2001, lleva permanentemente en su nombre el justo homenaje a quien se debe en mucho su existencia. Sin embargo, resulta una pena que Luis Mario no supiera que el proyecto que él inició fue galardonado en 2002 con el “Premio Miguel Covarrubias”, otorgado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia como mejor museo abierto al público.

BIBLIOGRAFÍA

- López-Austín, Alfredo (1994), *Tamoanchan y Tlalocan*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Schroeder Codero, Francisco Arturo (1985), “La arquitectura monolítica de Tetzcotzingo y en Malinalco, Estado de México”, en *Cuadernos de Arquitectura Mesoamericana*, Universidad Nacional Autónoma de México, número 4, julio 1985.
- Turrent, Lourdes (2001), “Desafíos al pensamiento museológico (el problema de las definiciones)”, en *Gaceta de Museos*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, número 21-22, enero-junio 2001.

DE SU BIBLIOTECA Y SUS PAPELES: FUENTE PARA UNA RADIOGRAFÍA INTELLECTUAL Y PERSONAL DE SCHNEIDER

Luz del Carmen Beltrán Cabrera

UAEM

INTRODUCCIÓN

Las bibliotecas y archivos personales son testigos mudos pero expresivos de nuestro paso por el mundo, a través de ellos podemos conocer de primera mano el proceso creativo de algún personaje. El estudio de sus textos, de los distintos borradores, de sus anotaciones al margen, de sus adquisiciones bibliográficas, nos advierten sobre sus intereses literarios y su relación con el mundo, con la sociedad, con las ciudades y consigo mismo.

La variedad de tipos documentales con los que uno se topa en estos fondos invita a escudriñar lo insospechado; entre correspondencia, fotografías, volantes, recortes de periódico, diarios, cintas sonoras, videos, notas manuscritas, y hasta objetos personales, podemos encontrar no sólo datos visuales, sino otro tipo de códigos, esos que inevitablemente percibimos a través de los sentidos que genera la lectura de un manuscrito con remiendos textuales que permiten suponer incluso la percepción que el autor tenía de sí mismo a través de su escritura; sin duda alguna, el impacto sensorial incide en la interpretación de lo que se lee. Los archivos personales tienen esta doble peculiaridad, por un lado, la de ser fuentes nuevas de información, y por otro la de ser una especie de mapa mental de la personalidad y una radiografía intelectual y afectiva del creador.

Las colecciones documentales de este tipo en México, que han pasado del ámbito privado al público y se pueden consultar, son pocas;⁷ muchas de

⁷ La Asociación Mexicana de Bibliotecas y Archivos Privados, la Universidad Nacional Autónoma de México, y otras universidades como la propia UAEM, así como otros organismos públicos y privados se han encargado de conservar y difundir algunas de ellas.

ellas se han perdido por ignorancia o indolencia, razón por la que siempre hemos de reconocer y agradecer a Luis Mario Schneider su preocupación e interés por compartir con nosotros esa caja de sorpresas que representan su archivo y su biblioteca.

Su propósito era dejar a la comunidad de Malinalco, en el Estado de México, el beneficio de lo que durante tantos años reunió, pero principalmente incentivar la investigación especializada en las áreas de su interés; tarea que desde que entró en efecto la posesión de su herencia ha asumido la Universidad Autónoma del Estado de México, difundiendo tan valioso patrimonio documental.

La biblioteca está integrada por poco más de 17 mil títulos, cuyas temáticas abordan la literatura latinoamericana⁸ y, sobre todo, mexicana, como lo señaló el propio Schneider en una entrevista publicada en 1997 en el libro *Casas-Bibliotecas de mexicanos*.

Siempre quise tener una biblioteca en forma de capilla, medio gótica pero medio moderna y funcional, en un lugar tranquilo y clima agradable. Finalmente conseguí todos esos elementos en Malinalco. Con base en un modelo de capilla catalana del siglo XIII construí mi añorada biblioteca. Aquí he logrado reunir los libros de mi vida: mis cuentos e historietas de la infancia, las novelas de mi juventud [...]. Mi biblioteca es de literatura latinoamericana y, sobre todo, mexicana [...]. La biblioteca, para quien aprecia los libros, es fundamental. Es como el currículum vivencial de uno mismo, en donde cada uno de esos libros, como los buenos amigos, encierra numerosos recuerdos que nos saltan a la memoria en cuanto se les ve [...] y al leerlos, establecemos una comunicación muy especial de amistad con los personajes y con su autor, que no se puede tener con nadie más.

El talento y habilidad de investigación de Schneider están reflejados en su archivo, que además de asuntos estrictamente personales integra otros sobre personajes de la literatura mexicana, tesoros que muestran un sentido de lo efímero, de lo temporal, y resulta obligado no perder detalle o relación alguna entre uno y otro documento, entre una carta y otra, entre un persona-

⁸ La colección se puede consultar en la página del Sistema Bibliotecario de la UAEM http://sistemabibliotecario.uaemex.mx/janium-bin/busqueda_rapida.pl?ld=20141218103319

je y otro, entre una anotación al margen y una palabra suprimida por rallones de tinta o deteriorada por el paso del tiempo.

Además de libros, tengo un archivo de cosas curiosas, como el diario de Antonieta Rivas Mercado que me regaló Herminio Ahumada; algunas cartas de los Contemporáneos, a quienes he trabajado, como Cuesta, Torres Bodet, Villaurrutia; un manuscrito de López Velarde dedicado a Alejandro Quijano, que me obsequió su hija. La viuda de Genaro Estrada me dio la correspondencia de él con Tablada y José Gorostiza, publicada ésta por la UNAM. Trabajo mucho con fotocopias y a veces hasta las encuaderno. Gusto de leer periódicos y saber qué pasa en el mundo y también, claro, para averiguar los temas que me interesan (UNAM, 1992: 133).

EL LEGADO

Tres meses después de su muerte, el 11 abril de 1999, se dieron cita en la Finca “El Olvido” el Gobernador del Estado de México, el Rector de la Universidad Autónoma del Estado de México, el Presidente Municipal de Malinalco, entre otras personalidades y amigos de Schneider, para firmar el convenio que diera lugar a la creación de un Centro Cultural, con la intención de servir a la comunidad de Malinalco como espacio para eventos de carácter cultural, pero sobre todo para dar acceso a su biblioteca y archivo personales en pro de la investigación. Años más tarde, en septiembre de 2008, con la intención de cumplir cabalmente con la voluntad de Schneider, el Centro Cultural cambia sus actividades y se crea el Departamento de Filología de la Universidad Autónoma del Estado de México, a cargo de la Facultad de Humanidades, éste tiene como objetivo general, generar conocimiento especializado en literatura latinoamericana, mediante el desarrollo de investigaciones sobre historia y crítica literaria, promueve además la vinculación entre estas investigaciones y los programas de licenciatura y posgrado de la Facultad de Humanidades y de otras instituciones relacionadas con la investigación filológica; por ejemplo el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, El Colegio de México, la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos y la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Guerrero.

La lógica de acción de este departamento giró en torno a que el archivo, conjuntamente con la biblioteca, son la materia prima más valiosa para el

desarrollo de investigaciones en el ámbito de la filología y especialmente de la literatura hispanoamericana con la que cuenta nuestra universidad, contribuyendo a la difusión de este patrimonio y desempeñando así la tarea de difusora y depositaria de archivos personales con fines académicos y de investigación, tarea que pocas instituciones educativas persiguen y asumen.

El fondo está compuesto aproximadamente por 7 200 expedientes, que corresponden a casi 43m lineales, que ponen de manifiesto las múltiples actividades, intereses personales y académicos de Luis Mario Schneider a lo largo de casi cuarenta años de trabajo. Se encuentra estructurado alrededor de dos ejes fundamentales, que integran las dos grandes secciones del fondo a partir de una clasificación funcional que evidencia las actividades desempeñadas por el productor de la documentación. Por un lado, la sección “Documentación personal y familiar”, como la correspondencia, los manuscritos y los documentos oficiales y de identificación, así como fotografías, diapositivas y postales familiares de sus múltiples viajes. Por otro lado, la sección “Actividades profesionales”, con documentos reunidos y generados a lo largo de su trayectoria profesional, en los que encontramos información sobre arte culinario, cuento, cultura popular, ensayo, literatura de vanguardia, mujeres escritoras, narrativa, novela, poesía, y teatro, entre otros. Tesoros documentales que aprovechó en la confección de sus obras: *El oído del tacto* (1962), *Valparaíso* (1963), *Memorias de la piel* (1965), *Arponero de fuego* (1967), *El Estridentismo o una literatura de la estrategia* (1970), *La semilla en la herida* (1995), etcétera.

La siguiente es una lista alfabética de los temas o asuntos que contienen las 252 cajas que integran actualmente el archivo y que se encuentran en proceso de descripción archivística, con la intención de publicar próximamente un catálogo con el contenido de cada uno de los documentos que se encuentran en él.

Agustín Lazo	Fábulas y poemas	María Izquierdo Gutiérrez
Ana Paulowa	Federico García Lorca	Octavio Paz
Ángel Zárraga	Gabriela Mistral	Petronilo Monroy
Carlos Chávez	Gacetas del FCE	Poesía, trípticos y revistas
Carlos Gutiérrez Cruz	Genaro Estrada	Poetas hispanoamericanos en España
Carlos Pellicer	Índice de la Revista de la UNAM	Poetas mexicanos contemporáneos

Chalma	Índice y extractos de los protocolos	Radar fotográfico
Cristóbal Colón	Jacinto Benavente	Ramón del Valle Inclán
Correspondencia personal	Jaime Torres Bodet	Ramón López Velarde
Cuentos	Jorge Cuesta	Referencias bibliográficas
Diapositivas y negativos	Jorge Luis Borges	Salvador Novo
Disquetes	José Tomás de Cuéllar	Santiago Sierra
Documentos personales	Langston Hughes	Sara B., Adelina P., Anna P.
Ferías y toros	Libros y revistas	Suplementos culturales
Fotografías	Los Contemporáneos	Surrealismo
El espiritismo y la ciencia	Malinalco	Tarjetas postales
El petróleo	Revistas musicales	Testamentos
Estridentismo	Manuel Toussaint	Varios
Vicente Quirarte		

En la serie “Correspondencia personal”, se localizan los nombres de los personajes que escribieron a Schneider para tratar asuntos personales, y otros de carácter profesional y académico; no obstante el valor informativo que estos documentos representan se verá incrementado en el momento en que la correspondencia que Schneider envió se integre al archivo.

Índice de autoridades de la serie Correspondencia personal.

Acevedo Escobedo, Antonio	Hernández Palacios, Esther
Álvarez, Miguel	Huerta Castañera, Alicia
Arredondo, Inés	Jaramillo Levi, Enrique
Aura, Alejandro	Klahn, Norma
Barreda, Octavio G.	Loveluck, Juan
Bayón, Damián C.	Luz, Jorge de la
Belli, Carlos Germán	Martínez Peñaloza, Porfirio
Bittencurt, Francisco	Martínez Serna, Alfonso G.
Bruce Novoa, Juan	Martínez, Herminio
Buxó, José Pascual	Miller, Beth
Campos, Juan	Moreno, Fernando
Capetillo Ponce, Alfonso	Nandino, Elías
Castro Leal, Antonio	Ocampo, Aurora M.

Cendejas, Alicia	Olivo Jiménez, José
Conti, Haroldo	Pellegrini, Aldo
Cortázar, Julio	Phillips, Allan W.
D' Arbo	Pujals, Enrique J.
Daniel Moyano	Rivas, Enrique
Daušter, Frank	Robb, James Willis
David H. Malone	Roggiano, Alfredo A.
Dennis, Nigel	Sánchez, Aníbal
Durán, Manuel	Sánchez, Bertha María
Espinoza, César	Seligson, Esther
Fernández Ledesma, Gabriel	Somolinos, Palencia Juan
Ferrari, Américo	Utrilla, Gonzalo
Flores Patiño, Gilberto	Vargas Llosa, Mario
Flores, Ángel	Verani, Hugo J.
Frankenthaler, Marilyn	Whitelow, Billy
Grobman, Arnold B.	

Actualmente se hace una valoración bibliométrica sobre las tendencias temáticas que contiene la biblioteca, sin embargo, podemos señalar como primer acercamiento algunos de los siguientes temas:⁹

Arquitectura religiosa	Cocina internacional	Manuel Gutiérrez Nájera
Arte	Corridos de toros	Indios de México
Arte colonial mexicano	Julio Cortázar	Inquisición
Autores mexicanos y españoles	Jorge Cuesta	Jaime Torres Bodet
Cocina mexicana	José Luis Cuevas	Sor Juana Inés de la Cruz
Crítica e interpretación literaria	Salvador Dalí	Lenguaje y lenguas
Cuento mexicano	Danza	Literatura latinoamericana
Derechos humanos	Demonología	Novela
Drama mexicano	Derecho	Petróleo

⁹ Trabajo de valoración que lleva a cabo Edith Santiago Domínguez, para obtener el título de Licenciada en Ciencias de la Información Documental en la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de México.

Educación	Dialéctica	Pintores mexicanos
Folklore	José Donoso	Poesía
Historia	Economía	César Vallejo
Literatura española	Ensayo	
Poesía mexicana	Etnobotánica	
Alfarería mexicana	Estructuralismo	
Análisis lingüístico	Isidro Fabela	
Botánica	Fábulas	
Café	José Tomás de Cuellar	
Canción popular mexicana	Filosofía	
Cinematografía	Gabriel García Márquez	
Periodismo	José Gorostiza	
Gastronomía	Jorge Guillén	

CONCLUSIÓN

Considerando por un lado que las bibliotecas, pero sobre todo los archivos personales, son una tipología documental en peligro de extinción, y por otro la naturaleza y contenido del acervo de Luis Mario Schneider, resulta éste uno de los pocos especializados en literatura mexicana que se pueden aprovechar gracias a su disponibilidad y facilidades de acceso. Sumado al cautivador espacio que lo alberga, resulta una fuente de investigación aún inexplorada, tanto para los temas literarios y filológicos como para el interesado en la reconstrucción de la historia intelectual de su creador, así como en la integración de redes de colaboración, trabajo aún pendiente y a la espera de pioneros estudiosos del pensamiento de Luis Mario Schneider. No debemos olvidar que gracias a este tipo de colecciones documentales se han desarrollado líneas novedosas de investigación y se han generado discusiones académicas que aportan una perspectiva distinta a los discursos académicos tradicionales; es del todo conveniente para el avance novedoso del conocimiento literario mexicano volver la mirada a estas fuentes subvaloradas, incluso por las comunidades científicas tan acostumbradas a los recursos habituales.

LUIS MARIO SCHNEIDER: LARGA OBRA DEDICADA
A LA INVESTIGACIÓN TEATRAL

Alejandro García
Escritor

PRIMER ACTO

Tres son las llamadas para comenzar la obra y tres son los actos que se presentarán mientras, en cómoda butaca, un hombre argentino naturalizado mexicano —“parecía un Cary Grant latinoamericano con su lunarcito en la mejilla izquierda”, evocaría años después la escritora Beatriz Espejo— observa con agudo interés la historia del teatro hispanoamericano.

Luis Mario Schneider (1932-1999) dedicó gran parte de sus afanes e intereses a la investigación teatral, desde que en su natal Argentina en la ciudad de Córdoba, era profesor de teatro infantil en la Escuela Nueva “José Martí” (1955), como se registra en una temprana plaqueta titulada *Aproximación al teatro argentino actual* (1962) publicada en México, país que lo albergaría por más de treinta años, en donde reflexionó sobre el teatro porteño, desde Carlos Gorostiza, con su drama *El puente* (1949), hasta Rodolfo Kusch quien, desde su concepción teatral, manifestaba “la significación de lo esencial la posee la causa, pero sin abandonar el efecto correspondiente a la dramaturgia artística”. Plaqueta integrada por juicios de valor, historiografía teatral y semblanza biográfica, con la cual inició sus estudios sobre el teatro.⁷

Años más tarde, Schneider preparó el libro *La literatura mexicana* (1967), libro que permite entender mejor sus inicios como investigador,

⁷ El origen de esta plaqueta se especificaba en la contraportada: “a partir de una serie de charlas organizadas en 1958 con el fin de fomentar el contacto vivo con un grupo de oyentes interesados y la oportunidad de que éstos conversaran luego con quien les había sometido la obra propia o comentado la ajena”. Al parecer, la primera conferencia que Schneider dictó sobre el tema teatral fue el 10 de agosto de 1959: “Notas sobre el teatro de Roberto Arlt”. Teatro Experimental, Córdoba, Argentina.

determinar sus preferencias hacia ciertos autores y valorar sus comentarios del estudio del teatro mexicano. Los dos tomos abarcaban desde la literatura prehispánica hasta el siglo xx, incluyeron apartados sobre la historia del teatro: su utilidad en la evangelización, la primera comedia representada en 1574, el dramaturgo más destacado del siglo xvi, la importancia de los coloquios; la obra de Sor Juana y Juan Ruiz de Alarcón; el teatro en el siglo xix destacando la figura de José Peón y Contreras (1843-1907) con *La hija del rey*, los aportes del Teatro Folklórico en 1919 dirigido por Rafael Saavedra, y los loables intentos del Grupo de los Siete en 1923 con:

[...] tal irrupción renovadora, que en la temporada 1925-26 se estrenaron más obras de autores mexicanos que en todo el cuarto de siglo anterior. La búsqueda estética se orientaba hacia la creación de un teatro de significado universal, tomando por maestros a Andreiev, Chejov, O'Neill y especialmente a Pirandello.⁸

Y en un breve apartado titulado “El nuevo teatro” incluyó a Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández, Sergio Magaña, Elena Garro y Héctor Azar.

SEGUNDO ACTO

El interés de Schneider hacia los Contemporáneos se convirtió, a través del tiempo, en uno de sus grandes aportes a la investigación teatral mexicana. Ante todo por distinguir las nuevas propuestas en el quehacer teatral en la generación de Xavier Villaurrutia y Celestino Gorostiza, donde Luis Mario Schneider encontró —a partir de la participación en la creación de dos experimentos teatrales decisivos: Teatro de Ulises y Teatro de Orientación— la verdadera renovación del teatro mexicano. La anterior afirmación no es gratuita, se fundamentaba en sus amplios estudios sobre el Estridentismo, el Surrealismo y el teatro experimental de las décadas de 1930 y 1940.

Una de las líneas de trabajo fue encontrar los apoyos e influencias de Antonieta Rivas Mercado —“mujer de saber amplio”, la definió Schneider—, notable mecenas que propició el apoyo moral y económico para lograr la reali-

⁸ El Grupo de los Siete eran Francisco Monterde, José Joaquín Gamboa, Carlos Noriega Hope, Víctor Manuel Díez Barroso, Ricardo Parada León, Lázaro Lozano García y Carlos Lozano García, aunque la crítica suele incluir, además, a Carlos Díaz Dufoo y Julio Jiménez Rueda.

zación del Teatro de Ulises en 1928. Hija predilecta de don Antonio Rivas Mercado, arquitecto oficial del porfiriato, mujer cosmopolita en quien Schneider descubrió su inclinación teatral, esa necesidad que ella expresó vehementemente de

[...] hacer teatro, de tener teatro bueno, era apremiante. Constituyó una de mis preocupaciones desde mediados del 26, cuando regresé de Europa. Hasta lleve a hacer un intento que se frustró. Por un lado, Novo, Villaurrutia, Owen hablaban de hacer teatro. Y ¿no era uno de los discos de Pepe Gorostiza? Hace unos meses, Manuel Rodríguez Lozano me puso en contacto con Xavier Villaurrutia. De una charla entre nosotros provino la materialización del teatro que hasta este momento había estado en el aire.⁹

De Celestino Gorostiza —autor dramático, traductor, adaptador, promotor, maestro, crítico teatral— Schneider recopiló y estudió sus profundas teorizaciones sobre el nuevo teatro en diversos artículos y crónicas. A Celestino mucho le debe la escenografía teatral y su interrelación, vasos comunicantes, con el arte:

[...] la concertación que logró con los grandes jóvenes pintores de la época — Roberto Montenegro, Agustín Lazo, Julio Castellanos, Rufino Tamayo, Carlos González, etcétera— fue extraordinaria y hoy a muchos años de esas primeras experiencias me atrevo a decir sin ninguna duda que él fue el creador, sin quizás proponérselo, de los grandes escenógrafos del teatro nacional (Schneider, 1998).

En cuanto a su hermano José, lo analizó en un señero artículo titulado “José Gorostiza, escritor de teatro” en donde rescató su interés desde niño por ser actor y su obra “Teatro sintético: Una ventana a la calle” (El Universal Ilustrado, 27 de noviembre de 1924), testimonio que permitía catalogarlo como incipiente dramaturgo. Ahí dio una interesante reflexión sobre el futuro autor del poema “Muerte sin fin”:

[...] mencioné la sensibilidad característica de Gorostiza —su predisposición a la abstracción, su agudo racionalismo, su falta de espontaneidad y por tanto su

⁹ Schneider hizo la edición de las *Obras completas* de María Antonieta Rivas Mercado (1987), donde aparecieron las dos obras de teatro que escribió Antonieta: *Episodio electoral* y *Un drama*.

acendrado intelectualismo— enemiga de un teatro orientado hacia lo popular y lo folklórico. Baste como prueba el monólogo de “El tramoyista” en la escena 311 de Ventana a la calle, que “si bien es de cliché expresionista muestra claramente su intención poética” (www.revistadelauniversidad.unam).

Schneider ubicaba *Invitación a la muerte*, de Xavier Villaurrutia, como la síntesis de su idea teatral y de su poesía, con una trama que giraba en torno: “a la historia de un joven que entre tormentos personales y familiares lucha por encontrarse a sí mismo, por desentrañar el misterio de su propio ser, aunque ello pueda conducirlo a la muerte”.¹⁰ En Gilberto Owen destacó su participación con Antonieta Rivas Mercado, y su impecable traducción de la obra *Simili* del francés Claud Roger Mark.

Otro autor que Schneider analizó con profundidad fue Rodolfo Usigli, a quien consideraba seguidor cercano de Bernard Shaw “especialmente en los prólogos y los epílogos”; pero ante todo como promotor de la polémica propuesta del Teatro de Media Noche. Propuesta que, gracias a su acuciosidad, Schneider rescató de un injusto abandono dentro de la historia teatral de México:

[...] indudablemente el Teatro de Medianoche contenía graves defectos: el horario, un repertorio poco calibrado, demasiado acumulativo, un grupo de actores heterogéneos, improvisados y por supuesto el carácter irritante, absolutista y desafiante del propio director que interfirió de una manera tajante en los juicios críticos sobre esa experiencia. Vale la pena, en honor a la verdad, afirmar que Usigli se encontraba bastante entre la espada y la pared, sin ningún apoyo, tanto el que provenía de un público naturalmente insensible y por el otro la falta de consideración de sus amigos que sí conocían teatro, que provenían de parecidas conceptualidades, pero que formaron trinchera para anular, para relegarlo al olvido al Teatro de Medianoche.¹¹

¹⁰ En 1966 concluyó la “Bibliografía de Xavier Villaurrutia”, lo cual le permitió conocer de primera mano las dieciséis obras que se publicaron en revistas de la época, así como la recepción que tuvo entre la crítica y el público (Schneider, 1966).

¹¹ En el resumen de las ponencias se decía: “Después de su participación en el Teatro de Orientación, Rodolfo Usigli emprende en 1940 otro tipo de experimento teatral: el Teatro de Medianoche que funcionó durante los meses de marzo a junio. Su actuación desató polémicas y opiniones contradictorias con referencia tanto al concepto mismo como del repertorio, de actores y horarios, etc. Sobre el mismo se levantaron encuestas de escritores y público asistente a las representaciones

Igualmente, Luis Mario abordó la estrecha relación de los Contemporáneos con los artistas de la época —relación no limitada a la invitación para decorar el escenario y preparar la escenografía como se pidió a Julio Castellanos y Manuel Rodríguez Lozano— sino que se llegó a exponer obra plástica como la de Diego Rivera en el Teatro de Medianoche y la incursión en la dramaturgia, como es el caso de Agustín Lazo, cuando a su regreso de Europa se propuso renovar, en gran parte, el teatro mexicano, ya que “había presenciado y vivido las formulaciones del nuevo teatro europeo de la posguerra, [...] incentivo para tratar de concretar ese proyecto; crear un teatro que respondiera a la modernidad, que sensibilizara un público nuevo” (Schneider, 1988).

Schneider conoció a Lazo en 1962 y mantuvo una entrevista con él en su casa de Sadi Carnot en la Ciudad de México. De esa breve plática surgieron nombres y anécdotas para próximos artículos, pero, ante todo, la certidumbre de que los años transcurridos de 1920 a 1940, México vivió un renacimiento cultural, experimentos e intentos teatrales que, Schneider, decidió investigar ampliamente, convertir esos recuerdos de actores y obras en parte de su vida. Lo que culminó, en el libro *Fragua y gesta del teatro experimental en México* (1995). El propósito de la obra, era:

[...] despojarse, pero sin arrogancia, de los lineamientos de las rutas anteriores y reconstruir al Teatro Ulises. Escolares del Teatro. Teatro Orientación exclusivamente a través de las opiniones, de los dictámenes, de la cordura o la insensatez y de los trasfondos y pormenores que reporta aquella hemerografía coetánea. Ir más allá de las tres o cuatro páginas que los estudiosos les dedican a esas realizaciones. Insisto es en ella donde aún palpita la crónica más aproximativa, tal vez el único recurso que vuelve a la historia probablemente veraz, humana, reconstituible.

Esa búsqueda perenne de periódicos y revistas en acervos, fue parte de su formación académica, ya que Schneider siempre consideró a la bibliografía y a la hemerografía, no como simple enlistado, sino como disciplina autónoma y generosa. Lo que forjó, en el resolutivo carácter del argentino, la creación de señeros aportes en la literatura mexicana, en los ámbitos de la crítica literaria,

donde se visualiza todavía una sociedad poco sensible a formas nuevas, originales en el teatro nacional” (Schneider, 1998).

las revistas culturales, el surrealismo, los afanes editoriales, la bibliografía e índices de revistas, el paso de escritores extranjeros en México, la obra completa de autores desconocidos, las manifestaciones de la cultura popular, y, naturalmente, el teatro experimental, añeja querencia que honró al final de dicho libro, en su apartado “Mínima conclusión para una epopeya”:

En el teatro experimental en México, una mujer fue la heroína: Antonieta Rivas Mercado. Ella inició la aventura, la exploración como el Ulises clásico. Dos héroes, Julio Bracho y Celestino Gorostiza, retomaron el estandarte. El primero, patente en la brevedad; el segundo, el vencedor, el definitivo. En una década transformaron la historia de la dramaturgia nacional, la sacudieron desde el corazón y desde fuera, la hicieron contemporánea. Teatro mexicano y universal porque entendieron que la esencial tradición del hombre no sólo es su paisaje natal sino el territorio del mundo. Tres batalladores que pelearon un espacio y vencieron al tiempo.

Todo lo anterior permite asumir que el nombre de Luis Mario Schneider se ha integrado, por méritos propios, a la sólida cadena de investigadores-críticos que han dedicado esfuerzos para ampliar el panorama de la historia del teatro mexicano. Personajes que van desde el español, nacionalizado mexicano, Enrique de Olvarría y Ferrari, Antonio Magaña Esquivel, Francisco Monterde, Julio Jiménez Rueda, José Rojas Garcidueñas, Armando María y Campos, Luis Reyes de la Maza, Margarita Mendoza López, Dolores Carbonell y los norteamericanos Frank Duster, John B. Nomland y Alyce de Kuehne, por sólo citar algunos autores.

TERCER ACTO

Schneider no sólo fue el crítico que esgrimía juicios sobre el ambiente teatral, sino que su inquietud y virtud ante el conocimiento lo llevaron, a los 34 años de edad, a dejar de ser simple espectador, abandonar la cómoda butaca, esgrimir el libreto, subirse al proscenio y dirigir la obra *La verdad* (teatralización del cuento de Luigi Pirandello) en la *Casa del Puente*, Universidad Veracruzana el 24 y 31 de octubre de 1965.

Necesario enmarcar esta etapa en la vida de Luis Mario Schneider, que se gestó a principios de la década de los sesentas del siglo pasado cuando in-

gresó como docente de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, de la Universidad Veracruzana en Xalapa. De ese tiempo veracruzano, el escritor Publio Octavio Romero (1999: 16) recuerda el gran impulso que dio a la difusión de la cultura en aquel estado:

[...] mis recuerdos del Che son los mismos que compartimos toda una generación de alumnos y profesores de la Facultad de Letras de la Universidad Veracruzana, durante nuestra formación en los años 60. Siempre jovial, sencillo y generoso con todos, contradecía decididamente la imagen que a veces nos choca de algunos argentinos. Nunca fue mamón, como bien dice Nacho Trejo. Llegó a Xalapa en una época en que reinaba el entusiasmo, y el carisma de Luis Mario pronto se hizo sentir entre nosotros. Sus alumnos disfrutamos no sólo de sus conocimientos en el aula, sino también de su amistad y de su afecto que algo tenía de paternal [...] Llegaba del DF, precedido por su labor de investigador que ya había ido dando a conocer en el famoso suplemento *México en la Cultura* de Fernando Benítez y en las páginas de la *Revista de la Universidad* de Jaime García Terrés; traía además bajo el brazo las *Obras completas* de Jorge Cuesta, que en cuatro volúmenes le acababa de publicar la UNAM. Durante su estancia en la Veracruzana compartió aulas con César Rodríguez Chicharro, Librado Basilio, Othón Arroniz, Sergio Pitoll, Mary Christen, Enriqueta Ochoa, Antonio Ferres, Carlo Antonio Castro, Octavio Castro y Jofre Lafontaine, entre muchos otros. Luis Mario no se contentaba con su labor en la cátedra, su ejercicio docente debía extenderse más allá de las aulas; lo habitaba un espíritu creador que él sabía comunicarnos de manera festiva y espontánea. A su entusiasmo nos sumamos sus alumnos en actividades que definitivamente marcaron nuestra vocación por el arte y la literatura: Ludivina Gutiérrez se hizo cargo de la primera galería de arte que hubo en la ciudad, instalada en la planta baja de su propia casa, y fue así como la comunidad xalapeña pudo apreciar las primeras exposiciones de la Nueva Pintura Mexicana: José Luis Cuevas, Rodolfo Nieto, Fernando García Ponce, Pedro Friedeberg, Manuel Felgueres, Matías Goeritz, etcétera; Lorenzo Arduengo dirigía el Cine Club del Aula Clavijero, donde pudimos disfrutar ciclos de Chaplin, Godard, Resnais y Truffaut, Antonioni, Fellini y Pasolini, Bergman y Kurosawa, etcétera; el que esto escribe auxilió al Che Luis Mario en la coordinación de *Meridiano*, un suplemento cultural que salía cada domingo en las páginas del periódico *El Tiempo*, cuya publica-

ción mantuvimos durante casi tres años hasta alcanzar los 150 y tantos números. Pero Luis Mario era incansable. A él se le ocurrió la fundación de la Casa del Puente Xallitic, donde emulábamos las actividades de la Casa del Lago que entonces dirigía ese otro iluminado que en vida se llamó Juan Vicente Melo. A semejanza de Poesía en Voz Alta que fundó Octavio Paz, los discípulos del Che conformamos una compañía de Poesía Coral, y bajo su dirección pusimos dos recitales: uno de poesía náhuatl y otro de romances, en la Sala Chica del Teatro del Estado. Domingo a domingo, en la Casa del Puente se congregaba un público heterogéneo para disfrutar de exposiciones de pintura, conferencias, recitales de poesía, presentaciones de libros, sesiones de cine club y conciertos de cámara. Este centro cultural inspiró también a Luis Mario para iniciar una serie de publicaciones que se llamaría Ediciones del Puente (los antecedentes de Ediciones Oasis y Cuadernos de Malinalco), proyecto que sólo fructificó en la colección El Enano y el Año de la Luna, cinco plaquetas de poesía que incluyó los nombres de Rosalba Pérez Priego, Silvia Siguenza, Jacobo Glantz, Carlo Antonio Castro y Carlos Juan Islas. De su labor como investigador, baste decir que a él le deben las letras mexicanas el habernos devuelto la lectura de la llamada Generación de Contemporáneos. Nuestra generación está marcada por las enseñanzas de Luis Mario Schneider. La vitalidad intelectual que desplegó entre la comunidad universitaria de esos años no ha vuelto a repetirse, me parece, después. Con ese ímpetu contagioso que lo caracterizaba, nos hizo vivir la literatura como un acto gozoso. Más todavía: nos llevó al conocimiento de que el arte de la amistad puede ser la experiencia más venturosa y sublime que lo reconcilia a uno con el género humano.

Schneider repitió su experiencia teatral con la obra *El mueble de Jean Tardieu* el 7 y 14 de noviembre de 1965 (significativo destacar que estos dramaturgos fueron seguidos fielmente por los Contemporáneos) (Schneider, 1962, 1963, 1965, 1967, 1978, 1995, 1995).

Otro rasgo poco conocido de Luis Mario fue su vertiente como creador. En 1968 escribió *Hay que comprar zapatos (Farsa sin amor)* (Schneider, 1968: 48-51) obra con influencia de Villaurrutia, en torno a la mecanización de la vida que, en su afán de simplificar, crea una atmósfera asfixiante que obstruye todo intento de libertad, satiriza la elección y asume obsesiones. Recuerda a ese juego infinito del gallo capón al que hacía alusión Gabriel García Márquez en *Cien años de soledad*. Se transcribe completa por la dificultad de su consulta.

Hay que comprar zapatos

(Farsa sin amor)

Luis Mario Schneider

ESCENA I. (Ruido de la calle. El protagonista camina y busca. Descubre la vidriera y se detiene contemplando. Se decide y va a entrar.)

ESCENA II. (En el momento que toma el picaporte, la puerta gira y habla un empleado.)

Empleado 1: Buenos días, señor. Por supuesto ¿usted quiere zapatos?

Comprador: Sí, señor.

Empleado 1: Entonces por esa puerta, señor (con indicación).

ESCENA III. (En el momento que el comprador hace ademán de abrir la segunda puerta, esta gira y aparece el Empleado 2. El mismo procedimiento para todas las escenas con empleados.)

Empleado 2: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos. ¿Los quiere violetas, verdes, blancos, azul prusia, marrones o simplemente negros?

Comprador: Negros.

Empleado 2: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA IV.

Empleado 3: Buenos días señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros. ¿Los quiere de cordón de cinta de Manila, lisos de henequén yucateco, trenzados a la manera ateniense o simplemente lisos?

Comprador: Lisos.

Empleado 3. Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA V.

Empleado 4. Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros con cordón liso. ¿Los quiere de cabritilla, de changos de Nueva York, de cochinos rusos, de nylon o simplemente de becerro?

Comprador: Becerro.

Empleado 4: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA VI.

Empleado 5: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros, de becerro con cordón liso. ¿Los quiere de tacón cubano, normal a la manera africana o simplemente moderado?

Comprador: Moderado.

Empleado 5: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA VII.

Empleado 6: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso y tacón moderado. ¿Los quiere con punta antropológica, en vértice lunar, en romo algebraico o simplemente puntiagudos?

Comprador: Puntiagudos.

Empleado 6: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA VIII.

Empleado 7: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso, tacón moderado y puntiagudos. ¿Los quiere con fantasía a lo Sancho Panza, con sonrisa a lo Gioconda o simplemente sobrios?

Comprador: Sobrios.

Empleado 7: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA IX.

Empleado 8: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos y sobrios. ¿Los quiere con refuerzos de telar incaico, con metales salomónicos o de tela?

Comprador: De tela.

Empleado 8: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA X.

Empleado 9: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos, sobrios y con refuerzos de tela. ¿Los quiere cosidos con dedos de mancos, en máquina fotográfica, por cerebros electrónicos o simplemente a mano?

Comprador: A mano.

Empleado 9: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA XI.

Empleado 10: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro, con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos, sobrios, con refuerzos de tela y cosidos a mano. ¿Los quiere opacos a las lejanas estrellas, semiopacos al mar en madrugada o simplemente brillantes?

Comprador: Brillantes.

Empleado 10: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA XII.

Empleado 11: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos, sobrios, con refuerzos de tela, cosidos a mano y brillantes. ¿Los quiere para hacerlos lustrar durante el desayuno, una vez a la semana o simplemente cada tres días?

Comprador: Cada tres días.

Empleado 11. Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA XIII.

Empleado 12: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos, sobrios, con refuerzos de tela, cosidos a mano, brillantes y para lustrarse cada tres días. ¿Los quiere para tierra con mosquitos, para ambientes secos o simplemente para pasearse por la calle?

Comprador: Por la calle.

Empleado 12: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA XIV.

Empleado 13: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de becerro con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos, sobrios, con refuerzos de tela, cosidos a mano, brillantes, para lustrarse cada tres días y para pasearse por la calle. ¿Los quiere para pasearse con su mamá, su novia, sus hijos o simplemente con su esposa?

Comprador: Con mi esposa.

Empleado 13: Entonces por esa puerta, señor.

ESCENA XV.

Empleado 14: Buenos días, señor. Por supuesto usted quiere zapatos negros de

becerro con cordón liso, tacón moderado, puntiagudos, sobrios, con refuerzos de tela, cosidos a mano, brillantes, para lustrarse cada tres días y para pasearse con su mamá, su novia, sus hijos o simplemente con su esposa. ¿Los quiere para que combinen con los modelos clásicos, románticos o simplemente austriacos de su...?

Comprador (Ya a gritos): Los zapatos y número 42 ¡Número 42!

Empleado 14: Por supuesto, señor. Por esa puerta.

ESCENA XVI. (La puerta da a la calle. Ruido de la ciudad. Recostada a la entrada de la zapatería y ante las reclamaciones del comprador la voz del Gerente.)

Gerente: No diga nada, señor. Jamás vendemos un zapato, pero ¿qué le parece la organización que tenemos?

Grito desgarrador. Apagón. Música.

TELÓN.

Bibliografía

- García, Alejandro. (1999). *Presentación del Centro Cultural "Dr. Luis Mario Schneider"*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México.
- . (1999). "Entre la virtud y la dedicación: la labor de investigación del Dr. Luis Mario Schneider", en *Literatura Mexicana*, Vol. X, núm. 1-2, pp. 425-435.
- . (2015). *Luis Mario Schneider y la literatura mexicana*, México, Dirección de Literatura de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- Romero Publio, Octavio. (1999). "Homenaje a Luis Mario Schneider", en *Sábado*, núm. 1,113 (30 de enero de 1999), p. 16.
- Schneider, Luis Mario. (1962). "El oído del tacto", Poema, México, *Cuadernos del Viento*, 32 pp.
- . (1963). *Valparaíso*. De un Diario, México, Pájaro Cascabel.
- . (1965). *Memorias de la Piel*, Xalapa, Ediciones del Puente.
- . (1967). *Arponero del fuego*, Nueva York, Las Américas Publishing Co.
- . (1968). "Farsa sin amor", en *Academus. Revista de Actividad Contemporánea*, Xalapa, núm. 15 (mayo), pp. 48-51.
- . (1978). *La resurrección de Clotilde Goñi*. (Premio Xavier Villaurrutia 1978).
- . (1995). *Refugio*. México, Editorial Joaquín Mortiz.
- . (1995). *La semilla en la herida*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (El Ala del Tigre).

Apéndice

BIBLIOHEMEROGRAFÍA DE LUIS MARIO SCHNEIDER SOBRE INVESTIGACIÓN TEATRAL

Libros

- (1962), *Aproximación al teatro argentino actual*, San Luis Potosí, Instituto Potosino de Bellas Artes, (jueves literarios, 16).
- (1966), *Xavier Villaurrutia, Obras*, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1967), *La literatura mexicana*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 2 t. (Enciclopedia literaria. España-Hispanoamérica, 19 y 20).
- (1987), *Obras completas* de María Antonieta Rivas Mercado, México, Secretaría de Educación Pública/Oasis.
- (1995), *Fragua y gesta del teatro experimental en México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Coordinación de Difusión Cultural, Dirección de Literatura.

Ediciones

- (1988), *Agustín Lazo*, investigación, bibliografía y ensayo de Luis Mario Schneider, México, Casa de Bolsa Cremi.

Capítulos en libros

- (1998), "Celestino Gorostiza. Primer teórico del teatro experimental en México" en *Théâtre, public, société*, (Actes du IIIe Colloque International sur le Théâtre Hispanique, Hispano-Américain et Mexicain en France, 10, 11 y 12 de octubre 1996, Presses Universitaires de Perpignan, pp. 188-196 (Collection Études).

Artículos en revistas

- (1971), "José Gorostiza, escritor de teatro", *Revista de la Universidad de México*, núm. 5, www.revista-de-la-universidad.unam.mx/ojs_rum/files/journals/1/articles/9504/public/9504-14902-1-PB.pdf.
- (1985), "Rodolfo Usigli, vanguardista", Sección De Tinta Ajena, *Amahtlacuillo. El pintor de papel*, Órgano oficial de la Asociación de Escritores de México, núm. 7, p. 5.
- (1988), "De tinta ajena. Villaurrutia: nuevas palabras sobre Lazo", en *La Cultura en México*. Suplemento de *Siempre*, año 35, núm. 1847, p. 57.
- (1998), "Gilberto Owen: el teatro como acechanza", en *Castálida*, Año 4, núm. 13, pp. 4-9.

Artículos en periódicos

- (1962), "La Francia de los escritores mexicanos (opiniones de Rosario Castellanos, Salvador Novo, Carlos Pellicer y Agustín Yáñez)" en *Cuadernos del Atlántico*, Xalapa, Veracruz. Núm. 1, pp. 17-23.

Conferencias

- (1959), "Notas sobre el teatro de Roberto Arlt", Teatro Experimental, Córdoba, Argentina (10 de agosto).
- (1962), "Panorama del Teatro Argentino", Teatro Estudiantil de la Universidad de México / Dirección General de Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México (29 de mayo).
- (1986), "El Teatro de Vanguardia", Centro de Documentación Teatral, Instituto Nacional de Bellas Artes, México (22 de abril).
- (1998), "El Teatro de Media Noche de Rodolfo Usigli". Conferencia en el IV Coloquio Internacional de Teatro. (Dominios español, hispanoamericano y mexicano) "Teatro y poder", Université de Perpignan, Perpiñan (8-10 de octubre).

LA BIBLIOTECA RURAL: EL LEGADO SCHNEIDER

Daniar Chávez

UAER-COHU, UNAM

Precisamente la biblioteca pública encierra una gran potencia: quebrar el aislamiento, ser un lugar privilegiado de encuentro con la realidad, con la marginalidad que no aparece en los medios.

Xilberto Llano

¿Cuál es el papel de la biblioteca pública en los ámbitos rurales, semirurales o semiurbanos? ¿Qué funciones sociales y culturales debe desempeñar una biblioteca en ese ámbito territorial ya de por sí complejo y que en nuestro país cobra a veces dimensiones alarmantes que visibilizan un mundo de pobreza, rezago cultural y olvido económico y social? Xilberto Llano asegura que en “un contexto histórico, cultural y económico novedoso e incierto, fuertemente condicionado por el desarrollo de las nuevas tecnologías de la comunicación” (Llano, 1997: 12), como es en el que vivimos ahora, “la biblioteca pública no puede limitarse a ser un almacén o un autobús ambulante de libros que se ofrecen gratuita y temporalmente para la lectura en el domicilio” (Llano, 1997: 12); en el caso de una biblioteca pública que además se encuentra en un área rural o semirural, ésta no puede convertirse en un recinto de fondos bibliográficos que respondan a las mismas necesidades y a las mismas tendencias de lectura que existen en las grandes ciudades o las aulas universitarias.

Malinalco posee un grupo poblacional híbrido, que ha dado refugio a gente que viene de áreas urbanas de distinta naturaleza (con una fuerte actividad de divulgación artística y cultural y una participación social también muy activa en el caso de los residentes que provienen de la Ciudad de México o de la ciudad de Toluca), perfil que confronta con el del potencial público lector local que se encuentra ante la realidad de una actividad cultural que aunque es muy fuerte en cuanto a manifestaciones y tradiciones como la gastronomía, las fiestas patronales, los bailes o la creación de artesanías como la que llevan a cabo los talladores de madera, carecen de un programa oficial

de divulgación, que si bien va en ascenso ha tenido muy poco desarrollo y una casi nula difusión en los distintos barrios y comunidades del municipio.

Hasta hace unos pocos años, toda la actividad oficial de desarrollo cultural se llevaba a cabo dentro de las cuatro paredes de la Casa de Cultura Municipal, tendencia que en la actualidad no ha cambiado mucho, aunque ya presenciamos los primeros intentos por extenderse a otros espacios adyacentes. ¿Qué posibilidades, bajo estos esquemas de divulgación cultural, tiene una biblioteca para impulsar hábitos de lectura en un medio rural o semirural que intenta fomentar una actividad que no ha tenido ni tiene una fuerte tradición en los pueblos de México y, para ser más críticos con las problemáticas culturales de nuestro país, debemos recalcar el hecho que tampoco existe o ha existido una fuerte tradición de lectura dentro de nuestras áreas urbanas, que poseen mayores oportunidades y ofertas culturales, sociales o educativas y que por lo mismo deberían tener mejores hábitos de lectura?

No debemos olvidar que la biblioteca Schneider fue concebida por un hombre de letras que, como tal, logró reunir un acervo bibliográfico destinado principalmente al estudio de la cultura mexicana y latinoamericana. Encontramos en ella textos especializados de filosofía, literatura, historia, arte, pero no fue diseñada en sus orígenes como un lugar de lectura para los pobladores locales (aunque sí está ahora pensada para su uso y servicio), en tanto que su principal función era convertirse en fuente de información, según queda atestiguado en la voluntad de Schneider recogida por Moreno de Alba (1992), para investigadores universitarios y estudiantes de nivel medio y superior de la región. ¿Pero qué sucede entonces cuando los materiales bibliográficos contenidos en la biblioteca se ponen a disposición de un grupo poblacional sin tradición de lectura y con un índice de alfabetización bajo, dentro de una sociedad que hoy por hoy ve incrementarse las problemáticas sociales, como lo son la pobreza, la inseguridad, la corrupción, el desempleo y, en general, el desgarramiento del tejido social que debería de ser el cimiento que soporte toda convivencia y, por lo tanto, toda actividad y todo desarrollo comunitario?

En este panorama la herencia cultural que la biblioteca Schneider puede aportar a la sociedad donde se inserta obliga a la universidad a generar una gestión de vinculación comunitaria de distintas características a las

que se llevan a cabo en la ciudad de Toluca o, incluso, en la Ciudad de México, donde la universidad también desarrolla programas de divulgación cultural y de carácter docente y de investigación. Es importante considerar que una biblioteca rural no puede convertirse en un espacio dotado de instrumentos que la gente local no pueda utilizar, que no den solución a las problemáticas por ellos sufridas y vividas y que no despierten el interés de los naturales de la región. Una biblioteca en un ambiente rural no puede ser sólo un área que deba ser utilizada por un investigador foráneo, por el investigador que procede de la gran ciudad; no puede ser tampoco un lugar destinado a un lector imaginario que difícilmente mostrará interés por los contenidos y los materiales de la biblioteca en cuestión. Debemos tomar en cuenta que el discurso académico, por naturaleza, es profundamente excluyente de los públicos no especializados o con índices bajos de alfabetización que caracterizan este tipo de espacios, por lo que simplemente abrir al público general una biblioteca especializada difícilmente podrá llegar a ser un proyecto viable y sustentable. Un dato preocupante se revela al contabilizar la cifra de visitantes que acuden a la biblioteca, misma que muy pocas veces se realiza con la función de consultar sus fuentes bibliográficas y más bien se dirige a la visita turística del espacio físico.

Pero hay otro dato importante que también debemos considerar y atender. Las comunidades rurales o semirurales, como explica Llano, poseen cada vez más necesidades de acceso a la información y las bibliotecas públicas, ya sean administradas por los gobiernos estatales o por las universidades públicas que se asientan en las zonas rurales deben buscar contenidos bibliográficos acordes con las necesidades locales, pero también “proporcionar acceso a las redes de transmisión de datos” (Llano, 1997: 13), que tanta falta hace en estos espacios. Es función de las bibliotecas públicas del estado (como la reciente biblioteca digital inaugurada en el centro de Malinalco) y, por supuesto, en este caso de la universidad estatal, asegurar la disponibilidad de las nuevas herramientas tecnológicas que “inciden en el reto de acercar la lectura al medio rural como vía no sólo de garantizar el acceso a la cultura de sus pobladores, sino también de motivar el desarrollo personal y social” (Llano, 1997: 13). En este sentido una biblioteca puede ofrecer algo más que sitios para la lectura o, incluso, materiales para la lectura, debe ser un lugar que sirva para fomentar el diálogo y la diversidad cultural.

Hoy en día el ámbito rural se ha convertido en una fuente importante para motivar los estudios culturales e interculturales, para ahondar en las problemáticas de las políticas públicas y agroalimentarias, el desarrollo cultural alternativo, la mercadotecnia ambiental, el desarrollo de organizaciones civiles, la seguridad alimentaria, los efectos del cambio climático, pero también del cambio social y del territorio, de la inequidad de género, de la salud ambiental o la migración; el “campo” se ha convertido en el anclaje de esta “toma de conciencia” que alerta “de los peligros que para el mantenimiento y desarrollo de los recursos naturales tiene un éxodo rural continuado, y fundamentalmente la aparición de una nueva competencia por los usos del suelo entre las actividades agrarias tradicionales y otras que hasta finales de la década de los años setenta estaban restringidas al ámbito urbano” (Llano, 1997: 15), como lo son los espacios recreativos y de ocio, la difusión cultural o la investigación académica.

Inmersos en este panorama, es importante considerar que el interés por las zonas rurales se ha ido incrementando durante las últimas décadas gracias al nacimiento de los estudios interculturales y transdisciplinarios, así como de los diálogos de saberes y los procesos de ecoalfabetización que se impulsan desde distintos sectores de la sociedad civil, los distintos órganos de gobierno y las universidades públicas y privadas, de ahí la importancia de evitar reproducir discursos oficialistas sobre las manifestaciones y tradiciones culturales del México indígena u originario con el que a veces se ve, se juzga y se intenta recrear y reconstruir la comunicación entre las zonas urbanas y las rurales, pues se corre el riesgo de convertir esta reivindicación en un proceso que genere sólo una idea que evoque simples estampas culturales, que reduzca la diversidad cultural a una mera dimensión folclórica dirigida por patrones o clichés que proceden de una falsa idea que se forja sobre nuestras áreas rurales y que muchas veces sólo busca la comercialización de productos o, peor aun, de culturas; situaciones en las que no deben caer los programas de difusión ni del estado ni de las universidades. La identidad y los procesos de difusión cultural no se deben construir desde afuera y con una lógica de comercialización, sino desde adentro del propio espacio que se intenta intervenir y bajo una lógica de concientización social y un legítimo sentimiento de apropiación cultural.

Para evitar lo anterior, la universidad debe plantearse la forma de promover que la producción de conocimiento se gestione de forma local y que responda a problemáticas locales, identificadas principalmente por los

propios actores sociales, pues sólo así garantizará un flujo de información incluyente, con capacidad para dotar de voz a los que no la tienen, de crear ciclos de autogestión en la comunidad y de vinculación entre el conocimiento académico, los materiales de lectura de la biblioteca y la difusión cultural directa con los actores sociales, para convertir los sitios culturales de la universidad en espacios dinámicos, abiertos al diálogo y al intercambio de conocimientos académicos con conocimientos no académicos, para fomentar el intercambio de los llamados conocimientos occidentales con los conocimientos locales, porque la universidad debe fomentar también el intercambio de estas experiencias y la forma en la que lo global influye y transforma lo local y viceversa.

La creación de una biblioteca incluyente sin duda alguna es uno de los grandes retos que enfrenta el proyecto que la Universidad Autónoma del Estado de México tiene para dar seguimiento y fortalecer las gestiones producidas gracias a la herencia de Schneider, a través de lo cual se puede pensar en la creación de una serie de proyectos y actividades comunitarias que pueden convertir a la universidad en un actor activo y no sólo pasivo dentro del municipio. Para ello tendrá que dejar a un lado la visión clásica de Casa de Cultura, lugar donde se imparten talleres de diversa índole, se muestran exposiciones y se realizan conferencias, conciertos de música o transmisión de materiales visuales, para convertir el espacio académico y cultural también en un espacio comunitario que se abra al público local, que dirija sus actividades al exterior y plantee problemáticas directas y participativas en temas tan importantes para la gente de la comunidad (tanto de manera local como estatal y nacional) como lo son la violencia, la pobreza, el desempleo, la inequidad de género, la migración, la descampesinización y, por supuesto, la misma producción del arte y la cultural. La universidad debe poner a disposición de la comunidad herramientas que le permitan construir y forjar su propio conocimiento, fomentar el desarrollo personal y la movilidad social a través de la información, el diálogo y, ante todo, respondiendo a las necesidades reales (y sentidas) de la gente. Sólo así la biblioteca Schneider redireccionará los caminos por los que ha de transitar la difusión cultural y la trasmisión del conocimiento en el México del siglo xxi.

No es suficiente, entonces, con poner a disposición del público un acervo bibliográfico especializado que poco a poco irá quedando desactualizado si no se hace una eficiente adquisición de nuevos materiales. Tampoco

será efectivo poner en marcha una reactualización de dicho acervo que garantice la inclusión de los distintos sectores poblacionales: bibliotecas para niños, jóvenes, adultos y adultos mayores, especializada en intereses o problemáticas locales reales, que por supuesto es necesario, debemos, además, convertir la biblioteca Schneider en un legado vivo, habitable, en constante interacción y diálogo con la comunidad... debemos convertirla en una biblioteca en movimiento, incluyente y dinámica.

Esto sólo se logrará cuando comprendamos que la difusión cultural proveniente de las instituciones oficiales no debe arribar a estas zonas con agendas propias, debe poner a disposición y discusión su capacidad gestora para incluir distintas iniciativas de acuerdo con los procesos sociales y culturales experimentados en cada región y en cada comunidad, sólo así responderá a problemáticas concretas y reales. Porque no se trata de reproducir las agendas culturales de las grandes ciudades de forma desarticulada; por el contrario, la universidad debe ayudar a articular los esfuerzos locales que ya se llevan a cabo en la región para generar empleos dignos y con capacidad de autogestión, como los son la talla de madera y la creación de alebrijes en los que la biblioteca Schneider ha participado activamente en los últimos años; debe promover la capacitación en materia medioambiental, en la generación de empleos y en el fortalecimiento de la seguridad, como lo ha ido gestionando a través de foros y coloquios que se convocan con organizaciones locales y que se formulan de manera tal que dan acceso abierto a todo público, como quedó constancia en la primera edición de *Ecodiálogos: Soluciones Ambientales para la Región Centro Sur de México* (2015), con el que la biblioteca inició un trabajo para vincular la labor académica de investigación y docencia con la actividad social de las agrupaciones civiles locales y la actividad de los actores culturales del municipio. Por último, es importante que se vuelva a impulsar la difusión del periódico comunitario que gestionó la biblioteca Schneider durante tres años, y que contó con la participación activa de un grupo de jóvenes de uno de los barrios de Malinalco, San Martín, lo que le hace tener acceso directo a las necesidades y preocupaciones reales, vividas y experimentadas por la gente local.

La universidad, finalmente, debe brindar la posibilidad a los miembros de su comunidad de poder acceder a las diferentes fuentes del conocimiento que dirijan a cada miembro de la comunidad a un desarrollo óptimo personal,

pero que también ayuden a reconstruir el tejido social del México de hoy. Ese sería un verdadero usufructo cultural y social del legado Schneider.

BIBLIOGRAFÍA

Llano, Xilberto (1997), *La biblioteca en el medio rural, Gijón*. Reflexiones, Editorial Trea.

Moreno de Alba, José G. (coordinador general) (1992), *Casa-bibliotecas de mexicanos (bibliotecas privadas)*, investigación y textos: Francisco Márquez Páez, fotografías: Pedro Cuevas. México, Universidad Nacional Autónoma de México/Gobierno del Estado de Guerrero.

Luis Mario Schneider: Gambusino de la cultura mexicana,
Danar Chávez (coordinador). Se terminó de imprimir
en febrero de 2018, en Art Graffiti Editorial. Para su
composición se utilizó *Cronos*, tipografía diseñada
por Robert Slimbach. La edición consta
de 100 ejemplares.

